



CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO

CELEBRAR LA EUCARISTÍA

COLECCION DOCUMENTOS CELAM N° 144

© Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM
Derechos Reservados
Carrera 5 N° 118-31
Apartado Aéreo 51086
Email: coepisla@colomsat.net.co
Tels: (571) 6121620, 6714789
Fax: (571) 6121929
Santafé de Bogotá, abril de 1997
ISBN

Diseño Carátula:
Diseño CELAM

Diseño y Diagramación:
Doris Andrade B.

Impresión:
Litoperla Impresores Ltda.

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

PRESENTACIÓN

Un nuevo impulso ha recibido la Nueva Evangelización con el llamado del Papa a preparar y celebrar el Gran Jubileo de la fe. Tener años dedicados a las Personas del Padre, de Jesucristo y del Espíritu Santo, es de por sí una gracia que nos invita a renovar el sentido cristológico y trinitario de nuestra fe. Sin embargo, hay quienes temen que esas celebraciones rompan el ritmo de la pastoral ordinaria y signifiquen un recargo en la nutrida agenda de los agentes pastorales. Puede ser. Pero, antes que nada, la preparación del Jubileo es un tiempo para poner de relieve las riquezas de la pastoral ordinaria, comenzando por renovar la celebración de los sacramentos de la fe.

Es una gracia incalculable celebrar la Eucaristía cada día y hacer fiesta en la Asamblea Dominical. Es una gracia preciosa el proclamar la Palabra de Dios en el corazón de la liturgia. A lo largo de tres años del ciclo dominical y dos años del ciclo anual podemos llegar a conocer todo el contenido de las Sagradas Escrituras. Esto es pastoral ordinaria, esto es lo cotidiano. El desafío está en hacerlo con un corazón renovado, dejándonos enseñar a una mejor celebración y dando un tiempo a la escucha interior del Señor para poder predicar su Palabra. Esto es hacer de manera extraordinaria -por su calidad- lo que la Iglesia nos regala de ordinario, por su bondad...

Para recorrer este camino nos complace presentar, en un sólo volumen, la reedición de dos pequeños libros, publicados por el CELAM, que han sido de gran

utilidad. Me refiero a "La Celebración de la Eucaristía, según el Misal de Pablo VI" que entra en su quinta edición, y "La Homilía", en su cuarta edición. Esto sólo ya nos habla de la utilidad que han prestado a los sacerdotes, religiosas, religiosos y laicos de América Latina y el Caribe. Hoy los ponemos en sus manos para ayudarle a vivir mejor lo cotidiano de la pastoral.

+ Jorge Jiménez Carvajal
Obispo de Zipaquirá
Secretario General del CELAM

LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA

Según el Misal de Paulo VI

Expertos del Departamento de Liturgia del CELAM

- **LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA COMO ACCIÓN DINÁMICA**
 - **LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA EN CADA UNA DE SUS PARTES Y RITOS**

-
- **LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA
COMO ACCIÓN DINÁMICA**

I

LOS SIGNOS Y SU EXPRESIVIDAD

- 1 **M**uchas veces nuestras celebraciones adolecen de fallas que no siempre son bien señaladas. La mentalidad de una “época de observancias puramente rubricistas” nos lleva, en algunas oportunidades, al examen casuístico del “¿Es permitido? ¿Está mandado? ¿Es grave o no?...”.

Nos gustaría que este *vademecum* de los que presiden la celebración de la Eucaristía y que por cierto podrá servir también a los fieles para que nos ayuden a celebrar mejor, fuera estudiado y seguido desde el comienzo al fin.

No es suficiente celebrar cada parte. Es necesario hacer que todas las partes constituyan *una sola celebración*.

1. GESTOS Y ACTITUDES CORPORALES

- 2 A partir del siglo XIII, las formulaciones dogmáticas, fijas, sintéticas, han intelectualizado progre-

sivamente la celebración litúrgica: ¡“Se dice la Misa”!.

Pero, al mismo tiempo, con gestos, signos y palabras somos llamados a manifestar la presencia y la actuación del Señor, para sentir el gozo de la salvación.

La Liturgia Eucarística no sólo es una expresión intelectual: *es una celebración gozosa y total de la presencia y actuación del Señor en y para su Pueblo*. Por eso la participación corporal tiene función decisiva en la celebración. La fidelidad a la unidad del ser humano exige que cuerpo y mente no estén disociados en la oración. La Liturgia es contemplación interior, personal, pero no se reduce a eso. La verdadera alabanza a nuestro Dios reside en el corazón, pero hay que proclamarla con los labios, con gestos y actitudes que comuniquen y manifiesten la fe, el sentimiento de adoración, alegría de la acción de gracias y la unidad de una misma oración de *modo sacramental*, es decir de modo visible en signos, gestos, actitudes o palabras.

Las acciones y los gestos litúrgicos han recibido de la tradición de la Iglesia significado objetivo que hay que conocer y celebrar. La *Ordenación General del Misal Romano (OGMR)* nos dirá que los gestos y posturas que utiliza la Asamblea, siendo signo de unidad y comunidad, tienen una doble finalidad: por una parte *expresan* los sentimientos de culto de los fieles y por otra los *fomentan* y facilitan (OGMR, 20).

- 3 La celebración sacramental no es sólo una invitación a poner los cinco sentidos con esmero y atención en la Liturgia, sino *celebrar* una Liturgia en la

que *cada sentido tenga su papel*. Y celebrar litúrgicamente significa expresar con gozo, a través de signos, nuestra fe en el Cristo que nos salva en cada una de sus manifestaciones sacramentales.

- 4 El oído desempeña importantísimo papel: baste recordar qué significa en la celebración la proclamación de la Palabra, los cantos, el silencio, las oraciones.

No resulta inútil, por consiguiente, recordar que el *saludo*, los *diálogos*, las *moniciones* tienen que ser un contacto de comunicación humana con la asamblea y no la recitación mecánica de una fórmula. Esperan y deben provocar respuesta en palabras y actitudes. No es lo mismo hacer una monición para oír una lectura que para motivar un silencio.

Las *lecturas* deben ser proclamadas. La proclamación obedecerá al estilo literario del texto: es muy diferente *leer* una narración histórica, *recitar* una poesía lírica o dramática, proponer un salmo de meditación o *cantar* un himno (o salmo) de alabanza gozosa, *anunciar* un hecho pedagógico, leer un escrito exhortativo *dar* avisos o *invitar* a la participación en un acto comunitario.

- 5 Las *oraciones* exigen una actitud orante y de diálogo con la presencia real del Señor. No es suficiente alzar las manos y pronunciar un texto de contenido ortodoxo. Tampoco la invitación para unirse en oración comunitaria (*Oremos*) debe ser utilizada para significar *póngase de pie...* Una cosa es la monición o gesto para obtener esta postura y otra es el sentido de la invitación *¡Oremos!*

Más aún, como por medio de la palabra y de oído se pretende llevar la asamblea a una determinada

actitud común, el *tono de voz* tiene importancia decisiva: el coloquio, el diálogo, la invitación, la recitación, la proclamación, la oración, etc. por la finalidad propia que conllevan, piden una manera de hablar diferente. También la importancia del mismo texto dentro del conjunto y de la dinámica de la celebración piden mayor o menor relieve. Por ejemplo, no se debe proclamar la Plegaria Eucarística y el Embolismo como si tuvieran la misma solemnidad. Un mismo tono durante toda una celebración, además de cansar, revela un desconocimiento del sentido de las partes y de la dinámica de la Liturgia.

- 6 Finalmente, las *posturas y gestos* de la asamblea tienen la función de manifestar determinados sentimientos durante una acción comunitaria y por tanto no deben juntar movimientos y acción. Por ejemplo, *arrodillarse* como acto de penitencia o de adoración; *sentarse* para oír, meditar, reflexionar; *estar de pie* para alabar, rezar; *darse las manos* en signo de unidad; *levantar las manos* en actitud de súplica; *aplaudir* como expresión de alegría o aprobación, etc. Una monición clara debe invitar al gesto y éste acompañar la acción, sin unir, por ejemplo, el movimiento y el ruido de arrodillarse con la recitación del Yo confieso; o el ponerse de pie, con el diálogo del Prefacio.
- 7 Respecto de los ojos, o campo visual, es menester tener en cuenta la estética del lugar, de las vestiduras, la expresividad de las posturas y gestos, la pedagogía de los objetos, los colores, el orden en el altar, las imágenes y flores, la limpieza y buena disposición de los cirios.

La belleza y dignidad de los objetos, la armonía de los adornos y gestos, la expresividad y claridad

de los signos constituyen una primera condición que dispone a la oración. Si sólo nos preocupamos de la validez del sacramento, descuidamos otro valor muy propio de la Liturgia: la *pedagogía* de las acciones, gestos, signos y útiles de la celebración. Además, el cuidado de los detalles manifiesta seriedad profesional, la importancia que se da al acto cumplido, el cariño y el testimonio de fe. El descuido de cuanto rodea la acción litúrgica expresa de modo claro una actitud rutinaria: ¡se realiza la Liturgia por cumplir un deber!

Por otro lado, los signos bien hechos nos ahorran muchas palabras de catequesis, nos ayudan a nosotros mismos y a los fieles, al Misterio que celebramos y son una invitación a la oración para que Cristo realice en los creyentes su acción salvadora.

La manera como los ministros se visten pueden llamar la atención de los fieles. Por ejemplo un alba desproporcionada a la persona que la viste, o una maltrecha, no condicen con la dignidad de ser Sacramento de Cristo y de presidir la Asamblea. Lo mismo se puede decir de otros aspectos, llamémoslos estéticos, de la celebración.

Todos estos signos sensibles deben ser realmente alimento, robustecimiento y expresión de la fe de la Asamblea (OGMR 5). Y para lograr este objetivo propuesto por la Iglesia es necesario hacerlos comprensibles y claros a la Asamblea.

2. LA CELEBRACIÓN COMO TEATRO

- 8 La celebración litúrgica no es un teatro, es verdad. Pero también es cierto que el teatro, al menos en el Occidente, nació de la Liturgia. El arte escénico se

desarrolló de manera maravillosa hasta nuestros días. En cambio, la Liturgia perdió mucho de la presentación escénica, catequesis maravillosa en la Edad Media, y se redujo a un estereotipo poco expresivo. Es urgente en la renovación litúrgica la recuperación de este sentido y es tarea prioritaria de las Comisiones de Arte Sacro. Además de la adaptación arquitectónica y estética del espacio litúrgico, le cabe mejorar la expresividad en la celebración.

En este sentido es bueno recordar que la diversidad de ministerios exige *un equipo de celebración*. Si no hay equipo o si cada *actor-ministro* no sabe lo que tiene y cómo lo debe hacer, no se puede decir que es *celebración con el pueblo*; más bien podría ser un espectáculo *para el pueblo*. Esto exige preparación, catequesis y entrenamiento de todos los que actúan, incluyendo al presidente de la Asamblea.

- 9 Para que los oficios y ministerios sean claros y significativos, es muy importante la ubicación del altar, de la sede del que preside, del ambón, de las sillas o bancas de los participantes, sean ministros o fieles.

Lo más importante en la celebración es la actitud interior, orante y expresiva, de identificación con el Misterio que van a celebrar y con la función que van a ejercer. No será posible ayudar a los fieles a orar, si los mismos ministros ya antes de la celebración no entran en el clima y ambiente al que pretende llevar la Asamblea. El *rito de la celebración*, para todos, pero muy especialmente para los ministros, debe empezar por lo menos 10 minutos antes del rito de entrada en el templo.

Como en el teatro o en la orquesta, la armonía y dinámica del conjunto dependen del director, así en la celebración litúrgica el que preside *es el gran responsable*. No será el comentador, o el coro, o el maestro de ceremonias quienes podrán reemplazar al Presidente. Ello pide de los obispos y presbíteros, una preparación especial.

- 10 Creemos que estas observaciones de orden general ayudarán a leer este folleto y a ponerlo en práctica con un espíritu que no mira simplemente las rúbricas o ritos, sino al sentido más profundo de la celebración.

Este fue el ánimo que nos llevó a realizar el presente trabajo, solicitado en la Reunión de Presidentes y Secretarios de las Comisiones Litúrgicas del Cono Sur, aprobado por la Comisión Episcopal del DEL y llevado a cabo con la cooperación de nuestros peritos. La quinta edición que ahora entregamos ha sido cuidadosamente revisada y mejorada con elementos que ayudarán a una celebración y participación más perfecta.

3. LA ASAMBLEA CELEBRANTE Y SUS MINISTROS

11 La Asamblea

La *Asamblea cristiana* es la reunión de bautizados que, por participar del Sacerdocio común, son convocados por el Espíritu, para celebrar gozosamente, a través de los signos, la presencia salvadora de Cristo.

Por ser una Asamblea sacerdotal, tiene derecho y deber de participar consciente, activa y fructuosa-

mente en la celebración, “con participación de cuerpo y alma, ferviente de fe, esperanza y caridad” (OGMR, 5)

La forma de celebración debe estar, en cierto modo, orientada en función de la Asamblea (OGMR, 73), de tal modo que los signos usados ayuden a dicha Asamblea a descubrir la presencia salvadora de Dios en ella.

Esto exigirá una revisión de cómo serán captados los ritos, cómo los signos usados ayudarán a fortalecer la fe de los fieles, cómo los cantos y otras fórmulas deberán escogerse para que sean expresión y signo de esa Asamblea concreta.

Será importante que la Asamblea logre unir fructuosamente la celebración eucarística con las realidades de su propia vida, que el Señor quiere salvar. Será responsabilidad de los Ministros ayudar a los fieles a lograr este objetivo, para que la Liturgia no resulte una realidad marginada de su vida.

12 El Presidente

“El presbítero que celebra, preside también la Asamblea congregada, haciendo las veces de Cristo, dirige sus oraciones, le anuncia el mensaje de Salvación, asocia a sí mismo al pueblo al ofrecer el sacrificio por Cristo en el Espíritu Santo a Dios Padre, y toma parte con sus hermanos en el Pan de vida eterna. Por consiguiente, cuando celebra la Eucaristía, debe servir a Dios y al pueblo con dignidad y humildad, y manifestar a los fieles en el mismo modo de comportarse y de enunciar las divinas palabras, la presencia viva de Cristo” (OGMR, 60).

El presbítero que preside, siendo parte del pueblo cristiano, tiene funciones muy particulares en la Asamblea: en virtud de su Sacerdocio ministerial *hace las veces de Cristo* y lo representa sacramentalmente (SC, 7). *Preside –va adelante– en la fe*: a través de los signos expresa su fe en Cristo Resucitado y la testimonia delante de la Asamblea. *Sirve al pueblo* con dignidad y humildad para que éste, a partir de su servicio y comunicación, alcance la plena participación en el Misterio que se celebra.

Su acción se centra entre dos polos: debe *servir a Dios* a quien representa y encarna sacramentalmente y cuyo mensaje y salvación realiza para el pueblo y debe también *servir a sus hermanos* haciéndoles comprensible dicho mensaje y dicha salvación.

Muchas de las intervenciones del Sacerdote que preside las hará en virtud de su sacerdocio ministerial. Así cuando proclama la Plegaria. Eucarística, vértice de toda la celebración. También cuando dirige a Dios en nombre de todo el Pueblo santo las *oraciones presidenciales* (oraciones colecta, sobre las ofrendas y después de la comunión) u otras intervenciones previstas en el Misal (OGMR, 10-12).

Pero el Sacerdote no sólo pronuncia oraciones como Presidente de la Asamblea: a veces lo hace a título personal para poder cumplir con su ministerio con mayor *atención y piedad*. Estas oraciones se dicen en voz baja (OGMR, 13).

13 El Diácono

El Diácono, que participa del Orden Sagrado, proclama el Evangelio en la Asamblea; eventualmen-

te predica la Palabra de Dios; ayuda al sacerdote en el Altar; dirige la Oración Universal de la Asamblea; y orienta la participación a través de oportunas moniciones durante la celebración.

Su carácter de servidor del Pueblo de Dios lo debe llevar a facilitar la participación activa de la Asamblea.

14 Los lectores

Los *lectores* son ministros laicos que proclaman la Palabra de Dios durante la celebración.

Es deseable que este ministerio les sea conferido a los lectores con el rito litúrgico correspondiente. "La Asamblea, sin embargo necesita de Lectores, aunque no estén instituidos para esta misión. Hay que procurar que haya algunos laicos, los más idóneos, que estén preparados para ejercer este ministerio. Si se dispone de varios Lectores y hay que proclamar varias lecturas, conviene distribuir las entre ellos" (OLM, Misa 52).

Los lectores deberán ser preparados debidamente, tanto en lo técnico como en lo espiritual.

"La preparación espiritual presupone, por lo menos, una doble instrucción, *bíblica y litúrgica*. La *instrucción bíblica* debe apuntar a que los Lectores estén capacitados para percibir el sentido de las lecturas en su propio contexto y para entender a la luz de la fe, el núcleo central del mensaje revelado. La *instrucción litúrgica* debe facilitar a los lectores una cierta percepción del sentido y de la estructura de la Liturgia de la Palabra y las razones de la conexión entre ésta y la Liturgia Eucarística. La *preparación técnica* debe hacer que los Lectores

sean cada día más aptos en el arte de leer delante del pueblo, ya sea de viva voz, ya sea con ayuda de los instrumentos modernos de amplificación de la voz" (OLM, 55).

No se trata, por tanto, sólo de una función material de lectura; el Lector debe asumir su función sacramental, ya que a través de su servicio "es Dios mismo el que nos habla" (SC, 7).

El Lector, aunque sea laico, tiene un Ministerio propio en la celebración eucarística, ministerio que debe ejercer él, "aunque haya otro ministro de grado superior" (OGMR, 66).

15 El Salmista

El *Salmista* tiene como ministerio proclamar el Salmo interleccional que es una meditación o respuesta a la Palabra proclamada y ayudar a los fieles a que participen en él mediante el canto o recitación de una antífona o estribillo invariable.

El Salmo Responsorial, parte integral de la Liturgia de la Palabra, debería ser cantado o proclamado en tono lírico: no se trata de una lectura más.

La OGMR desea que el Salmista "sea dueño del arte del canto, tenga dotes para emitir bien y pronunciar con claridad" (67).

16 Los Acólitos

Los *acólitos* están destinados de un modo particular al servicio del altar durante la celebración y, según las necesidades, a ser los ministros extraordinarios de la comunión, tanto dentro de la celebración como para los fieles impedidos de partici-

par en la Asamblea litúrgica (Ministeria Quaedan, VI).

Su función debe aparecer realmente ministerial y no sólo decorativa. Su relación con la comunión hace aconsejable que este ministerio sea encomendado a personas adultas más que a niños.

17 Otros ministerios

Merece especial mención el servicio de *animación del canto*. Como los demás ministros de la celebración, también ellos pertenecen a la Asamblea y están a su servicio.

Es deseable que en toda celebración haya un pequeño coro cuyo objetivo será animar y sostener el canto de la Asamblea, nunca sustituir la participación cantada de la misma.

Es conveniente que este coro vaya alternando con la Asamblea la parte musical. No es recomendable el solista, salvo el caso del salmista o aquellos cantos que estén compuestos como letanías o responsorios.

El órgano u otros instrumentos podrán acompañar y sostener el canto de la Asamblea. Pero no se deben utilizar como música de fondo, sobre todo cuando el Sacerdote está haciendo intervenciones presidenciales (OGMR, 12).

- 18 Es muy conveniente tener un *Equipo de Acogida* al servicio de la Asamblea, que ayude a crear este clima de fraternidad, acomodando a los fieles donde corresponda (OGMR, 68 b).

- 19 *Un Guía comentador* puede dar, antes de la celebración, las indicaciones prácticas (Misa del día, intenciones, cantos, etc.), para que los fieles vayan entrando en la celebración y se dispongan a entenderla mejor. Pero evitará las exhortaciones mistagógicas que pertenecen al sacerdote que preside.

El Guía o Comentador es un servidor de la Asamblea. Su función es introducir los cantos, los textos, dar indicaciones, etc. Sus intervenciones serán breves, sobrias y asimilables. Debe evitar, en su actuación, acaparar la atención y eclipsar al Presidente (OGMR, 68 a). El verdadero animador de la Asamblea es el sacerdote que la preside (OGMR, 60).

-
- **LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA EN CADA
UNA DE SUS PARTES Y RITOS**

II

LOS RITOS INICIALES DE LA CELEBRACIÓN

1. FINALIDAD Y CONTENIDOS

20 Comprende:

- el *canto* que acompaña la procesión de entrada
- el *saludo al altar y a la asamblea*
- el *rito penitencial*
- *Kyrie y Gloria*, aclamaciones laudatorias
- la *oración presidencial* o colecta

Finalidad de los Ritos Iniciales

- 21 Este rito tiene como finalidad constituir la Asamblea, congregarla, a fin de que pueda recibir la Palabra en espíritu de oración y disponibilidad para la conversión, condición para llegar al rito sacramental: de este modo la Asamblea se dispone a oír convenientemente la Palabra de Dios y a celebrar dignamente la Eucaristía (OGMR, 24).

La unidad de los hermanos en asamblea deberá ir creciendo a lo largo de la Celebración, hasta cul-

minar en la comunidad de todos en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Entonces se constituirá el Cuerpo de Cristo. Entonces se edificará la Iglesia, finalidad de la Eucaristía.

Contenido de los Ritos Iniciales

- 22 Son varios los sentimientos que hay que resaltar y vivir en estos Ritos Iniciales.

La fe en la presencia de Dios en la Asamblea: es Dios quien convoca y reúne a su Pueblo; es Cristo el que se hace presente entre los que se reúnen en su Nombre. Estos Ritos Iniciales deben manifestar esta fe y convertirla en vivencia. La Asamblea se constituye en un sacramento de la presencia del Señor (SC, 7).

- 23 Otro elemento que es necesario resaltar es el *comunitario*: Somos la Asamblea de los hijos del mismo Padre Dios que nos reunimos convocados por El. El origen de esta comunidad es el sacerdocio común del que participamos por el Bautismo. No sólo tenemos los lazos humanos que puedan agrupar a los asistentes en un acto, sino que poseemos la unidad íntima que nace de la fe y de la filiación divina que nos convierte en familia: somos los hermanos que nos encontramos.
- 24 *Sentido penitencial*: el cristiano que llega a la Eucaristía debe ser ya un convertido. Pero su conversión debe ser renovada en una constante actitud de aceptación del Evangelio frente a Dios y a sus hermanos. Esto se realiza en los Ritos Iniciales en forma individual y también comunitaria; lo comunitario no se limita a pedir perdón en común sino que incluye también pedir perdón a la Comunidad (cfr. Ritual de la Penitencia, Prenotandos, 5).

- 25 *Elementos laudativos:* La alabanza es el sentimiento del creyente que al contemplar los atributos maravillosos de Dios o sus obras magníficas, reconoce esa grandeza y la manifiesta con expresiones laudativas. La oración de alabanza no es muy frecuente en el pueblo cristiano, más habituado a la oración de petición y de acción de gracias. Los Ritos Iniciales ponen a nuestro alcance unas formas laudativas (*Señor, ten piedad e Himno del Gloria*) que son una contemplación de la grandeza del Señor Resucitado y de la Trinidad.
- 26 Finalmente la *Oración personal y comunitaria*. La oración es la comunicación del creyente con Dios, su Padre. En el desenvolvimiento histórico de los ritos de la Misa se fue limitando el campo y la posibilidad de la oración personal. La expresión de los propios sentimientos fue siendo sustituida por fórmulas, muy ricas en contenido doctrinal, pero a veces lejanas a los sentimientos personales. La Iglesia desea hoy hacer síntesis y nos restituye el tiempo ritual de oración individual en silencio, pero la enmarca en la oración oficial y de este modo la oración de cada participante viene a ser culminada por la colecta presidencial, superando el eventual subjetivismo de los fieles.
- 27 La Asamblea, así constituida en los Ritos Iniciales, es el signo fundamental de la presencia de Cristo (SC, 7).

Recomendaciones

- 28 El sacerdote que preside la celebración eucarística es signo y sacramento de Jesucristo (SC, 7). Colocado al frente de la Asamblea ha sido constituido para "presidir en la caridad" (S. Ignacio de

Antioquía). Su primera preocupación, pues, será suscitar un clima de mutua acogida en el amor. Estará muy atento al *arte de presidir* (vestimenta litúrgica, recogimiento espiritual, alegría acogedora, postura, dicción, etc.).

- 29 Durante los Ritos Iniciales el sacerdote celebrante preside la Asamblea desde la sede. Este lugar de presidencia debe significar que hace las veces de Cristo-Cabeza. La OGMR, 271, recalca que este lugar debe facilitar la comunicación entre el sacerdote y los fieles. No es necesario que la sede esté siempre en el vértice del presbiterio. Durante los Ritos Iniciales y la Liturgia de la Palabra, el sacerdote está en la sede, no en el altar.

2. CANTO DE ENTRADA

Función

- 30 Es la primera expresión de la fe, la unidad, el sentido de la celebración y la alegría de hermanos que se reencuentran entre ellos y con su Padre Dios. “El fin de este canto es abrir la celebración, fomentar la unión de quienes se han reunido y elevar sus pensamientos a la contemplación del Misterio litúrgico o de la fiesta” (OGMR, 25).

Hay gran libertad para la elección del canto de entrada. Es un canto litúrgico, aunque no autónomo: su función es acompañar el rito de la procesión de entrada.

- 31 He aquí algunos criterios:

- un canto que facilite la participación de todo el pueblo y promueva así su unión no es un canto

del coro ni mucho menos, de un grupito de guitarristas que escucha la asamblea. Tal vez el ideal sea un canto interpretado alternativamente entre el grupo de cantores y la Asamblea (OGMR, 26);

- un canto que tenga relación con el tiempo litúrgico o la fiesta que se celebra;
- un canto que manifieste la alegría del encuentro de un pueblo reunido para celebrar a su Señor;
- un canto que acompañe la procesión de entrada. Conviene que haya una procesión hacia el altar, constituida al menos por el presidente y demás ministros; al llegar el sacerdote a la sede o al terminar la incensación del altar, termina el canto. (OGMR, 17).

3. SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

El Rito y su significación

- 32 Al llegar al altar el sacerdote y los ministros sagrados veneran el altar besándolo. Si pareciere oportuno también podrá incensarlo. El altar es el símbolo de Cristo, Sacerdote y Víctima del Sacrificio de la Nueva Alianza, y es el centro de la Asamblea sacerdotal que renueva ese mismo Sacrificio.

El sacerdote se dirige a la sede, en donde en nombre del Señor, va a presidir la Asamblea celebrante. Hecha la señal de la cruz, saluda a la Asamblea con una de las fórmulas paulinas u otras.

Con este saludo, de corte bíblico, el presidente toma contacto más personal con el Pueblo de Dios

y lo introduce en la Liturgia del día, mostrando el vínculo entre la celebración que se inicia y la vida.

Recomendaciones

- 33 El saludo se dirige a la asamblea: vosotros o ustedes, no nosotros, a fin de provocar la respuesta: Y con tu espíritu. Es un *diálogo* que se inicia, y no una *doxología*.
- 34 Se recomienda que el sacerdote que preside haga, después del saludo a la Asamblea, una *monición* de introducción para preparar a los fieles a la Misa del día (OGMR, 11 y 29). Esta deberá ser muy breve. No se puede convertir en pequeña homilía, su objetivo es despertar la atención de los participantes y abrirlos al mensaje de la celebración.

Cada Celebración Eucarística nos anuncia y realiza un aspecto del Misterio salvador de Cristo. Para que los fieles puedan adherirse más conscientemente a él, es conveniente hacerlo presente en el inicio de la celebración.

- 35 En las Misas más solemnes, conviene incensar el altar y al Sacerdote. Es una manera de destacar el signo: el altar simboliza a Cristo, y conviene incensar al Sacerdote porque hace las veces de Cristo cabeza en medio de la asamblea.

4. RITO PENITENCIAL

El Rito y su significación

- 36 El Misal propone cuatro fórmulas. Cada una de estas fórmulas de arrepentimiento acentúa un carácter propio:

- La primera nos invita a reconocer nuestros pecados delante de Dios y de los hermanos: *Yo confieso...* En ella pedimos la oración de toda la Iglesia, de los Santos y de la Asamblea. Es recomendable para días y tiempos penitenciales.
 - La segunda nos hace esperar la manifestación de la misericordia de Dios y de su salvación. Es una expresión de confianza del hombre fiel, a partir de su conciencia de pecado y de mal. Su uso puede ser oportuno en las comunidades más maduras en su fe.
 - La tercera, nos lleva a confesar y reconocer que la misericordia de Dios es mayor que nuestros pecados. Cristo Señor, vence con su Resurrección la realidad de nuestro pecado. Su uso, sería recomendable los domingos (Día del Señor) y las fiestas. Convendrá que las invocaciones litánicas vayan precedidas de oportunidad invitaciones (tropos) penitenciales que resaltan la idea de nuestro reconocimiento del Señorío de Cristo sobre la historia del pecado del hombre.
- 37 – El Apéndice del Misal indica como posible Rito Penitencial la bendición y aspersión del agua bendita que podría realizarse en todas las Misas dominicales. Este rito es un claro signo del agua bautismal que, después de purificarnos, nos ha dado acceso al Banquete Pascual de la Eucaristía.
- 38 La Asamblea inicia la celebración expresando su conversión a Dios o penitencia. Responde así a la invitación del Señor: “Conviértanse y crean en la Buena Nueva” (Mt 1, 15). También es necesario, reconciliarse con los hermanos antes de presentar

la ofrenda del altar (Mt 5, 25). El presidente procura despertar el sentido personal y comunitario de la Penitencia, o conversión evangélica, pero evita el examen de conciencia de tipo moralista. Se trata de confesar preferentemente la misericordia de Dios, más bien que *confesar los pecados*. Es toda la celebración la que nos hace salir del pecado y lleva la comunidad a la vida en el Espíritu.

Recomendaciones

- 39 Es fundamental que se dé lugar a un momento de silencio, de oración personal, el cual forma parte integrante de la celebración, y especialmente del Rito Penitencial.
- 40 Es bueno variar las fórmulas a fin de evitar la rutina y sugerir así expresiones distintas de la actitud penitencial.

Corresponde al sacerdote que preside iniciar el Rito Penitencial y terminarlo con una fórmula deprecativa. Esta no es una absolución sacramental: es una plegaria para *implorar* el perdón de los pecados en los que caemos muchas veces. El acto penitencial de la misa es un "*sacramental*". No se equipara con el Sacramento de la Reconciliación, pero puede suscitar la contrición perfecta. La Santa Sede ha reiterado varias veces que nunca se debe dar la *absolución general* en este momento de la Misa. El *Rito Penitencial* se omite cuando la Misa va precedida de algún rito particular: la Bendición de los Ramos o Palmas, o de las Candelas, o cuando se hará después la Bendición de la Ceniza, acogida a los novios en la celebración del matrimonio, acogida del cadáver, etc.

5. ACLAMACIONES LAUDATIVAS

- 41 *Kyrie eleison* es una antigua fórmula en que se proclama que el Hijo (*Kyrie*) conoce nuestra condición humana (*eleison*), pero que venció el pecado del mundo y por la Resurrección adquirió el nuevo nombre de "Señor".

La Liturgia latina conservó esta fórmula en lengua griega para subrayar el sentido oriental de *hexemológesis*, confesión y proclamación del Señorío de Cristo Resucitado sobre la humanidad y su historia. Por eso esta aclamación no es trinitaria, sino cristológica, dirigida a Cristo, Señor por excelencia.

Siempre se canta o recita esta tradicional aclamación a no ser que haya sido utilizada en el rito penitencial (tercer esquema). Es de desear que cada invocación vaya precedida de una breve invitación (tropo) que resalte el aspecto laudativo de esta pieza cristológica (OGMR, 30).

- 42 El gloria es un himno antiquísimo (siglo II) con el cual la Iglesia reunida en el Espíritu Santo, alaba al Padre y suplica al Hijo, Cordero y Mediador. Es una hermosa *doxología* o alabanza a Dios, fruto de la inspiración poética de las comunidades cristianas primitivas.

Criterios

- 43 Tanto el *Señor, ten piedad* como el *Gloria*, no son elementos presidenciales sino cantos de la Asamblea.

Como himno laudativo el *Gloria* debería ser cantado. El canto, o bien la recitación, la puede hacer

toda la Asamblea, o alternando dos coros de la misma Asamblea o con los cantores (OGMR, 31).

Pertenece a la autoridad territorial decidir si pueden autorizarse determinados textos, aún cuando presenten algunas variantes con relación a las traducciones litúrgicas en vigor (cfr *Instructio Musicam Sacram*, 5 marzo 1967, 55).

6. ORACIÓN COLECTA

Sentido

- 44 Es una oración presidencial que *recoge, sintetiza y reúne* –de ahí su nombre de *colecta*– los sentimientos que en silencio ha rezado la Asamblea. Su función es dar el sentido de la celebración del día. Es una oración que se hace en nombre y a intención de toda la Iglesia.

Criterios

- 45 Después del *Oremos*, haya o no una muy breve monición, hay que dar un tiempo de silencio para que cada uno pueda rezar personalmente. Luego el sacerdote, *recogiendo* los sentimientos de la Asamblea, pronuncia la oración en nombre de la Iglesia reunida (OGMR, 32).
- 46 Elección de la Colecta: *En solemnidades y fiestas*, se usan las oraciones del Misal.

En las *memorias obligatorias* se debe tomar del propio o del común. Las Oraciones sobre las Ofrendas y las que siguen a la Comunión, se pueden tomar de la feria, a no ser que la memoria tenga oraciones propias.

En las *ferias ordinarias* además de las oraciones del domingo precedente, se pueden tomar las de cualquier domingo durante el año o de las otras oraciones presidenciales propuestas en el Misal (OGMR, 323).

La Iglesia desea que se escojan los formularios que más convienen a las necesidades de los fieles, de la Iglesia y del mundo, renovando, oportunamente, la temática de plegaria de la Asamblea.

A partir de este criterio, tal vez sería aconsejable que en las ferias, no se tomen las oraciones que los fieles ya hicieron suyas el domingo anterior, sino las de alguno de los 34 domingos durante el año.

- 47 Nada impide que alguna vez, los textos de las oraciones, conservando su inspiración temática original, sean adaptados a la Asamblea, principalmente en las Misas con participación de niños (Directorio 51). También se puede ampliar la fórmula para hacerla más accesible al pueblo. No se hagan improvisaciones vagas, de contenido ideológico o apologético; consérvese el género literario propio de la colecta.

La Liturgia señala dos formas de participación de los fieles en la *Oración Colecta*. La primera es con la oración personal que cada uno debe hacer en silencio, después de la invitación hecha por el Presidente.

La segunda es ratificando el texto de la Oración Colecta con el *Amén* final. Para que este *Amén* sea realmente una ratificación, la Asamblea deberá escuchar con atención la oración que clara y distintamente pronuncia el sacerdote.

No suele resultar fácil darle a esta respuesta de la Asamblea –*Amén*– todo su valioso contenido litúrgico y bíblico. Será necesario revitalizarlo con la catequesis y resaltarlo ritualmente, tal vez con el canto.

III

LITURGIA DE LA PALABRA

48 **E**l esquema ritual de la Liturgia de la Palabra está constituido y estructurado a manera de diálogo entre Dios y su Pueblo.

- Dios habla a su pueblo a través de la Ley y los Profetas;
- El pueblo responde a Dios y medita la revelación;
- Dios habla a través de los Apóstoles;
- El Pueblo de Dios aclama a Cristo Maestro;
- Cristo mismo nos revela la Palabra del Padre;
- El Sacerdote, sacramento de Cristo (SC, 7), aplica y explica ese mensaje al Pueblo de Dios;
- El Pueblo de Dios acepta esa manifestación de Dios: Credo;
- El Pueblo sacerdotal ora pidiendo al Padre la aplicación universal de esa redención anunciada en la Palabra.

1. FINALIDAD E IMPORTANCIA

- 49 La Palabra proclamada, no sólo instruye al pueblo y revela el misterio de la salvación que se realiza a través de la historia, sino que hace al Señor realmente presente en medio de su pueblo (SC, 7 y 33).

Ante esta manifestación de Dios, el Pueblo creyente responde al Señor con cantos y oraciones (SC, 33) y habla a Dios con las mismas palabras y sentimientos que El ha inspirado.

De este modo la Liturgia de la Palabra por su naturaleza teológica y por su estructura ritual es un *diálogo* o conversación entre un Dios que habla y vivifica y un pueblo que escucha, responde y acepta su manifestación.

- 50 El objetivo fundamental que debe procurarse en esta celebración es la conciencia de que Dios, presente en la Asamblea, *habla hoy a su Pueblo*. Y para esto, habría que enfatizar y poner de relieve los elementos sacramentales de la misma celebración: la proclamación, los ministros, el lugar, la respuesta de la Asamblea, el Leccionario, etc.

Una tradición de la Iglesia inmediatamente anterior al Vaticano II redujo la importancia de la Celebración de la Palabra y puso todo el acento de la Misa en la Liturgia Eucarística. Esto trajo como consecuencia que los fieles muchas veces no participaran (ni asistieran) a la celebración de la Palabra, o bien dedicaran ese tiempo a la satisfacción de su piedad individual. Los mismos nombres con que la llamaban muchos misalitos de los fieles (Ante-Misa o Misa de los Catecúmenos) hacía disminuir su importancia en el aprecio y la participación de los fieles.

Los documentos de la renovación litúrgica le vuelven la importancia que tiene en sí misma como signo sacramental y en su relación a la Eucaristía. “La celebración de la Palabra se requiere para el Misterio mismo de los Sacramentos, como quiera que son sacramentos de la fe, la cual nace de la Palabra y de ella se alimenta. Esto se ha de decir sobre todo de la celebración de la Misa, en la cual la Liturgia de la Palabra tiende a unir estrechamente *el anuncio y la escucha* de la Palabra de Dios al Misterio Eucarístico” (Pablo VI, *Eucharisticum Mystarium*, 10).

“Para que la Palabra de Dios realice efectivamente en los corazones lo que suena en los oídos se requiere la *acción del Espíritu Santo*, con cuya inspiración y ayuda la Palabra de Dios se convierte en fundamento de la acción litúrgica y en norma y ayuda de toda la vida. Por consiguiente, la actuación del Espíritu Santo no sólo precede, acompaña y sigue a toda acción litúrgica, sino que también va recordando, en el corazón de cada uno, aquellas cosas que, en la proclamación de la Palabra de Dios, son leídas para toda la Asamblea de los fieles, y consolidando la unidad de todos, fomenta asimismo la diversidad de carismas y proporciona la multiplicidad de actuaciones” (OLM, 9).

2. DIOS HABLA

A. Las lecturas

- 51 Las lecturas bíblicas, con los cantos que se le intercalan, constituyen la parte principal de la Liturgia de la Palabra. En ella se dispone la Mesa de la Palabra de Dios a los fieles y se les abren los tesoros bíblicos.

- 52 Hay que proclamar al menos dos lecturas bíblicas; no es permitido proclamar una sola, salvo en el caso de las Misas con niños (Directorio 41 y 49). Sin embargo, recordemos que lo normal es que los domingos se proclamen tres lecturas. Igualmente en las solemnidades.

El número de tres lecturas obedece fundamentalmente a la pedagogía usada por Dios en su manifestación: la salvación se anuncia a través de la Ley y los Profetas: primera *lectura del Antiguo Testamento*. Cristo lleva a plenitud esta manifestación divina: *proclamación del Evangelio* y la comunidad cristiana experimenta y vive esa salvación: *lectura apostólica*. Por razones pastorales (y no por razones de brevedad o fácil comprensión), y por decreto de la Conferencia Episcopal excepcionalmente se puede suprimir una lectura, pero nunca el Evangelio (OGMR, 318).

- 53 No se pueden sustituir las lecturas bíblicas por otras lecturas de escritores sagrados o profanos, ni antiguos ni modernos; tampoco textos de Concilios, Sínodos o Asambleas Episcopales (3a. Instrucción 2) "Sería un grave abuso sustituir la Palabra de Dios por la palabra del hombre, sea de quien sea" (Inst. *Inaestimabile Donum* 1).

B. Los lectores

- 54 En la Liturgia de la Palabra es Dios quien habla a su pueblo por mediación de los ministros. El oficio de proclamar la Palabra no es una función presidencial, sino el de otros ministros: lectores, diáconos, y sólo supletoriamente el presidente (OGMR, 34).

En ningún caso debe un sacerdote concelebrante o celebrante leer las primeras lecturas habiendo ministros laicos. Si no los hay, se deben preparar.

Si hay diácono, a él le corresponde proclamar el Evangelio. La lectura de la perícopa evangélica está reservada al ministro sagrado, es decir, al diácono o a un sacerdote. Si no hay diácono en las concelebraciones lo proclama un concelebrante y nunca el que preside.

- 55 Se puede confiar a una mujer las primeras lecturas y también intenciones de la Oración Universal (Inaestimable Donum, 18).
- 56 Los lectores deben ejercitarse en el arte de la comunicación: no se trata tanto de *leer* sino de *proclamar*, de comunicar autoritativamente y en nombre de Dios el mensaje bíblico. De allí la importancia de la dicción, de las pausas, del tono de voz. Además, se debe buscar el tono justo de proclamar, según el género literario del texto: relato histórico, enseñanza doctrinal, exhortación moral, estilo profético, lírico, doxológico, himno, etc.
- 57 Es necesario adiestrarse en el uso del micrófono. Por todo esto, es indispensable que se organice una verdadera escuela de lectores.

No es conveniente llamar de improviso a posibles lectores voluntarios. Tengan presente los lectores que no se debe leer lo que en el Leccionario está en letra roja o cursivas. No se debe decir: "Primera o segunda lectura, o Salmo Responsorial", ni se leen las referencias de capítulo o versículos bíblicos. Al fin de las primeras lecturas bíblicas se dice: *Palabra de Dios* y al final del Evangelio *Palabra del*

Señor, como referencia más directa a Jesucristo que nos habla.

- 58 El diácono siempre pide la bendición del Obispo o al sacerdote antes de proclamar el Evangelio. Si el que preside es Obispo, el sacerdote que proclame el Evangelio en ausencia del diácono debe igualmente pedir la bendición (Ceremonial de Obispos, 173).

Si se juzga conveniente, se puede hacer una monición introductoria antes de cada lectura. La frase en cursiva que se encuentra antes de cada lectura no es un estilo de monición; más bien sirve para inspirar la monición que es conveniente hacer antes de cada texto bíblico.

La oportunidad de la monición dependerá de las características o exigencias de la Asamblea. Podrá hacerse una sola vez, para las tres lecturas. En este caso la haría el celebrante una vez que la Asamblea ha tomado asiento. O podría hacerse una antes de cada lectura, al menos de las dos primeras. La podría hacer el presidente (OGMR, 11) o un guía o comentador que hablaría de un lugar distinto del ambón. No es aconsejable que la haga el lector, para que la Asamblea no confunda lo que es propiamente Palabra de Dios con lo que es comentario, glosa o introducción a dicha Palabra.

- 59 “El sacerdote distinto del celebrante, el diácono y el lector instituido, cuando suben al ambón para leer la Palabra de Dios en la celebración de la Misa, deben llevar una vestidura sagrada propia de su función. Los que ejercen el ministerio de lector de modo transitorio, incluso habitualmente, pueden subir al ambón con la vestidura ordinaria, aun-

que respetando las costumbres del lugar" (OLM, 54).

C. El leccionario

El Leccionario bíblico es el signo de aquella Palabra que, inspirada por el Espíritu Santo, la Iglesia recibió y conserva con especial esmero. Ya que este libro es, en la acción litúrgica, signo de realidades celestiales, debe ser realmente digno, decoroso y bello (OLM, 35).

- 61 Para ayudar a descubrir la presencia de Dios en el Sacramento de su Palabra, es necesario cuidar la forma externa del Leccionario. "Los Leccionarios que se utilizan en la celebración, por la dignidad que exige la Palabra de Dios, no deben ser sustituidos, por otros subsidios de orden pastoral, por ejemplo, las *hojas* que se hacen para que los fieles preparen las lecturas o para su meditación personal" (OLM, 37).

Estas hojas, si es del caso, deben ubicarse dentro de un libro digno.

- 62 Al final de la proclamación del Evangelio, conviene elevar el libro mostrándolo al pueblo, con una invitación a la alabanza, p. ej. *Aclamemos la Palabra de Dios, Gloria a Ti, Señor Jesús*. El que proclama el Evangelio besa el libro.

Una vez terminada la proclamación de las lecturas, el Leccionario debe quedar en el ambón que es su lugar propio, o bien sobre el altar. Si el presidente hace la homilía desde la sede, será conveniente que lo tenga en sus manos. Terminada la homilía, un acólito lo llevará al ambón o al altar,

cuidando que no quede sobre un asiento o la credencial.

- 63 Conviene realzar la proclamación del Evangelio, Palabra de Cristo, con cirios o incienso. A veces es conveniente hacer la procesión con el libro del Evangelio.

La tradición de la Liturgia romana acostumbró tener un libro exclusivo que contenía las perícopas evangélicas, el *Evangelionario*: Era más espléndido y grande en su forma externa, características que facilitaban la comprensión del simbolismo que contenía (OLM, 36). Y nunca se debe leer de las “hojas” de la misa (OLM, 37).

D. El ambón

La legislación litúrgica, para resaltar la proclamación de la Palabra, manda que haya un lugar específico para su celebración.

Deberá ser un sitio “elevado, fijo y no portátil, dotado de la adecuada disposición y nobleza, de modo que corresponda a la dignidad de la Palabra de Dios y, al mismo tiempo, recuerde con claridad a los fieles que en la Misa se les prepara la doble mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo, y que ayude, lo mejor posible, durante la Liturgia de la Palabra, a la audición y atención de los fieles” (OLM, 32).

Deberá lograrse una adecuada armonía y proporción entre la sede, el altar y el ambón. Este deberá ser suficientemente amplio ya que a veces deben estar en él más de un ministro de la Palabra. El Lector debe ser visto por la Asamblea mientras ejerce su ministerio.

- 64 Todas las lecturas bíblicas, el Salmo Responsorial y la Oración Universal se hacen desde el *Ambón*. Esta norma del Misal Romano (OGMR, 272) es tan importante, que todos los lectores encargados de proclamar la Palabra de Dios, el que canta el Pregón Pascual, el salmista para el Salmo Responsorial y también quien dice las intenciones de la Oración Universal se dirigen a este lugar y desde allí cumplen su ministerio.

No es aconsejable que se use el ambón para otras funciones distintas. El guía o comentador, el encargado del canto o el solista deben actuar desde otro lugar (OGMR, 272).

3. EL PUEBLO RESPONDE A DIOS

Importancia

- 65 La Liturgia de la Palabra es un diálogo entre Dios y su Pueblo. Por eso son importantes las intervenciones participativas de la Asamblea que expresan su respuesta al Dios que se le manifiesta. Estas intervenciones participativas son el salmo responsorial, las aclamaciones antes y después de las lecturas, las posturas físicas (sentados o de pie) y la atención receptiva que debe mantener. También la recitación del *Símbolo Apostólico* (Credo) y la *Oración Universal*. Es necesario dar vida a todos estos signos y hacerlos realmente expresivos de los sentimientos que el creyente mantiene ante Dios.

Recomendaciones

- 66 Para que el salmo cumpla su función litúrgica, no debe ser reducido a una simple lectura. Normalmente, debería ser cantado, por lo menos el estri-

billo. Si no es cantado, lo proclama un salmista, distinto del lector que ha proclamado la lectura bíblica. Lo proclama lentamente, en forma meditativa, de manera que la Asamblea pueda asimilarlo y meditarlo.

El salmista, deberá asumir la responsabilidad de la respuesta o intervención de los fieles. Si éstos atienden al texto del Salmo responsorial, pueden olvidar la antífona que deben repetir después de cada estrofa. El salmista, sin necesidad de invitar con un ¡*Repitan todos!*, deberá decir en su oportunidad, con voz lenta y fuerte, la antífona de respuesta para que los fieles la vayan repitiendo al unísono.

- 67 Sería empobrecer la Liturgia de la Palabra reemplazar el salmo por cualquier canto religioso, ya que es un texto bíblico por el cual Dios habla a su pueblo, y tiene íntima relación con la lectura bíblica. Sería antipedagógico transformar la Misa en una especie de festival de canciones que nada tienen que ver con la acción litúrgica.

Aun cuando no se cante el Salmo responsorial, es preferible recitar el salmo apropiado a cantar otro canto.

- 68 Recuerde el lector o salmista que no debe anunciar: *Salmo responsorial*. A veces convendrá introducir el salmo con una breve monición.
- 69 Otra forma de respuesta son las aclamaciones después de las lecturas bíblicas. Cuando el lector anuncia que lo que ha leído es Palabra de Dios, la Asamblea expresa su fe, “dándole gracias” o “alabando a Cristo” que nos ha entregado su Palabra que salva.

- 70 Las posturas físicas asumidas en la Liturgia de la Palabra son también expresión de actitudes participativas. El *estar sentado* indica recogimiento, receptividad, contemplación. Es la postura propia del discípulo frente al maestro: facilita la reflexión y la meditación de la enseñanza. El *estar de pie* manifiesta la alegría, la vigilancia, el respeto con que la Asamblea recibe el mensaje evangélico. Es la postura propia del hijo, en contraposición a la del esclavo, que es estar postrado, que expresa la familiaridad alegre y vigilante con que se escucha a Cristo que nos habla.

Se hace conveniente, a través de una adecuada catequesis, ayudar a la Asamblea a expresar, en estos signos, una profunda actitud interior.

- 71 También la Liturgia nos propone el *silencio sagrado* como medio “para lograr la plena resonancia de la voz del Espíritu y para unir más estrechamente la oración personal con la Palabra de Dios” (OGLH, 202).

Este silencio podría tenerse después de cada una de las lecturas, o bien una vez terminada la homilía (OGMR, 23).

A. La Homilía

- 72 La Homilía no es un sermón, ni una catequesis, ni conferencia ni instrucción ni una plática moralizadora, sino, como lo señala su etimología, una *conversación familiar* cuya finalidad es aplicar, además de explicar, el mensaje de Dios a un Pueblo creyente concreto e introducir a este pueblo en la celebración o actualización de este misterio de Salvación que se ha anunciado. Como elemento

constitutivo de la Liturgia de la Palabra, tiene un carácter místico y sacramental que lo une íntimamente al ministerio presidencial del sacerdote, signo y sacramento de Cristo-Cabeza.

- 73 El Concilio Vaticano II al hablarnos de la predicación, nos dice que ésta debe ser la proclamación de las maravillas obradas por Dios en la Historia de la Salvación o Misterio de Cristo, realidad que está siempre presente en nosotros y obra en nosotros, particularmente en la celebración de la Liturgia. (SC, 35, 2).

La Iglesia considera la Homilía como un alimento necesario para nutrir la vida cristiana (OGMR, 41). La Palabra divina, que va dirigida a todos los hombres, asume una particular eficacia cuando se hace viva en la Homilía (OGMR, 9).

- 74 La Palabra de Dios anuncia y garantiza lo que Dios realiza para salvarnos. Esa Palabra, hecha escritura, se *actualiza* cuando se hace vida en el ministerio profético de la Iglesia, ministerio que se realiza en forma eminente en la Homilía.
- 75 Puebla define atinadamente la Homilía como “parte de la liturgia y ocasión privilegiada para exponer el misterio de Cristo en el aquí y ahora de la comunidad, partiendo de los textos sagrados, relacionándolos con el sacramento y aplicándolos a la vida concreta” (Puebla, 930).

Orientaciones

- 76 La Iglesia quiere enfatizar la importancia de la Homilía asegurándonos por una parte que ésta constituye una pieza integrante de la Liturgia e im-

poniéndola como obligatoria los domingos y festivos (OML, 24; OGMR, 9 y 41-42). Es *muy recomendable* hacerla en las ferias de los tiempos fuertes del Año Litúrgico y en otras celebraciones en que los fieles participan en mayor número (OGMR, 42 y 338).

También se insiste en la oportunidad de las celebraciones eucarísticas celebradas para grupos particulares (Actio Pastoralis 6, g) y en las Misas de Niños (Directorio, 48).

- 77 La Homilía debe tener tres ejes fundamentales: *La palabra divina proclamada*: debe ser como recordábamos más atrás, la "proclamación de las maravillas obradas por Dios en la Historia de la Salvación que está presente y obra en nosotros particularmente en la sagrada Liturgia" (SC, 35, 2). Si bien la fuente más explícita de esta Historia la encontramos en la proclamación de la Palabra revelada, se admite también que la Homilía se pueda inspirar en los textos de la Liturgia que buscan expresar esa misma Historia salvífica.

El segundo eje que debe centrar la Homilía es la *vida de la comunidad*: debe aplicar a la comunidad concreta la salvación contenida y anunciada en la Palabra.

Se trata, como enseñan los Prenotandos del Leccionario de la Misa, de "orientar a los fieles para que vivan de acuerdo con la fe que profesaron" (6). Esto no significa que la Homilía deba ser un elenco de las exigencias del Señor: junto con los ideales que El pone a sus seguidores y las exigencias que de ellos se sigan, la Homilía debe resaltar las promesas y la salvación que El Señor ofrece en este *aquí y ahora* de la vida de la Asamblea.

Los pastores deben dar, sin olvidar la totalidad del Mensaje de Salvación, una respuesta peculiar, inspirada en la Palabra de Dios, a las cuestiones propias de la Comunidad.

Finalmente la Homilía –tercer eje– debe *conducir a la celebración sacramental*. La tradición patristica ha acentuado esta función mistagógica, que es esencial de la Homilía. Si bien ésta debe explicar la Palabra divina y hacer su aplicación práctica a la vida, debe sobre todo anunciar la realización de esa salvación en el *aquí y ahora* de esa comunidad.

En muchas ocasiones se desequilibra la Homilía cuando se hace de ella sólo una catequesis clarificadora de verdades o un sermón de orientación moral o ética, olvidando el anuncio de la realización a través del signo sacramental.

Esto se cumple, según nos enseñan los Prenotandos del Leccionario de la Misa, en forma especial en la Celebración Eucarística: “El Misterio Pascual de Cristo, proclamado en las lecturas y en la Homilía, se realiza por medio del Sacrificio de la Misa” (24). La Oración Universal pretende completar en el Pueblo santo los frutos de la Liturgia de la Palabra y hacerlo pasar más adecuadamente a la Liturgia Eucarística (30). Al Presidente le compete introducir a los fieles en la Liturgia de la Eucaristía; y este paso debe realizarse en la Homilía (43).

78 En cuanto a la forma de realizar la Homilía recordamos algunas recomendaciones:

1. La Homilía será hecha normalmente por el mismo que preside. Esta pieza litúrgica tiene una característica sacramental y no es sólo un detalle jurídico que quede reservada al Presidente.

Las lecturas bíblicas no son presidenciales, sino ministeriales. "El Presidente ejerce también su función propia y el ministerio de la Palabra, cuando hace la Homilía. Con ella guía a sus hermanos hacia una sabrosa comprensión de la Sagrada Escritura, abre el corazón de los fieles a la acción de gracias por las maravillas de Dios, alimenta la fe de los presentes en la Palabra que, en la celebración, por obra del Espíritu Santo, se convierte en Sacramento, los prepara para una provechosa comunión y los invita a asumir las exigencias de la vida cristiana" (OLM, 41).

2. "En las Misas con Niños debe concederse una gran importancia a la Homilía por la que se explica la Palabra de Dios. La Homilía destinada a los niños puede realizarse alguna vez en diálogo con ellos, a no ser que se prefiera que la escuchen en silencio" (Directorio para las Misas con Niños, 48).

Si alguna vez los fieles intervienen en la Homilía no deben suplantar jamás el ministerio del Presidente, Sacramento de Cristo en la Asamblea.

La Homilía no puede ser suplantada por un diálogo ni mucho menos por un foro sobre la Palabra de Dios. Estos diálogos, tan provechosos para asimilar la Palabra divina, deberían hacerse en otras instancias catequéticas o pastorales, y no en la Celebración Eucarística.

3. El Presidente puede hacer la Homilía desde el ambón. Pero la forma y el lugar más apropiado es *sentado en la sede*, desde donde ha presidido toda la celebración de la Palabra (OLM, 26).

Es importante tener en cuenta la distancia que media entre el Presidente y la Asamblea: una se-

paración demasiado grande dificulta la comunicación.

4. La preparación de la Homilía deberá ser esmerada y su duración proporcionada a otras partes de la Celebración (Puebla, 930). Es un error pastoral y litúrgico, que por constatar la ignorancia religiosa de la Asamblea, se haga de la Homilía una prolongada clase de catequesis y después se haga a toda prisa el resto de la celebración. Tal vez la ignorancia del Pueblo de Dios deba ser estímulo a buscar otras salidas pastorales que, a la larga, beneficiarán a la Liturgia y a toda la vida cristiana.

5. En los domingos dedicados a un tema especial, como la Jornada de la Paz, el día de las Vocaciones, el domingo de las Misiones, etc., se tomarán las lecturas correspondientes al domingo, pero se hará mención del tema correspondiente en la Homilía, en los cantos, moniciones y Oración Universal (Ceremonial de Obispos, 229).

6. Hay que separar de la Homilía los *anuncios o avisos* que tengan que hacerse al Pueblo. Estos tienen su lugar, terminada la oración después de la Comunión y antes de la Despedida (OLM, 27 y OGMR, 139).

7. La Homilía no debería ser sustituida por la lectura de documentos ni de textos de la Liturgia de las Horas. Si hubiera que dar a conocer documentos magisteriales del Papa u Obispo, sería preferible utilizar otros medios de comunicación como folletos, volantes o espacios de radio y/o TV.

8. El Magisterio de la Iglesia, en uno de sus documentos, enumera varias características de la Homilía que podrían servirnos de síntesis:

- que sea explicación viva de la Palabra;
- que sea fruto de la meditación, ya que el Presidente también es *discípulo* de la Palabra;
- que esté suficientemente preparada tanto el contenido bíblico como su aplicación al aquí y ahora de la comunidad;
- que no sea demasiado corta ni demasiado larga;
- que el que la hace tenga en cuenta a todos los presentes, incluso los niños y los menos formados. (Catechesi Tradendae, 48).

9. Los silencios durante la celebración, especialmente después de la Homilía, deben ser valorados y fomentados como elemento de participación y asimilación del Mensaje (OGMR, 23).

B. Profesión de fe

Sentido

- 79 El *Credo*, profesión de la fe de la Iglesia, es una respuesta a la Palabra de Dios. Tiene un valor de tradición que expresa la unidad de la Iglesia en la misma fe.

Por lo tanto, en los domingos y solemnidades en que está prescrito, debemos utilizar una de las fórmulas propuestas por el Misal, en la conciencia de que es la fe proclamada por la Iglesia en todo el mundo (OGMR, 43 y 44).

Recomendaciones

- 80 Ningún canto religioso puede reemplazar la fórmula de la fe señalada por la Iglesia.

Sin embargo, para facilitar la participación de los niños pueden emplearse temas musicales adecua-

dos, interpretaciones populares aprobadas, aún cuando no concuerden plenamente con los textos litúrgicos latinos. (Misas con niños, 31; *Musicam Sacram* 55).

- 81 El Misal propone el símbolo bautismal o Símbolo de los Apóstoles y también el símbolo Niceno-Constantinopolitano: es bueno utilizar ambas fórmulas por razones ecuménicas y catequísticas. La fórmula puede ser cantada, rezada en común o en forma alternada.

No será difícil poner en la mano de los fieles folletos que ayuden a aprender los dos símbolos.

Como *el Credo* expresa la actitud de la comunidad creyente ante la Palabra proclamada y meditada, podría haber esta proclamación de nuestra fe eclesial, aún en los días en que no está prescrito.

- 82 En estos casos podrá ser muy útil emplear expresiones más libres para que la comunidad manifieste su adhesión a la fe eclesial. Hay que tener cuidado para no reducir la profesión de fe a unas fórmulas humanas, pues al final de la homilía, la comunidad afirma su fe en la Palabra de Dios.

Para eso se puede utilizar la fórmula de la Vigilia Pascual, una de las fórmulas propuestas para el Rito del Bautismo u otras semejantes, en forma de diálogo entre el sacerdote y la asamblea.

C. Oración universal

Sentido

- 83 La comunidad cristiana, reunida en Asamblea santa, *ejerciendo de modo relevante su sacerdocio bautis-*

mal, pide a Dios que la salvación que se acaba de proclamar se haga una realidad.

- En la Iglesia,
- en el mundo,
- entre los que sufren, y
- en la misma Asamblea celebrante.

Esta pieza litúrgica pretende hacer real el plan salvífico universal de Dios: salvar a todos los hombres y a todo el hombre. Hasta ahora los elementos de la celebración se centraban en la comunidad celebrante o Asamblea. En este momento, en cierto modo, se rompen los límites de la comunidad que está celebrando, para dar a la salvación, que se actualiza en los signos sacramentales, la dimensión universal que el mismo Dios le ha dado.

84 **Educación a los fieles en la oración**

No basta con leer, en un folleto, algunas intenciones ya formuladas; éstas siempre se presentan como sugerencias. Es preciso educar a los fieles a fin de que con espontaneidad la Asamblea exprese los verdaderos intereses y las necesidades de la Iglesia, de la humanidad y de la comunidad local, conforme a las circunstancias vividas y a la luz del Mensaje anunciado. Falta mucho para que nuestra oración refleje la esperanza cristiana: no basta con proponer a Dios nuestra solución personal. Además hay que recordar que normalmente Dios actúa por medio de las causas segundas, muchas veces por nosotros mismos. Por lo tanto, pedir a Dios una gracia implica un *compromiso de colaboración* para que la necesidad sea satisfecha en conformidad con la voluntad del Padre.

85 Orientaciones

La Oración Universal tiene elementos propios del presidente y elementos propios de otros ministros.

Al sacerdote que preside le corresponde iniciarla desde la sede, con una exhortación y concluirla con una oración colecta.

Al diácono, o, en su defecto, a un ministro idóneo, o a algunos fieles (OLM, 30) sin excluir a las mujeres, les corresponde recitar las intenciones "breves y compuestas con sabia libertad" (*Idem*, 30). La Asamblea siempre puede añadir otras intenciones locales preparadas previamente o improvisadas. Es conveniente, en las asambleas mayores, que se dirijan al micrófono para que todos escuchen. También puede el diácono o lector resumir las diferentes peticiones y proponer una síntesis para que toda la comunidad participe con la respuesta.

La Asamblea de pie, en gesto sacerdotal, participa en la Oración diciendo o cantando una frase u oración invariable, o bien, haciendo un momento de silencio (OGMR, 47).

- 86 De ordinario deben estar presentes las intenciones por la Iglesia, por el mundo, por los que sufren y por la comunidad local. En celebraciones particulares el orden de las peticiones podrá amoldarse a la ocasión (OGMR, 46). La Oración Universal no es el momento de la acción de gracias
- 87 Siempre debe haber una justa proporción entre las oraciones por las intenciones universales y las locales o personales. Es el momento exacto para invitar a toda la comunidad a que ore por las inten-

ciones encomendadas o especiales que se tengan en la celebración.

Es conveniente que los pastores busquen la manera de conocer las necesidades de la comunidad a fin de incluirlas oportunamente en la oración de los fieles.

- 88 En caso de Asambleas poco numerosas, en que se invita a los fieles a formular sus peticiones, no se contestará a cada una "Te lo pedimos, Señor", sino que después de que todos hayan formulado sus peticiones, el diácono o el lector incluye: "por todas estas intenciones, roguemos al Señor".
- 89 Para evitar la rutina, es bueno variar la respuesta de la Asamblea, y también cantada a veces. Las intercesiones de Vísperas pueden ser buen modelo.
- 90 La Oración Universal es parte integrante de la celebración y convendría hacerla en todas las Misas con participación de Pueblo (OGMR, 45).

Normalmente no se debería omitir: mucho menos los domingos y días festivos. En días feriales conviene hacerla más sencilla.

IV

LITURGIA DE LA EUCARISTÍA

1. ESTRUCTURA DE LA LITURGIA EUCARÍSTICA

91 **L**os textos bíblicos que nos narran la institución de la Eucaristía nos dicen que Jesús, en la Última Cena, realizó tres gestos o acciones: 1o., *tomó el pan y tomó el cáliz con vino. Después pronunció la Bendición o Himno de Acción de gracias. Y finalmente, partió el Pan para entregárselo y pasó a los Apóstoles el cáliz, convertido ya en su sangre. Una vez realizados estos gestos manda a los apóstoles que repitan esto en conmemoración y recuerdo suyo.*

Cuando la Iglesia quiso realizar este mandato, ritualizó estos tres gestos que, aunque con diversos nombres, han constituido la esencia de la celebración eucarística durante veinte siglos.

El actual Misal nos presenta el siguiente esquema:

A. *Preparación de los dones, que corresponde al gesto tan simple del Señor de tomar el pan y de preparar la copa con vino.*

B. *Plegaria Eucarística*, Acción de Gracias al Padre por sus dones, sobre todo por el don más grande que nos ha regalado; *por Jesucristo, tu Hijo Amado*. Corresponde a la larga letanía eucarístico-laudativa –*Berakah*– que el Señor pronunció en la cena ritual de la Pascua.

C. *Comunión*, partir el pan y participar del cáliz de la salvación identificados en el mismo Cristo, Palabra de vida y Pan de redención y repetir el gesto de Cristo en la Última Cena, entregándose a sus Apóstoles y a todos los creyentes.

Es el modo como la Iglesia pretende hoy, como ayer, seguir cumpliendo el mandato del Señor de repetir la Eucaristía en recuerdo suyo.

- 92 Las dos partes de la Misa, Liturgia de la Palabra y Liturgia de la Eucaristía, constituyen un solo acto de culto. A decir verdad, no son dos mesas separadas: la una conduce a la otra, como en la revelación del Sermón de Promesa de la Eucaristía (Juan, cap. 6): Jesús sube del pan de la Palabra al pan de la Eucaristía.

En la Liturgia de la Palabra previa a la Eucaristía, se anuncia la Palabra que salva; en la Eucaristía se realiza y se vive ese misterio salvador.

Es urgente hacer percibir, por medio de una catequesis adecuada, la unidad de la Misa, y la íntima relación de sus partes.

Observaciones

- 93 Hay que mantener la estrecha vinculación entre las partes de la Misa aun cuando se hagan en luga-

res diferentes (Directorio de Misas de Niños, 25 y ss.).

- 94 El lugar de la Liturgia de la Eucaristía es el altar. Cuídese que en la Mesa del altar no haya ni hojas, ni folletos, ni libros superfluos, ni anteojos, ni cerillas. La cruz y los cirios pueden estar sobre la mesa del altar o mejor cerca de ella (OGMR, 79).

El diácono o el acólito preparan el altar, colocando el corporal y disponiendo el pan y el vino que traen. algunos fieles de la Asamblea desde una mesita colocada en la nave o en el presbiterio.

2. PRESENTACIÓN DE LOS DONES

Los Ritos

- 95 La Liturgia Eucarística se inicia con la presentación que los fieles hacen del Pan y el Vino que se convertirán en el Cuerpo y la Sangre del Señor. También tienen cabida otras ofrendas, como dinero o cosas materiales de ayuda a los pobres.

Es conveniente, para ayudar el tránsito de la Palabra a la Eucaristía, hacer notorio el cambio ritual. Hasta ahora el centro de la celebración eran el ambón y la sede. En el altar no había ningún objeto, ya que no se había desarrollado en él ningún rito. Ahora se colocan corporal, misal y ofrendas. Este cambio ayudará a la transición entre Palabra y Signo Sacramental.

Orientaciones

- 96 El canto procesional de las ofrendas se justifica cuando dichas ofrendas se encuentran en la nave,

en medio del pueblo. Esta deberá ser la costumbre corriente. Si no se hace, se desvirtúa el rito que no aparece claramente como *presentación de ofrendas*.

Si no hay procesión, la Asamblea guarda silencio.

El pan y el Vino destinados a la celebración nunca se dejarán de antemano sobre el altar.

- 97 Es conveniente revisar el contenido de los cantos de este momento de la Misa. No deben insistir en el aspecto de ofertorio a Dios del sacrificio. Esta idea se desarrollará más adelante, después de la consagración, cuando la Víctima sacrificial ya esté presente en las especies consagradas. Los cantos podrían expresar la entrega a Dios de nuestra vida simbolizada en el pan y el vino, fruto de nuestro esfuerzo, o en la ofrenda en dinero, expresión cultural de nuestra actividad laboral, o en nuestro aporte o ayuda a los necesitados, expresado en nuestras ofrendas materiales para los pobres.

También el canto podría expresar la alegría de nuestra fraternidad cristiana reunida en torno a Cristo, o bien prolongar el contenido entregado por Dios en la Palabra o el que se está viviendo en el determinado tiempo litúrgico.

No se deben utilizar cantos de petición que repitan el contenido de la Oración Universal.

- 98 – Recuérdese que el Misal presenta varias posibilidades en cuanto a la manera de recitar las oraciones del Presidente: en voz baja, en voz alta, con o sin aclamaciones de los fieles. De preferencia deben decirse en secreto.
- Cuando se canta, el sacerdote dice las fórmulas de presentación en secreto. Si no hay canto, puede

decirlas en secreto o en voz alta. Puede haber un fondo musical cuando el oficiante las dice en secreto.

– Al mezclar el agua y el vino, el sacerdote o el diácono no hacen ninguna bendición sobre el agua: la bendición no tiene sentido en este rito. *La oración que acompaña este rito debe ser dicha en voz baja.*

- 99 No se debe hacer una *elevación* de las ofrendas, sino una simple presentación del pan y del vino.

Para esto, las ofrendas deberán elevarse muy poco sobre el altar. Se presentan por separado el pan y el vino porque son dos signos complementarios.

- 100 El Celebrante pronuncia en ocasiones oraciones presidenciales y en otras hace oraciones a título personal para poder cumplir su ministerio con mayor atención y piedad (OGMR, 13). Estas últimas que ordinariamente los Misales las traen en letra más pequeña, deben ser recitadas en voz baja.

Cuando se proclaman en voz alta, rompen la armonía del conjunto y sobrecargan la estructura de la Liturgia. Así con la oración privada: *Acepta nuestro corazón contrito... que éste sea hoy nuestro sacrificio y la oración que acompaña al lavatorio de manos.* Son oraciones personales y no presidenciales.

- 101 Incensar las ofrendas destaca el signo del pan y del vino. Significa que la oblación de la Iglesia y su oración suben como el incienso en la presencia del Señor.
- 102 El rito del lavatorio tiene finalidad simbólica. Para el sacerdote expresa el deseo de estar totalmente purificado antes de comenzar su gran intervención

sacerdotal en la Oración Eucarística, *en la que realiza en forma plena su Sacerdocio Ministerial.*

Pero este rito (con su versículo) será “insignificante” si se echa algunas gotas de agua sobre los dedos detrás del altar, a escondidas y peor si lo hace sobre el altar. Para que sea significativo, y que los fieles puedan participar de este “sacramental” se necesita un recipiente digno y agua abundante con la cual el sacerdote se lava sus manos, una toalla decente... La Liturgia destaca los signos...

- 103 Al *Orad hermanos*, que es un *oremos* un poco más desarrollado, el pueblo se pone de pie, ya que forma parte de una oración presidencial, la oración sobre las ofrendas. El sacerdote no responde por lo tanto con un *Amén al finalizar la respuesta de los fieles.*

Otras ofrendas recomendadas

Ritos

- 104 La Iglesia recomienda que junto con las ofrendas cultuales, la comunidad entregue también otros elementos. Los más frecuentes son las donaciones en dinero y las ayudas materiales para los pobres y necesitados.

La ofrenda en dinero debería ser presentada junto con el pan y el vino, lo cual exigiría que se hiciera con rapidez y en forma expedita antes de la procesión de las ofrendas cultuales. Sólo se colocan sobre el altar el pan y el vino. Las demás o junto al altar o sobre una mesa, pero siempre fuera del altar.

También pueden ser llevadas otras donaciones para los pobres o necesitados. El Misal Romano

las prescribe especialmente en la Misa Vespertina del Jueves Santo. Estas pueden ser presentadas procesionalmente por los mismos fieles, o ser recogidas a la entrada de la Iglesia para ser llevadas después con el Pan y el Vino.

Sentido

- 105 Será preciso revalorizar estos gestos de las ofrendas con una adecuada catequesis.

En nuestra cultura el dinero se ha convertido en el medio ordinario de transacciones y simbólicamente es el fruto del esfuerzo y del trabajo humano.

Por otra parte, la cualidad de hijos de Dios que tiene cada uno de los miembros de la asamblea litúrgica, debe llevarlos a compartir fraternalmente lo que poseen.

Dar, pues, dinero en la celebración, no es *dar una limosna, ni hacer una colecta*. Es más bien:

- Reconocimiento a Dios, origen de todo, bien, que nos ha dado las capacidades para transformar la materia a través del trabajo;
- Incorporación del fruto de nuestro trabajo para que sea asumido por Dios como sacramento de salvación;
- Koinonía o comunión con los hermanos: capacidad de compartir fraternalmente con ellos los dones de Dios y nuestras capacidades y éxitos.
- Fe, confianza y acción de gracias a la Providencia divina.

- 106 La reunión eucarística, según la enseñanza del apóstol, debe ser celebrada en un ambiente de caridad fraterna y de profunda unidad (1 Cor 11, 20-22). Estos gestos podrían ayudar a una participación más comprometida.

Parte de estas ofrendas se debe dedicar también al mantenimiento del culto. Tal vez sería conveniente señalar periódicamente a los fieles de la Asamblea, la destinación de los dineros o especies recibidos. Además de ayudar la generosidad se cumple un deber de justicia con los oferentes.

3. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA

- 107 La Plegaria Eucarística se inicia con el *diálogo del Prefacio* y termina con el *Amén* de la Doxología con que la Asamblea ratifica su participación en esta Oración presidencial.

Estructura y partes de la Plegaria Eucarística

A. Estructura y sus partes

- 108 La Oración Eucarística, por su naturaleza, es como el *culmen de toda la celebración*, es la *oración de acción de gracias y de santificación*, y busca que la *Asamblea entera se una a Cristo en la proclamación de las maravillas de Dios y en la oblación del Sacrificio*. Esta plegaria la pronuncia el sacerdote ministerial, quien es a la vez voz de Dios dirigida al pueblo, y voz del pueblo dirigida a Dios. Sólo debe escucharse la oración del Sacerdote: "el pueblo que se ha congregado para celebrar la sagrada Liturgia, guarda mientras tanto un religioso silencio" (Carta de la Congregación del Culto sobre las Plegarias Eucarísticas, 27 de abril 1973, 8).

Nombre

- 109 A través de los siglos esta parte de la Misa ha recibido diversos nombres. En la antigüedad se le llamó *Eucaristía* para señalar el aspecto de acción de gracias laudativa. Más tarde, cuando se acentuó su sentido sacrificial, se le llamó *Oración de oblación*, *Acción del Sacrificio* y, en el Oriente, *Anáfora*. A partir del siglo VI se impone la expresión de *Canon Actionis*, o simplemente *Canon*; término que equivale a norma fija, medida, modelo inalterable. Los documentos postconciliares han vuelto al nombre primitivo y la llaman *Plegaria Eucarística*, para acentuar de nuevo el contenido de acción de gracias y alabanza.

Sus elementos constitutivos

- 110 Son nueve los elementos que constituyen la Plegaria Eucarística, aunque no todos tienen la misma jerarquía e importancia:

I. La plegaria se inicia con el *Prefacio-Santo*. El Prefacio es un Himno de acción de gracias al Padre por habernos dado a *Jesucristo* su Hijo amado. El motivo de esta acción de gracias se desarrolla en cada Prefacio: como Jesucristo es autor y síntesis de toda la salvación, cada fórmula motiva la acción de gracias de la Asamblea según el tiempo litúrgico o las circunstancias de la celebración. A veces se agradecerá por Jesucristo nacido por nuestra salvación; otras por Cristo Resucitado, nuestra Pascua; otras porque en El brilla la esperanza de nuestra Resurrección personal. Ante esta salvación que se anuncia y se realiza, la Asamblea canta el *Santo*, palabra que es la expresión y el reconocimiento que el creyente hace de la grandeza y santidad de Dios.

II. *Transición a la Epiclesis*. Suele ser una pieza de diversa magnitud, según los esquemas de Plegaria Eucarística. Por lo general desarrolla y hace una paráfrasis del *Santo* anterior.

III. *La Epiclesis consecratoria*, parte muy importante de la Plegaria Eucarística es una oración de *invocación* que se dirige al Padre para que envíe al Espíritu Santo sobre las ofrendas de Pan y Vino y las convierta en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Esta invocación va siempre acompañada de un gesto epiclético, la imposición de las manos que el sacerdote extiende sobre las ofrendas.

IV. *La narración de la Institución* eucarística es el momento cumbre de la Plegaria. El sacerdote, con pequeñas variantes según los esquemas de las Plegarias, repite las palabras y los gestos del Señor en el momento de la Institución, y muestra a la adoración de la Asamblea el Pan y el Vino convertidos en el Cuerpo y Sangre de Cristo.

V. *La anámnesis* del Misterio Pascual y el *Ofrecimiento* al Padre de la víctima sacrificial es otro de los elementos esenciales. Se recuerda la Muerte, Resurrección y Ascensión de Cristo, no como una evocación fría de hechos pasados, sino como *memorial viviente*, realizado en el aquí y ahora de esa Asamblea. La Eucaristía celebra y representa (hace presente de nuevo) la fuerza salvadora de esos hechos que nos alcanzaron la reconciliación con Dios. Y por esa razón el sacerdote, en nombre y representando todo el pueblo sacerdotal, lo *ofrece* al Padre como oblación agradable a El y salvadora para los hombres.

VI. Después de la Consagración hay una *segunda epiclesis* o *invocación*: se implora de nuevo la pre-

sencia del Espíritu Santo para que por una parte haga grata al Padre la ofrenda de la Víctima y por otra, la acción del Espíritu aúne en una sola familia de hermanos a todos los que se alimentan de esta misma Víctima.

VII. La Eucaristía tiene también un contenido escatológico: su efecto salvador se nos va aplicando en esta vida, pero tendrá su plenitud en el cielo. Por eso se hace una *conmemoración de los Santos* del cielo: mirándolos a ellos podrá el creyente oferente comprender el plan Salvador de Dios que, a través de las vicisitudes de la vida, nos conduce a la participación plena de la Resurrección de su Hijo.

VIII. Toda Eucaristía se ofrece por toda la Iglesia. Por eso en la Plegaria Eucarística hay una *intercesión* explícita por todos ellos: el Papa, el Obispo, la jerarquía, los oferentes, los que están reunidos, los ausentes, los difuntos: se pide que a todos ellos alcance la salvación de Cristo que la Eucaristía representa y actualiza.

La mención del Papa y del Obispo, es principalmente un signo de comunión eclesial.

IX. La *doxología de alabanza*, que corona la Plegaria Eucarística, es un breve himno de glorificación al Padre, en el Hijo y por el Espíritu Santo. La Asamblea rubrica y asiente con su *Amén* esta glorificación y toda la acción realizada en la Plegaria Eucarística.

B. Las plegarias eucarísticas del Misal

- 111 I. La fórmula más conocida tradicionalmente en Occidente es el *Canon Romano*. Su composición fue

paulatina y muy antigua. A fines del siglo VI ya estaba fijada en la forma actual y la Iglesia latina la estuvo repitiendo durante siglos como la única forma de celebrar la Eucaristía.

Tiene una gran riqueza de fórmulas oracionales en los Prefacios, fórmulas que resumen admirablemente la fe de los cristianos. También ofrece buena variedad de fórmulas para algunas fiestas litúrgicas. Acentúa, más que otros esquemas, el aspecto sacrificial y de oblación.

Su uso se recomienda para aquellas fiestas que tienen embolismos o partes propias, en las fiestas de aquellos santos romanos que se nombran en su texto y en la celebración eucarística dominical.

- 112 II. La segunda anáfora que nos presenta el Misal está tomada de la *Traditio Apostólica* y es el texto romano más antiguo que conocemos (+ - 220).

Presenta como características la brevedad y sencillez, tanto en su estilo como en sus conceptos. Resume muy sintéticamente la teología de la Eucaristía y, como toda síntesis, no siempre es clara en su expresión.

Se recomienda usarlo en las Misas con niños y jóvenes y en los días feriales. Para las Misas por los difuntos tiene una forma especial de intercesión. Aunque tiene un prefacio propio, éste no forma parte de su estructura y pueden usarse cualesquiera de los prefacios indicados en el Misal.

- 113 La IV plegaria tiene como base la Liturgia Galicana, con influencia de la Liturgia Hispana: Los elementos de la naturaleza son dones de Dios que el creyente vuelve a entregar a Dios en oblación. Es de

extensión media, ni muy larga ni muy breve, con pasajes claramente perceptibles y fácilmente captables por la comunidad.

Sería oportuno usarla en las Eucaristías dominicales alternándola con el Canon Romano. También tiene, como la anterior, una fórmula de oración por los difuntos que desarrolla el sentido cristiano de la muerte. Puede usarse toda la riqueza oracional de Prefacios que nos presenta el Misal.

- 114 IV. La más extensa de las Plegarias Eucarísticas del Misal se ha inspirado en la *Anáfora griega de san Basilio*. Compuesta por este obispo en la segunda mitad del siglo IV y en los siglos posteriores tuvo una gran difusión, que la hizo común a varias familias litúrgicas.

Es una larga narración de las intervenciones de Dios en la Historia.

Tiene un Prefacio invariable que nos habla de la creación inicial y de la creación de los ángeles. Después del *Santo* nos entrega una síntesis completa de la Historia de la Salvación.

Convendrá usarla en ambientes más iniciados en Biblia y Liturgia: será una buena forma de expresar la fe de la comunidad en este esquema de oración. Pero también podrá servir para el anuncio de esta misma salvación a otras comunidades no tan cultivadas. También podrá servir como un esquema de catequesis de la Historia de la Salvación.

- 115 La *Plegaria del Sínodo Suizo* es de composición reciente. Fue preparada en Suiza, para el Sínodo en aquella nación. La santa Sede aprobó su uso en

agosto de 1974 para las regiones helvéticas. Posteriormente se hizo para varios otros países europeos. El nuevo Ordinario de la Misa para los países de habla castellana trae esta Plegaria Eucarística en el suplemento, como otra posible opción que podrá ser utilizada en nuestras celebraciones.

Ofrece la particularidad de tener cuatro variantes que responde a otras tantas temáticas. En esta estructura podríamos ver una relación con la tradición romana, que en su canon ofrece variedad de embolismos y plegarias para algunas festividades. Pero tal vez en su contenido se aparte un poco de esta misma tradición: los esquemas que conocemos de Plegarias Eucarísticas conmemoran la Historia de la Salvación en su totalidad o plenitud, y estos nuevos textos nos ofrecen aspectos más temáticos de esta misma Historia salvífica.

La parte invariable está compuesta de los elementos esenciales de las Plegarias Eucarísticas: Epiclesis consecratoria, Relato de la Institución, Anámnesis y Epiclesis sobre la Asamblea. Junto a estos elementos esenciales, la parte invariable nos trae también las intercesiones de los Santos y el recuerdo de los difuntos. Las variantes están constituidas por el Prefacio y la intercesión por la Iglesia.

Nos detenemos brevemente en cada una de estas variantes:

- 116 V.A: *Dios guía a su Iglesia*: Se subraya la presencia salvadora de Dios en su pueblo, tanto en el Antiguo Testamento como en la Iglesia, y el carácter peregrinante de los creyentes, guiados por la fuerza del Espíritu.

- 117 V.B: *Jesús, nuestro camino*: Es más cristológica: se alude a los pasajes evangélicos Cristo camino (Jo 14, 15), camino al Padre (id), la vida que nos colma de alegría (Jo 16, 22), etc. Por medio de Cristo se realiza la manifestación del Padre y a través de El el hombre llegará a Dios. El ideal de los creyentes es formar un cuerpo con El, cuerpo que reúna en hermandad al solo y al desamparado.
- 118 V.C: *Jesús, modelo de caridad*: También es de contenido cristológico. Cristo es la expresión del amor y la ternura del Padre Dios. La Iglesia hoy debe discernir los signos de los tiempos y compartir la vida de todos los hombres continuando así la línea de salvación asumida por Cristo. El amor es el camino de la salvación.
- 119 V.D: *La Iglesia, camino hacia la unidad*: En Cristo la Iglesia es Sacramento de salvación. La intercesión por la Iglesia, en forma nueva y novedosa, pide la unidad para todos los estamentos del Pueblo de Dios: laicos, sacerdotes, Obispo, Papa. La Iglesia debería aparecer como un instrumento de unidad en medio de este mundo tan dividido.

Esta Plegaria podrá ser utilizada siempre que la misa no tenga Prefacio propio del día. Puede ser utilizada cuando el Prefacio es del tiempo. Por su lenguaje directo y claro, es recomendable para Misas de comunidades más cultivadas y en los días domingos del tiempo ordinario.

- 120 Las *Plegarias Eucarísticas para Misas de Niños* fueron compuestas a solicitud de varias Conferencias Episcopales y promulgadas por el Papa Pablo VI juntamente con un interesante Directorio Pastoral (1o. noviembre 1973) que regula el uso práctico de dichas Plegarias.

Han sido compuestas para facilitar la comprensión y la participación de los niños en la Eucaristía. Para responder a este objetivo, se nos han entregado tres Plegarias en un lenguaje simple y llano. En su estructura se multiplican las aclamaciones con las que los participantes infantiles explicitan su fe y su incorporación a la celebración.

El Directorio que regula estas Misas sugiere añadir alguna vez algunos elementos que puedan facilitar la participación, como ejemplo, motivaciones concretas de acción de gracias antes del diálogo del Prefacio (37). O bien, su participación a través de gestos corporales o determinadas posturas físicas (Directorio citado, 33). Para facilitar una participación interna, procúrese que la celebración resulte festiva, fraterna y meditativa (Id. 23).

Su uso está reservado a las comunidades exclusiva o preferentemente infantiles (de preadolescentes). Si hay un grupo de adultos acompañando a los niños, es conveniente que el Presidente y los ministros asuman su presencia y los orienten en la participación. Aparece conveniente que las aclamaciones de la Asamblea infantil sean cantadas: lo exige la naturaleza de la aclamación y responde más oportunamente a la psicología infantil.

- 121 VII. *Las Plegarias Eucarísticas de la Reconciliación.* Han sido elaboradas con motivo del Año santo de 1975. El tema central de ese acontecimiento eclesial, señalado por Pablo VI en la convocatoria, era el de la reconciliación con Dios y con los hermanos. Estas Plegarias pretendían convertir en oración ese objetivo del Año Santo.

Su configuración y el orden de sus partes sigue el esquema de las Plegarias Eucarísticas II y IV. El

desarrollo es temático: presenta la obra restauradora de Cristo como origen y consolidación de nuestra reconciliación con el Padre y entre nosotros.

Su uso se recomienda cuando las comunidades cristianas celebran de modo especial el misterio de la Reconciliación. Recomendable para los tiempos y días penitenciales, como la Cuaresma y los viernes.

Orientaciones

- 122 La Plegaria Eucarística, que incluye el Prefacio, es típicamente presidencial. No se trata de un *rezo* que la Asamblea podría recitar juntamente con el presidente, lo que le haría perder su característica de *Memorial*: evocación de algo conocido, pero que se escucha con reverencia, sobre todo porque este Memorial se actualiza eficazmente. Por lo tanto, no se puede proclamar la Plegaria Eucarística junto con la Asamblea ya que dicha plegaria corresponde por entero al sacerdote. No le es permitido ni siquiera al diácono recitar parte de la Plegaria, ya que éste es un ministro auxiliar.

Repetidas veces la Santa Sede ha insistido: Usense únicamente las Plegarias Eucarísticas incluidas en el Misal Romano o legítimamente admitidas por la Sede Apostólica. Es un gravísimo abuso modificar las Plegarias Eucarísticas aprobadas por la Iglesia o adoptar otras compuestas privadamente (*Inaestimabile Donum*, 5).

Nadie puede disponer a su antojo de lo que pertenece al Pueblo de Dios; sería caer de nuevo en un clericalismo arcaico, el imponer a una Asamblea

contestar con un *Amén* a composiciones de sacerdotes o laicos, pese a la fama de santidad, capacidad teológica o intuición pastoral de que gocen.

La carta sobre las Plegarias Eucarísticas de la Congregación para el Culto, insiste fuertemente sobre la dimensión eclesial de la celebración eucarística: "En la Plegaria Eucarística, se dirige a Dios no sólo una persona privada o una comunidad local, sino la misma y única Iglesia Católica que existe en todas y cada una de las Iglesias locales" (cfr. 11).

- 123 Las cuatro fórmulas de Plegarias Eucarísticas son una profesión de fe en la que la Iglesia toda se reconoce y se expresa: se deben, por lo tanto, utilizar todas las Plegarias. Sería empobrecer la celebración eucarística utilizar siempre la misma fórmula. Los fieles tienen derecho a escucharlas alternativamente. También la proclamación de la Plegaria es Evangelización (cfr. *Ibid*, 10).
- 124 Utilizar en forma corriente y sistemática la Plegaria II, sería privar a la Comunidad de una proclamación más clara del misterio eucarístico. En efecto, esta Plegaria es un resumen muy sintético de la teología y celebración del misterio eucarístico, y como toda síntesis, no puede resaltar suficientemente todo el contenido de las verdades que incluye.
- 125 "Durante la Plegaria Eucarística no se deben recitar oraciones o ejecutar cantos. Al proclamar la Plegaria Eucarística, el sacerdote pronuncia claramente el texto, de manera que facilite a los fieles la comprensión y favorezca la formación de una verdadera Asamblea, compenetrada toda ella en la celebración del memoria del Señor". (*Inaestimabile Donum*, 6).

La música de órgano y de otros instrumentos durante la Plegaria Eucarística es un abuso que se vuelve a introducir y que parecía superado (OGMR, 12). Se recomienda que el sacerdote cante Prefacio, anámnesis, consagración y epiclesis, según las melodías aprobadas por la autoridad competente.

- 126 Sería un error romper el pan al pronunciar las palabras del relato de la Institución: *Tomó el pan, lo partió*. En la Misa, la Iglesia no fracciona pan sino el Cuerpo del Señor, según la enseñanza de San Pablo: "Cristo es el único Pan partido; los que comemos de un mismo Pan formamos un solo cuerpo". Es lo que siempre ha hecho la Iglesia desde los Apóstoles. Además, según la tradición bíblica, Cristo partió el Pan en vistas a la distribución. Por esto, la Iglesia, al repetir la Cena del Señor, ha localizado esta fracción, no en el momento de la Consagración, sino en la Comunión.

Téngase presente que el sacerdote eleva la hostia para que el pueblo la vea; sólo con la consagración del vino el sacramento está completo en su signo.

- 127 La fórmula *Este es el sacramento de nuestra fe*, es una monición mistagógica que pertenece al sacerdote, y no al diácono. Es un modelo que se propone, pero que puede ser un tanto desarrollado según la celebración del día, a tenor de la recomendación de la carta sobre *las Plegarias Eucarísticas* 14: "Por su naturaleza, estas moniciones no exigen ser repetidas al pie de la letra en la forma en que aparecen en el Misal: de ahí que, al menos en determinados casos, convendrá adaptarlas algo a las condiciones reales de la comunidad".

- 128 La *doxología* con que acaba la Plegaria Eucarística corresponde sólo al presidente. Se trata de una fórmula presidencial que pide una respuesta de la Asamblea, debida a la misma estructura de la Plegaria Eucarística donde las intervenciones de la Asamblea son las aclamaciones (OGMR, 55 h).
- 129 Es urgente revalorar el *Amén* final, comunitario y solemne, que en este momento toma una dimensión amplia de ratificación, por parte de la Asamblea, de toda la plegaria eucarística formulada en nombre de la Iglesia por el sacerdote. Pastoralmente se hace difícil obtener un *Amén* comunitario y solemne. Se podría encontrar aclamaciones con formulación bíblica (por ej. inspiradas en II Co 1, 20: "Con Cristo decimos *Amén* para la gloria de Dios Padre"...) y cantarlas. Las Plegarias Eucarísticas que están con aclamaciones más abundantes en el cuerpo mismo de la oración, facilitan este modo de proceder.
- 130 Cada Plegaria Eucarística forma un conjunto bien unificado, con características particulares y estilo definido. Sería un error intercalar partes de otras Plegarias dentro de la que se ha escogido. Resultaría una mezcla híbrida que desfigura y rompe la unidad de la Plegaria Eucarística.

C. Participación de la Asamblea en la Plegaria Eucarística

- 131 La Plegaria Eucarística es una oración típicamente *presidencial*, y por tanto la Asamblea no debe recitarla ni en todo ni en parte. Es el Presidente de la Asamblea quien debe proclamarla, asumiendo la persona de Cristo Sacerdote y Mediador.

La Asamblea debe participar asumiendo algunas formas concretas que aquí señalamos:

- 132 a) *Las aclamaciones*. Están previstas tres aclamaciones de la Asamblea en la Plegaria Eucarística *el Santo*, la que se recita *después de la Consagración* y el *Amén* final. En la liturgia las aclamaciones pretenden ser expresiones breves y concisas que manifiestan alegremente la fe y el entusiasmo de la comunidad ante las manifestaciones sacramentales del Señor. El *Santo*, complemento de la acción de gracias del Prefacio, es un canto de alabanza a Dios *por Jesucristo, tu Hijo amado*. Las fórmulas de *aclamación después de la Consagración* subrayan la idea de los diversos tiempos de la Historia de la Salvación, cuyo memorial se hace presente aquí y ahora con su fuerza salvadora; es anuncio y anticipo de lo que obtendremos el día final, el día del triunfo definitivo de Cristo.

La palabra *Amén* es una aclamación que significa mucho más que *así sea*. *Amén* es una ratificación de lo que se sabe cierto, es publicar una seguridad, sirve para expresar la fe o una convicción. “*Amén* es la firma que ponemos a un documento”, dice San Agustín: por el *Amén* hacemos nuestro el contenido de lo que firmamos.

Se hace necesaria una catequesis de estas aclamaciones para favorecer la participación de la Asamblea y para superar el sentido de monólogo monótono que puede tener la Plegaria Eucarística.

- 133 b) Otra forma de participación de la Asamblea es su *silencio sagrado*. No se trata de un silencio de pasividad o inactividad, sino de *oración*. La plegaria de la Asamblea deberá expresar los sentimien-

tos y contenidos propios de la Plegaria Eucarística. Primero, *dar gracias a Dios Padre* por la salvación de Jesucristo que se celebra en estos signos. No se trata de cualquier agradecimiento; hay que centrarlo en el regalo más grande que El nos ha entregado. Aunque este sentimiento de gratitud se puede realizar en toda la Plegaria, se centra especialmente en el Prefacio.

En segundo lugar es necesario *alabar*. La alabanza es el sentimiento de admiración del creyente ante la manifestación del Dios que lo salva. Se acentúa esta alabanza en el canto del Santo y en la aclamación después de la Consagración. Finalmente hay un tercer sentimiento que la Asamblea debe rezar: el *ofrecimiento*. Cristo se hace presente y renueva el Sacrificio que perdona pecados y nos reconcilia con Dios. Después de la Consagración, en la amámnesis, se realiza el auténtico ofertorio, donde el pueblo sacerdotal ofrece al Padre Dios lo más agradable a sus ojos, su propio Hijo inmolado por nuestra salvación.

A estos tres contenidos esenciales, se debería añadir el de petición que se centra en las oraciones de intercesión por la Iglesia y por los difuntos, como igualmente en la conmemoración de los Santos del cielo. Para llegar a una participación ideal de los fieles en esta parte de la Misa se debe catequizar muy especialmente esta Plegaria Eucarística, que es el centro y el culmen de la celebración.

- 134 c) Otra forma de participación que se debería rescatar es la de las *posturas corporales*. Dentro de la Liturgia, éstas tienen una doble finalidad: *expresan* un sentimiento religioso y, por otra parte, *fomentan y estimulan* esos mismos sentimientos.

(OGMR, 20). Es preciso que una buena catequesis dé sentido a la postura de pie o eventualmente de rodillas, que asuma la Asamblea durante la Plegaria Eucarística. Estos gestos deben ser real expresión de sentimientos de adoración, alabanza, ofrecimiento sacerdotal y petición.

4. LOS RITOS DE LA COMUNIÓN

- 135 *El Sacerdote Presidente inicia el Rito de la Comunión invitando a los fieles a recitar el Padre nuestro. Se concluye con la oración después de la Comunión.*

Sentido

- 136 Es importante que, por medio de la catequesis y de la misma celebración, se lleve a los fieles a percibir la unidad de los ritos que preceden y acompañan la recepción sacramental del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Este conjunto de ritos que, a primera vista, aparecen como un mosaico de piezas sueltas, pone de manifiesto el aspecto de *Cena Pascual*.

Es cierto que “el sacrificio, como Pascua de Cristo, es ofrecido por todos, pero no produce sus efectos sino en aquellos que se unen a la Pascua de Cristo por la fe y por la caridad” (*Eucharisticum Mystrium*, 12), y les aprovecha en diverso grado según su devoción.

- 137 En este Rito de la Comunión el Pueblo cristiano: participa de los beneficios salvadores del Misterio Pascual; renueva la Alianza con su Padre Dios a través de la Sangre de Cristo; y anticipa el banquete escatológico del Reino definitivo de Cristo.

- 138 Varios signos, mutuamente relacionados, encaminan hacia el signo-cumbre de la comunión: el Padre nuestro, el Rito de la Paz, la Fracción del Pan y la Comunión.

Signo de la Oración (Padre nuestro)	–	Signo de la filiación divina
Signo de la paz	–	Signo de fraternidad
Signo de la fracción	–	Signo de amor-caridad
Signo de la comunión	–	Signo de incorporación a Cristo y a la Iglesia

Orientaciones

Signo de la oración del Señor. Filiación

- 139 El Padre Nuestro, con su embolismo (ampliación de la última petición) sintetiza en cierto modo y expresa sentimientos semejantes a los de la Plegaria Eucarística.
- 140 La monición mistagógica que introduce el Padre Nuestro es otro esquema propuesto que no conviene repetir invariablemente. Es otra oportunidad para que el Presidente (no es monición del diácono) pueda vincular Palabra, Vida y Eucaristía según la celebración del día.
- 141 No está previsto o señalado ningún gesto que deba realizar la Asamblea para acompañar la recitación del Padre Nuestro. Si los fieles hacen algún gesto, éste debe ser ocasional. El tomarse de las manos expresa fraternidad y unidad. Este sentimiento tendría lugar más adecuado en el rito de la paz.

Levantar las manos extendidas puede ser una buena expresión de filiación y dependencia de Dios.

Debe darse valor a la respuesta de la Asamblea; se trata de una auténtica aclamación: *¡Tuyo es el Reino!...*

Signo de la paz. Fraternidad

- 142 La Paz que se pide a Cristo, Señor de la Paz, y que se desea entre hermanos, tiene un contenido profundamente humano y evangélico. Este gesto de la paz debe llevar consigo un compromiso de trabajar por la paz y la unidad, y no sólo en el momento y ámbito de la celebración: *dar la paz*, no es sólo manifestarla, es compromiso de construirla.
- 143 El sacerdote prepara el gesto con una oración que recuerda la promesa de Cristo en vísperas de su muerte. Es una oración presidencial y no debe recitarla la Asamblea.
- 144 La invitación para darse la paz la hace el diácono, si lo hay: monición diaconal breve. El gesto es libre: apretón de manos, abrazo, o puede ser también un tomarse todos la mano. No es necesario decir palabras. Este gesto no debe confundirse con otras formas de saludos, como felicitaciones en acontecimientos alegres, o condolencias en las celebraciones de funerales. Fundamentalmente se trata de un signo de comunión y amistad cristiana que hay que compartir con las personas más cercanas.
- 145 Sería preferible no cantar nada durante el rito de la paz para que el saludo pueda ser más espontáneo. Pero si hay algún canto, éste no debe reemplazar el **Cordero de Dios** que acompaña al rito de la *Fracción del Pan* y de la *Inmixtion* y que tiene un simbolismo muy rico de unidad de toda la Igle-

sia en un mismo Pan compartido y en un mismo Cáliz.

Tampoco se debe prolongar el canto de paz y el saludo, con el peligro de romper el equilibrio de los gestos. De hecho, el *Cordero de Dios* es un canto sacrificial que da sentido al gesto de Jesús, que partió el pan diciendo: *Tomad y comed... bebed todos de él*.

Además, el que preside debe esperar que hayan terminado de darse la paz, para iniciar el rito de la *Fracción e Inmixtion*: No empalmar los ritos.

Signo de la fracción del Pan: amor, caridad

- 146 El rito reproduce la acción de Cristo en la Última Cena, pero con el contenido doctrinal profundo que formula S. Pablo: Cristo es el único Pan Partido; los que comemos de un mismo Pan formamos un solo cuerpo (1 Cor 10, 17).

Este gesto viene de los tiempos apostólicos: incluso le dio el nombre a toda la acción eucarística.

No hay que partir la hostia grande tan sólo en dos mitades; está mandado dividirla en más partes y levantar una sola partícula, para que la asamblea vea que se ha partido el Pan consagrado. Después, no se deben acomodar las dos mitades de manera que la hostia aparezca entera.

El sacerdote comulgará con una partícula solamente y distribuirá las restantes entre los que comulgan (OGMR, 283).

“Y para que, incluso por los signos, se manifieste mejor la *Comunión* como participación del Sacrifi-

cio que en aquel momento se celebra, hay que procurar que los fieles puedan recibirla con hostias consagradas en la misa Misa" (*Eucharisticum Mystarium*, 31. SC, 55 y otros).

147 El rito de la inmixción simboliza que la unidad de la Iglesia Universal se realiza y recibe nuevo impulso en la celebración de la única Eucaristía, en la comunión de la fe en la fraternidad que anima y edifica el Cuerpo del Señor por la fuerza del Espíritu. Todo este gesto ritual, que pasa desapercibido para los fieles, es acompañado por el canto o la recitación del *Cordero de Dios* por parte de la Asamblea. Su canto o recitación no corresponde al Presidente.

148 El canto del *Cordero de Dios*, no debe ser sustituido por un canto de paz. Es un canto sacrificial y, desde el punto de vista ritual, funcional, es decir, que acompaña una función o gesto, que aquí es la fracción e inmixción del Pan. Puede ser cantado por la Asamblea o bien el coro o solista canta el *Cordero de Dios* y la Asamblea responde la segunda parte. Esta invocación debe repetirse cuantas veces sea necesario para acompañar la fracción. La última vez se concluirá con las palabras *danos la Paz*.

Nada impide que entre cada aclamación, que se puede repetir varias veces, se proclame alguna antífona o frase del Evangelio (trópos), sobre todo cuando hay que partir varios panes consagrados.

149 "La naturaleza misma del signo exige que la materia de la celebración eucarística aparezca verdaderamente como alimento. Conviene, pues, que el Pan Eucarístico, aunque sea ázimo, se haga en tal forma que el sacerdote, en la Misa celebrada con

el pueblo, pueda realmente partir la hostia en partes diversas y distribuirlas, al menos a algunos fieles. Con esto no se excluye el uso de hostias pequeñas, cuando así lo exige el número de los que van a recibir la sagrada Comunión y otras razones pastorales. Pero el gesto de la fracción del Pan, que era el que servía en tiempos apostólicos para denominar la misma Eucaristía, manifestará mejor la fuerza y la importancia del signo de unidad en un solo pan y de la caridad, por el hecho de que uno solo pan se distribuye entre hermanos" (OGMR, 283).

Signo de la Comunión Incorporación a Cristo y a la Iglesia

- 150 Después de las preparaciones y su insistencia en el Cuerpo de hermanos que formamos en Jesucristo, resuena esta espléndida afirmación-invitación inspirada en el Apocalipsis: *Dichosos los invitados a la Cena del Señor* (Ap 19, 9): proclama que participamos en la Cena escatológica, que la comunión sacramental es participación, el Reino ya presente, de la comunión en Dios. La comunión nos une a la Iglesia de todos los lugares y de todos los tiempos, realiza la *comunión de los Santos*. Nos compenetramos con Cristo y entre nosotros mismos, realizando el designio de Dios que es "reunir el Universo entero bajo una sola Cabeza, Cristo" (Ef 1, 10).
- 151 La invitación: "Dichosos los invitados a la Cena del Señor", es una invitación universal no solamente a *nosotros*. Es también una Monición Mistagógica breve que se sugiere y que termina una exhortación relacionando Palabra, Vida y Eucaristía. (Cfr. Carta sobre las Plegarias Eucarísticas, 14).

- 152 El sacerdote que preside debe dar la comunión, por lo menos a una parte de los fieles. Siempre ha sido tradición en la Iglesia que el que reparte el Pan de la Palabra reparta también el Cuerpo del Señor. No es normal que presida, consagre y luego se vaya a sentar dejando a otros el oficio tan propio del padre de familia de partir el Pan. "Es reprobable la actitud de sacerdotes que, aún estando presentes en la celebración, se abstienen de distribuir la comunión dejando la incumbencia a los seglares" (*Inaestimabile Donum*, 10).
- 153 La comunión se entrega: "es un don del Señor que se ofrece a los fieles por medio del ministro autorizado para ello. No se admite que los fieles tomen por sí mismos el pan consagrado y el cáliz sagrado; y mucho menos que se lo hagan pasar de uno a otro" (*Inaestimabile Donum*, 9).

La Iglesia prefiere multiplicar el número de los ministros de la comunión.

El que cada fiel tome directamente la comunión es un abuso y una forma de clericalismo, ya que se obliga a todos a comulgar con la mano; la Iglesia respeta la sensibilidad de cada uno (*Inaestimabile Donum*, 9-15).

Además imita el gesto del Señor: *se lo dió, diciendo, tomad y comed...* Como signo, la comunión expresa también la Alianza que se ratifica comiendo el Cuerpo de Cristo y bebiendo su Sangre. La Alianza es con la Iglesia y con cada uno de los cristianos. Esto exige la presencia de un miembro de Cristo, frente al cual se responde el *Amén* de la Alianza.

- 154 El número 10 de la *Inaestimabile Donum* insiste en que el ministro extraordinario sólo puede distri-

buir la comunión cuando faltan el sacerdote, el diácono o el acólito; o bien, cuando el sacerdote está impedido por enfermedad o edad avanzada o cuando el número de los fieles que se acercan a comulgar es tan grande que la celebración misma de la Misa se prolongaría demasiado.

Si el ministro que distribuye la comunión es un ministro extraordinario *ad casum* no se debe omitir el rito de designarlo para este servicio *ad actum*.

- 155 Es recomendable que los fieles se acerquen a comulgar *en procesión*, avanzando en dos filas hacia el altar. Este gesto expresa la actitud caminante del cristiano que, con un hermano al lado y cantando la alegría de sentirse hijo de Dios, come el Pan de los caminantes –Viático– para reparar sus fuerzas y seguir avanzando con el testimonio de su vida.
- 156 En cuanto a la Comunión por intinción resulta más práctico que el que reparte la comunión tenga el Cáliz en su mano y moje en el Cáliz la Hostia que un ministro le presenta en una bandeja a su derecha.
- 157 La purificación del Cáliz puede hacerla el Sacerdote en el altar, o bien por un ministro (diácono o acólito) en la credencia, o bien el mismo sacerdote después de la Misa (OMGR, 120 y 238).

Resulta poco digno y poco elegante a los ojos de los fieles, purificar los vasos sagrados en el mismo altar.

- 158 Valórese y foméntese el silencio después de la Comunión, el cual puede alternarse con un salmo o cántico de alabanza. También puede haber primero silencio y después canto (cfr *Inaestimabile Donum*, 17).

Es conveniente que el Presidente introduzca y motive la oración silenciosa de la Asamblea (OGMR, 11). Tal vez podría ayudar a esta motivación el texto de la Antífona de Comunión que, según la tradición romana, sintetiza y resume el mensaje anunciado y celebrado.

Nótese que la música del órgano puede ayudar a crear un ambiente propicio al silencio y al recogimiento.

Los ritos de la Comunión terminan con la Oración Presidencial, precedida de la invitación: ¡Oremos! Si se hubiere hecho el silencio sagrado después de la Comunión, el Presidente recita la fórmula de oración, sin que medie el momento de silencio (OGMR, 122).

V

RITOS DE LA CLAUSURA

- 159 **L**os ritos de despedida son muy simples y breves: los avisos de la Comunidad, la Bendición, la Despedida y eventualmente el Canto Final.

1. AVISOS DE LA COMUNIDAD

- 160 Los avisos que son importantes para la vida de la comunidad, que debe estar centrada en la Eucaristía, deben hacerse después de la oración presidencial que siguen a la Comunión, nunca en la homilía o antes de la postcomunión, ni durante el silencio sagrado.
- 161 Los da el sacerdote mismo u otro ministro, diácono o lector, evitando alargarse demasiado. No es conveniente sentarse para los avisos.
- 162 Se evitará publicidad, propaganda o alusiones monetarias: películas, rifa, venta de artículos o comercio en la puerta de la Iglesia. Para ello debe usarse un lugar fuera del recinto sagrado u otros medios

de comunicación: boletín, afiches, carteles, etc. Hay que ser sobrios en dar horarios y fechas en los avisos orales. Aunque, a veces, sea necesario por causa del tipo de asamblea, hay que evitar el peligro de causar confusión con demasiados números y tener en cuenta que no es fácil retener de memoria estos datos.

2. SALUDO Y BENDICIÓN

- 163 El Misal ofrece una variedad de bendiciones más solemnes según los tiempos litúrgicos y las fiestas. El diácono, a falta de éste el mismo sacerdote, dice el invitatorio: *¡Inclinemos la cabeza para recibir la bendición!* u otra fórmula semejante. Y con las manos extendidas sobre la Asamblea el sacerdote pronuncia una triple bendición a la cual se responde *Amén*.

También puede utilizar, extendiendo las manos, una de las 26 *oraciones sobre el pueblo*. Estas oraciones enriquecen el sentido de la Bendición y llaman habitualmente a un compromiso de salir y llevar la liturgia a la vida diaria. La tradición de la Liturgia romana las recomienda para los días penitenciales, especialmente en Cuaresma.

3. DESPEDIDA

- 164 Saber despedirse es también un arte. Un clima más fraternal puede dar a la celebración una terminación o un final agradable. Es preciso que la Eucaristía tenga conexión con la vida; que salgan los participantes a la calle con un compromiso, con una esperanza, con la sensación de haber crecido en la fraternidad y la decisión de dar testimonio en medio del mundo.

La fórmula *pueden ir en la paz de Cristo*, es una misión. Es conveniente que el Presidente despidan a la Asamblea con palabras que hagan el puente entre las verdades proclamadas y celebradas y la vida de testimonio de los cristianos (OGMR, 11). No se trata de una homilía, sino de sintetizar en pocas palabras lo que se ha celebrado y su implicancia en la vida: Cómo vivir lo que se ha visto, experimentado y oído en la celebración.

Antes de retirarse, el sacerdote venera el altar, besándolo. Si hay un diácono, también él besa el altar.

Canto final

- 165 Se forma la procesión de salida. La Asamblea ha sido disuelta, el canto es "ad libitum"; puede ser también música de órgano. Pero es bueno que la Asamblea manifieste su alegría y su compromiso de vivir como *cristianos eucarísticos*... Este canto no es parte de la Liturgia.

VI

LA CONCELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

1. SIGNIFICADO

166 **L**a concelebración expresa de un modo privilegiado la *unidad del sacerdocio*: celebración conjunta de varios sacerdotes realizada en virtud del Mismo y Único Sacerdote y en la persona de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, con una sola voluntad y una sola voz, consagrando y ofreciendo y, a la vez, participando en un solo sacrificio, por medio de un solo acto sacramental.

Por esto los concelebrantes deben estar atentos a los signos indicativos de esta unidad que se expresan en las normas siguientes.

Orientaciones

167 Los sacerdotes concelebrantes deben estar presentes desde el comienzo de la celebración. Debe considerarse como atentatorio a la dignidad del rito el que alguien se incorpore a una celebración ya iniciada (OGMR, 156).

- 168 Deben celebrar siempre con vestiduras litúrgicas (al menos con alba y estola). Hay que cuidar la estética y el buen gusto en las vestiduras y por eso conviene tener la propia túnica, hecha a la medida. No se debe admitir a quienes pretenden colocarse sólo una estola sacerdotal sobre el traje común o laical. Tampoco a los que se colocan una estola sobre la sotana o el hábito religioso. El celebrante principal debe revestir además la casulla. (*Liturgicae Instaurationes*, 8 c).

2. RITOS PRINCIPALES

A. Rito introductorio y liturgia de la Palabra

- 169 Todos los sacerdotes concelebrantes y los diáconos besan el altar, a no ser que sean muy numerosos. Todos “ocupan el lugar que les compete en su ministerio de concelebrantes”, es decir nunca junto con la Asamblea: deben de significar el signo de Cristo-Cabeza.
- 170 El diácono no se ubica en el mismo plano que los concelebrantes, sino un poco atrás del celebrante principal. Y si son numerosos, hay que prever un lugar que destaque el *cuerpo diaconal*. Tampoco deben ponerse dos concelebrantes al lado del que preside, como si fuera diácono o ministros.
- 171 En ningún caso debe un sacerdote concelebrante leer las primeras lecturas bíblicas, habiendo laicos o religiosas idóneos.

Al diácono le corresponde la proclamación del Evangelio.

- 172 El diácono siempre pide la bendición al Obispo o al sacerdote principal antes de proclamar el Evangelio.

Si el que preside es Obispo, el Sacerdote que proclame el Evangelio en ausencia del diácono debe igualmente pedir la bendición (Ceremonial de Obispos, 173).

- 173 Una vez proclamado el Evangelio, si el que preside es Obispo, lleva al obispo el libro para que lo bese. O también pueden besarlo el diácono o el presbítero que proclamó el Evangelio (Ceremonial de Obispos, 74, 141 y 273: OGMR, 131).
- 174 Los concelebrantes cumplen su ministerio de presidir junto con el celebrante principal, evitando cumplir funciones diaconales o de monaguillos: dejan a los diáconos la proclamación de las intenciones de la oración universal, el rol de guía o de cantor, la preparación de los dones, el servicio del altar, las moniciones diaconales, la purificación de los vasos sagrados, etc...

B. Liturgia de la Eucaristía

- 175 Todos los concelebrantes se quedan sentados en su lugar en el momento del rito de preparación de los dones. Sólo el diácono acompaña al celebrante principal y le sirve el altar. No conviene que cuatro sacerdotes u Obispos se acerquen al altar en este momento para ayudar.

Si no hay diácono, uno de los concelebrantes puede asistir al celebrante principal.

- 176 A partir del diálogo inicial del Prefacio, los sacerdotes concelebrantes pueden acercarse al altar. Si hay un diácono, éste se ubica un poco atrás del celebrante principal, no a su lado (OGMR, 134).

- 177 Los concelebrantes deben recitar las partes de la Plegaria Eucarística que les corresponde recitar y sólo éstas. Siempre en voz bien baja, como señala el Misal, para que se oiga distinta y claramente al Presidente (OGMR, 170). Los fieles tienen derecho a entender lo que se dice en forma de proclamación y no de rezo.
- 178 Durante la Epiclesis, los concelebrantes deben mantener el gesto consagratorio (las manos extendidas con la palma hacia abajo), hasta el final de la Epiclesis, y no sólo hasta que el celebrante principal las junta para trazar la Cruz sobre el Pan y el Vino.
- 179 Durante las palabras de la Consagración, todos los concelebrantes, si pareciere oportuno, extienden una sola mano hacia el Pan y el Cáliz en forma indicativa. (Ceremonial de Obispos, 106, nota 79). Se inclinan profundamente durante la genuflexión del celebrante principal. El diácono se mantiene de rodillas durante toda la consagración.
- 180 La monición *Este es el Sacramento de nuestra fe*, pertenece al celebrante principal, por ser monición anamnética presidencial.
- 181 Los concelebrantes que se encuentran junto al altar y pueden apoyar en el mismo el texto de la Plegaria Eucarística, deben mantener las manos extendidas, como el celebrante principal, durante las oraciones comprendidas entre las palabras de la Consagración y las Intercesiones.

Los demás concelebrantes, por tener el texto en sus manos, no extienden las manos en estos momentos. Si todos recitan en voz baja las partes respecti-

vas de la Plegaria Eucarística y van siguiendo al celebrante principal que las recita en voz alta y pausada, no hay necesidad de tener el texto en las manos.

- 182 Es importante resaltar la presencia de Cristo que se ofrece en comunión, bajo las dos especies.
- 183 Durante el Padre Nuestro, todos los concelebrantes extienden las manos como el celebrante principal.
- 184 En el momento de la Comunión, los concelebrantes, uno tras uno, se van acercando al centro del altar, hacen genuflexión y reciben con reverencia el Cuerpo del Señor, teniéndolo luego en la mano derecha y, poniendo la izquierda bajo ella, se retiran a sus puestos.

Pueden también permanecer los concelebrantes en su sitio y tomar el Cuerpo del Señor de la patena que el Celebrante principal, o uno o varios concelebrantes sostienen, pasando ante ellos o entregándoles sucesivamente la patena hasta llegar al último (OGMR, 197).

La Sangre del Señor se puede tomar normalmente del cáliz.

- 185 En caso de concelebrantes muy numerosos, es preferible que la comunión se haga por intinción en el altar mismo.
- 186 El celebrante principal debe repartir la comunión a los fieles, por lo menos a algunos.
- 187 Si se da la comunión a los fieles por intinción, el que da la comunión, tiene el Cáliz en la mano. El diácono o sacerdote que lo acompaña le presenta

la bandeja a la derecha, de la cual saca las formas consagradas.

- 188 La reserva de las sagradas especies y la purificación de los Vasos Sagrados es función del diácono y del acólito, no de los concelebrantes. Es conveniente que la purificación se haga fuera del altar.

C. Ritos finales

- 189 Los Ritos de Conclusión los realiza sólo el Celebrante principal como en las demás Misas. Los concelebrantes permanecen en sus puestos.
- 190 Al momento de retirarse, el Celebrante principal venera el altar besándolo. Los concelebrantes, sobre todo cuando son numerosos, no lo besan: pero, antes de retirarse, hacen una reverencia (Ceremonial de Obispos, 73).

ANEXO

VERSIÓN UNIFICADA DEL ORDINARIO DE LA MISA PARA TODOS LOS PAÍSES DE HABLA CASTELLANA

Después del Concilio Vaticano II los países de habla castellana en el mundo iniciaron un meritorio trabajo de traducción de los textos litúrgicos, bajo la dependencia de las respectivas Conferencias Episcopales. Fueron varios los países que imprimieron Misales en nuestra lengua: Argentina, Colombia, Chile, España y México. Los demás países de habla hispana utilizaban en la celebración algunos de esos Misales indicados.

En repetidas ocasiones la Congregación para el Culto manifestó el deseo de unificar la traducción castellana de los textos litúrgicos de la Misa. En carta a los Obispos Presidentes de las Comisiones Nacionales de Liturgia manifestaba este deseo de unificación asegurando que “no quería disminuir

la autonomía y la jurisdicción de cada Conferencia Episcopal, garantizadas por la vigente legislación canónica, sino más bien favorecer la unidad de los esfuerzos, en cuanto sea posible, como por ejemplo en el sector de los expertos y de los medios técnicos de una edición, para obtener resultados positivos, como pueden ser:

- un lenguaje litúrgico digno y de buena calidad literaria;
- la dignidad de las ediciones de los libros litúrgicos en lengua castellana, ediciones aptas para educar el respeto hacia la Palabra de Dios y las cosas sagradas;
- la reducción del precio de los libros litúrgicos de uso general (NOTITIAE 22 (1986), 156).

En febrero de 1986 se realizó en Roma un Encuentro de los Presidentes y Secretarios de las Comisiones Nacionales de Liturgia, convocado y organizado por la Congregación del Culto. Entre otros temas se hizo “un examen del texto único en lengua castellana para el Ordinario de la Misa y las Plegarias Eucarísticas”. El texto fue aprobado por los asistentes. Posteriormente la Congregación lo envió a las Conferencias para la aprobación jurídica.

En carta del Cardenal Prefecto del 16 de julio de 1987, dirigida a las Naciones de habla hispánica, “confirma el *Ordo Misae* y las Plegarias Eucarísticas, así como otros textos alternativos, traducidos a la lengua castellana, tal como aparecen en el texto adjunto”.

Dichos textos se hicieron obligatorios a partir del primer domingo de Cuaresma –8 de marzo– de

1992. Con todo, la Congregación, a solicitud de las Conferencias que lo pidan, podrá adelantar esa fecha.

No se trata, en realidad de un Nuevo Ordinario de la Misa: es el que tenemos en el Misal de Pablo VI, con pequeñas variantes, tomadas a veces de los Misales traducidos a nuestra lengua. Tampoco es un Misal nuevo: sólo se ha unificado la traducción del Ordinario de la Misa y no las oraciones presidenciales ni el texto de las lecturas bíblicas; estas oraciones y lecturas se tomarán de los textos publicados o aprobados por cada Conferencia.

Señalamos algunas de las características que trae el texto de esta Versión Unificada del Ordinario.

I. RITOS INICIALES

1. Saludo inicial

Nos presenta diez fórmulas para saludar a la Asamblea, seis para el tiempo ordinario y cuatro para tiempos especiales del Año Litúrgico.

Los fieles pueden intervenir con una de las tres respuestas propuestas.

2. Acto penitencial

Las tres fórmulas ya conocidas vienen enriquecidas con abundantes fórmulas de invitación con que el Presidente debe exhortar al arrepentimiento. La tercera fórmula trae abundantes invocaciones para los días ordinarios como para los tiempos litúrgicos que, además de enriquecer, dan una positiva variación a los textos.

Una rúbrica de recomendación abre la posibilidad de usar en todas las Misas dominicales, especialmente durante la Cincuentena Pascual, la Aspersión del Agua Bendita como sustitutivo del Acto Penitencial.

II. LITURGIA DE LA PALABRA

3. Lecturas bíblicas

El lector de las lecturas bíblicas anteriores al Evangelio debe terminarlas con la frase **Palabra de Dios**, a lo que la Asamblea responde **Te alabamos, Señor**.

Al terminar la proclamación del Evangelio, el diácono o presbítero que lo ha proclamado dice **Palabra del Señor**; si la aclamación de la Asamblea es rezada, dice: **Gloria y honor a Ti, Señor Jesús**; si es cantada, la Asamblea tiene tres fórmulas posibles.

4. Profesión de fe

Se proponen dos formas de Credo. El texto de la más tradicional, **Profesión de Fe Constantino-politana**, ofrece muy pequeñas variantes: **Creo** en vez del plural **creemos**; la frase **de la misma naturaleza que el Padre** deberá rezarse **de la misma naturaleza del Padre**.

El texto quedaría así:

Creo en un solo Dios,
Padre todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra,
de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo,
Hijo único de Dios,
nacido del Padre antes de todos los siglos:
Dios de Dios,
Luz de Luz,
Dios verdadero de Dios verdadero,
engendrado, no creado,
de la misma naturaleza **del Padre**,
por quien todo fue hecho;
que por nosotros los hombres,
y por nuestra salvación bajó del cielo,
y por obra del Espíritu Santo
se encarnó de María, la Virgen,
y se hizo hombre;
y por nuestra causa fue crucificado
en tiempos de Poncio Pilato;
padeció y fue sepultado.

Y resucitó al tercer día, según las Escrituras,
y subió al cielo,
y está sentado a la derecha del Padre;
y de nuevo vendrá con gloria
para juzgar a vivos y muertos,
y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo,
Señor y dador de vida,
que procede del Padre y del Hijo,
que con el Padre y el Hijo,
recibe una misma adoración y gloria,
y que habló por los profetas.

Creo en la Iglesia,
que es, una, santa, católica y apostólica.
Confieso que hay un solo bautismo
para el perdón de los pecados.
Espero la resurrección de los muertos
y la vida del mundo futuro
Amén.

La segunda versión es el **Símbolo de los Apóstoles**, recomendada especialmente para los tiempos de Cuaresma y la Cincuentena Pascual.

5. Oración universal

Se indica, en rúbricas, el desarrollo, estructura y contenido de la Oración Universal.

III. LITURGIA DE LA EUCARISTÍA

6. Invitación a la oración

Se proponen tres fórmulas distintas para invitar a los fieles antes de la Oración de las ofrendas. Las tres terminan con palabras semejantes, para que sea fácil la respuesta del pueblo: **El Señor reciba de tus manos...**

7. Nuevos prefacios

A los Prefacios que ya conocemos, el nuevo texto añade dieciséis más. Con ello se busca enriquecer con nuevas motivaciones la acción de gracias que la Iglesia tributa a Dios **por Jesucristo su Hijo amado**. Cada Prefacio nuevo tiene un título que sintetiza su contenido.

- III de Adviento: **Jesús, Señor y Juez de la Historia.**
- IV de Adviento: **María, la Nueva Eva.**
- V de Cuaresma: **El Camino del Éxodo en el Desierto. Cuaresmal.**
- Prefacio para la semana siguiente a la Ascensión del Señor: **En la espera de la venida del Espíritu Santo.**

- IX Prefacio Dominical: **El día del Señor.**
- III de Santa María: **María signo de consuelo y esperanza.**
- IV de Santa María: **María Imagen de la Humanidad Nueva.**
- VII Prefacio Común: **Cristo huésped y peregrino en medio de nosotros.**
- VIII Prefacio Común: **Jesús, Buen Samaritano.**
- IX Prefacio Común: **La gloria de Dios es el hombre viviente.**
- Prefacio para Bautismo: **El Bautismo, inicio de la Nueva Vida.**
- Prefacio para la Confirmación: **Marcados con el sello del Espíritu.**
- III Prefacio de la Santísima Eucaristía: **La Eucaristía Viático para la Pascua Eterna.**
- Prefacio para la Penitencia: **El sacramento de la reconciliación en el Espíritu.**
- Prefacio para la Unción de los Enfermos: **El sufrimiento, participación en la Pascua de Cristo.**
- Prefacio II de las Ordenaciones: **Cristo origen de todo ministerio eclesial.**

8. Plegarias Eucarísticas

a) *Plegaria Eucarística I o Canon Romano.*

Además de los embolismos tradicionales de la conmemoración de los Santos (*Communicantes*) se añaden

den otros embolismos en la Oración que antecede a la epiclesis: para el Jueves Santo, Vigilia y octava pascual, en las Misas de Bautismo, Confirmación, Primeras Comuniones, Matrimonio y en las Exequias.

– La epiclesis rezará así: **Bendice y santifica, oh Padre, esta ofrenda, haciéndola perfecta, espiritual y digna de Ti...**

Se indican tres fórmulas para invitar al pueblo a la aclamación después de la Consagración:

- **Este es el Sacramento de nuestra fe;**
o **Este es el Misterio de la fe;**
- **Aclamad el Misterio de la Redención;**
- **Cristo se entregó por nosotros.**

A cada una de estas invitaciones los fieles responderán una aclamación distinta.

Esto vale para todas las Plegarias Eucarísticas del Misal y las que contiene el Apéndice de dicho Misal.

La última parte de la Oración **Te pedimos humildemente...** tiene una conclusión más breve que el texto usado hasta ahora: **Al participar aquí de este altar seamos colmados de gracia y bendición.**

b) Plegaria Eucarística II.

- La epiclesis, uniendo la frase anterior, comienza: **Por eso te pedimos que santifiques...**
- Para la Misa de la Cena del Señor, Jueves Santo, se hace una alusión a la celebración de la Cena Pascual de Cristo.

- En la oración de intercesión por la Iglesia se introducen seis embolismos nuevos, uno para la celebración dominical y los otros para las fiestas principales.

- Igualmente se añaden intenciones particulares para las Misas de Bautismo de adultos, Bautismo de infantes, Confirmación, Primeras Comuniones, Matrimonio y Exequias.

c) *Plegaria Eucarística III.*

- **Santo eres en verdad, Padre, no Señor**, como se leía en el texto antiguo.

- También trae, como en la Plegaria II, intercesiones especiales para el domingo y fiestas principales, como también embolismos relativos a las celebraciones de Misas Rituales.

d) *Plegaria Eucarística IV.*

- Además de pequeñas variantes en palabras, trae intercesiones y embolismos semejantes a los enunciados para las otras Plegarias.

IV. COMUNIÓN

9. Oración dominical

Además de la conocida invitación al Padrenuestro, se proponen otras tres fórmulas más.

- La versión del Padrenuestro es el texto común ya en casi todas las naciones de nuestro Continente. Sólo dos variantes:

Venga a **nosotros** tu Reino y
No nos dejes caer en la tentación.

El texto queda así:

PADRE NUESTRO

Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a **nosotros** tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación
y líbranos del mal.

10. Se proponen cuatro invitaciones con las que el diácono o el Presidente puede invitar a darse mutuamente la Paz.

IV. RITOS DE LA CLAUSURA

11. En la Bendición final se podrán usar los formularios de las **Bendiciones solemnes** como también las **Oraciones sobre el Pueblo**.

12. Despedida

Además del **Podéis ir en Paz**, se proponen otras cuatro formas de despedida.

V. APÉNDICE

a) Plegarias Eucarísticas

Se incorporan al Misal Romano:

– La Plegaria Eucarística del Sínodo Suizo con el nombre de Plegaria Eucarística V. Aunque es una sola, tiene cuatro variantes que corresponden a otros tantos temas:

V – A: Dios guía a su Iglesia;

V – B: Jesús, nuestro Camino;

V – C: Jesús, modelo de Caridad;

V – D: La Iglesia en camino hacia la unidad.

– Dos Plegarias Eucarísticas sobre la Reconciliación:

I – La Reconciliación como retorno al Padre y

II – La Reconciliación con Dios, fundamento de la concordia humana.

– Tres Plegarias Eucarísticas para las Misas con niños.

b) Ritos de la Bendición y Aspersión del agua en los Domingos

El texto propone tres fórmulas que podrán ser utilizadas en las Misas dominicales, después del saludo inicial del Presidente y en vez del Acto Penitencial.

El Rito comprende una monición previa de cargo contenido bautismal, la oración o preces litánicas de Bendición, la aspersión de la asamblea acompañada de un canto apropiado, y una fórmula de absolución final.

c) Varios

Aunque el texto unificado sólo es el del Ordinario de la Misa trae también en el Apéndice diez oraciones presidenciales –colectas– para ser usadas en las Misas de la Virgen. No vienen las oraciones sobre las ofrendas ni las que corresponden a después de la Comunión.

LA HOMILÍA

P. Luis Palomera, s.j.

- ¿QUÉ ES?
- ¿CÓMO SE PREPARA?
- ¿CÓMO SE PRESENTA?

I

LA HOMILÍA: ¿QUÉ ES, CÓMO SE PREPARA, CÓMO SE PRESENTA?

La experiencia de varios seminarios prácticos sobre homilética en diversos ambientes, la dificultad de sacerdotes y seminaristas para preparar una homilía, la mediocridad (y el término es muy suave) de las homilías que se oyen en nuestras iglesias, me han convencido de la conveniencia de escribir algo sobre el tema que pueda ayudar a quienes se inician en el difícil arte de la predicación.

Y para comenzar podríamos decir que, en nuestra formación personal, se ha dado casi siempre por supuesto lo que era el género homilético. O mejor, se lo ha confundido pura y simplemente con otros géneros de predicación (si es que en nuestras clases de oratoria sagrada se distinguían distintos tipos o formas de predicación).

Por otro lado, sucede en esto de la predicación algo parecido a lo que sucedía en el terreno de la cele-

bración litúrgica: en nuestros seminarios, casas religiosas y facultades existía un examen más o menos formalista sobre las rúbricas de la celebración litúrgica: en nuestros seminarios, casas religiosas y facultades existía un examen más o menos formalista sobre las rúbricas de la celebración de la eucaristía y de los sacramentos. Pero conocer y aún dominar las rúbricas no es ni mucho menos dominar las complejas y sutiles leyes y técnicas de una celebración litúrgica ni es, con mayor razón, ser un buen celebrante. De forma parecida, haber pasado en el seminario la "prueba" de uno o varios sermones, no significa ser un buen orador ni menos un buen homileta, con todo el bagaje que esto último presupone: conocimientos exegéticos, sentido litúrgico, adaptación a los distintos públicos, sentido pastoral comunicación, etc.

Estos conocimientos anteriores y otros, repercuten en nuestras homilías (¡y de qué manera!). Los fieles no suelen alabar nuestra predicación homilética, más bien parecen soportarla. Las veces que tengo que escucharla me llevo, por lo general, una impresión que no dudaría en calificar de deplorable (ya sea que la escuche desde el altar, ya sea que me entremezcle entre los fieles). Sobre todo las homilías de grandes fiestas u ocasiones, de catedrales y de aquellos que uno esperaría que sean insignes en el arte de hablar al Pueblo de Dios decepcionan (con honrosas excepciones) por su tono, por su falta de conexión con la Palabra y la liturgia, por su desconocimiento aparentemente total de las leyes exegéticas y homiléticas y porque queriendo decirlo todo divagan profusamente y no dan ningún mensaje concreto y preciso. Esto es grave, porque uno de los oficios primordiales de todo pastor es predicar la Palabra y aplicarla a la situación de los fieles.

A lo anterior hay que añadir algunos hechos significativos que se repiten con frecuencia en nuestro mundo clerical y que en su conjunto son sintomáticos de un diagnóstico que no se ha hecho, pero que si se hiciera no sería nada halagador. Me permito citar algunos síntomas que nos pueden servir de examen y de reflexión: la desgana que sentimos por la preparación de la homilía dominical y otras; el individualismo con que se hace la preparación y su desconexión con las otras partes de la celebración y con los que en ella tendrán algún ministerio (por ejemplo, con el monitor); el recurso fácil al comentario de homilías más simples y cortas que cae en nuestras manos, siempre con la excusa de que no tenemos tiempo por causa de nuestras ocupaciones pastorales (¡?); la temeridad y osadía con que interpretamos y aplicamos la Palabra de Dios; la capacidad para divagar mientras pronunciamos la homilía sin comunicar el mensaje, sin decir nada serio, o repitiendo frases y conceptos muy serios, pero estereotipados y desgastados; la multiplicidad de veces que no nos dejamos entender por mala vocalización o por falta de acomodación a una sonorización defectuosa; la impasibilidad con que soportamos los rostros sufrientes, acusadores o distraídos de nuestro público forzado a escucharnos...

La homilía refleja, a mi entender, la situación de la liturgia, así como la liturgia refleja muchas veces la situación de la pastoral en general.

II

¿QUÉ ES UNA HOMILÍA?

La homilía es un tipo especial de predicación con características propias. Hay muchos tipos de predicación. Señalemos algunos de ellos: El *panegírico*, que tiende a resaltar las virtudes de un santo y a inculcar en los fieles su imitación. El *sermón "cuaresmal"* o "*misional*", que suele tomar una verdad de la fe o una parábola bíblica para desarrollarla y sobre todo para sacar sus consecuencias morales ante un público generalmente heterogéneo y deseoso de ser sacudido por el "misionero". El *comentario bíblico-exegético*, estilo muy especializado y casi científico de explicar la palabra de Dios a los fieles más instruidos y deseosos de penetrar en la exégesis de los textos bíblicos.

La *homilía*, en cambio, es aquel tipo de oratoria sagrada que conviene más a la celebración litúrgica de la Eucaristía y de los sacramentos. O mejor, las celebraciones litúrgicas fueron creando, a partir de la más remota antigüedad, un género especial dentro de la oratoria —la homilía—, especie de comen-

tario de los textos de la celebración aplicado a los fieles, como participantes de la celebración y como cristianos que deben vivir lo que celebran.

Etimológicamente hablando, homilía viene de la palabra griega *homilía* (reunión, conversación familiar) y ésta a su vez del verbo *homilein* (reunirse, conversar). Así pues, el grecismo *homilía* significa *trato o conversación familiar*.

Retóricamente con la palabra homilía se designa aquel género de oratoria más sencillo y familiar por oposición al “discurso”. Focio nos dice que una homilía se distingue de un sermón en que la primera se exponía familiarmente por los pastores y era una como conversación entre éstos y sus feligreses; el sermón, en cambio, se hacía desde el púlpito en forma más solemne. El sermón está compuesto según las reglas de la retórica y del arte oratorio, mientras que la homilía es la interpretación familiar de la Sagrada Escritura, hecha con un fin práctico y moral. La homilía, más que a mover y excitar los ánimos va encaminada a instruir y edificar a los fieles a propósito de los misterios de la fe.

Litúrgicamente la homilía es una parte integrante de la liturgia de la Palabra (cf S.C. n. 52). Nótese que hasta antes de la reforma litúrgica conciliar se decía que, después del evangelio, la liturgia quedaba interrumpida para que los fieles escucharan la homilía. Tan es así que en algunos sitios se superponía, como luego veremos, la homilía (o sermón) a la acción litúrgica (que pasaba a ser un drama de fondo). El hecho de que actualmente la homilía sea parte integrante de la liturgia, nos obliga a precisar mucho más su sentido y función.

Técnicamente en la homilía se distinguen dos funciones litúrgicas importantes:

a) la de ser *aplicación* del mensaje al hoy y aquí de nuestras vidas;

b) la de ser *punto* entre la liturgia de la palabra y la liturgia eucaristía o sacramental.

En cuanto a la primera función (a) anticipemos que el mensaje de la Escritura tiene una actualidad (y no simplemente una aplicación moral) que ha sido puesta de relieve por la *Constitución Sacrosanctum Concilium* (cf nn. 33 y 7).

En cuanto a la segunda función (b) se puede decir que la homilía es el gozne entre la *liturgia verbi* y la *liturgia sacramenti*. Es lo que litúrgicamente se denomina "paso al rito". La homilía que nunca es un sermón aislado, sino que está dentro de una celebración debe conectar la Palabra oída con la celebración y mostrar su actualidad precisamente en la acción sacramental, como luego comentaremos más extensamente. Esto según la mejor tradición patristica y según la *Constitución Sacrosanctum Concilium* (n. 35. 2).

Ambas funciones coinciden, pues, en el hecho de *conectar la Palabra de Dios con el hoy y el aquí* de nuestra celebración o de nuestra vida.

La homilía se distingue, pues, claramente de otros géneros de oratoria sagrada, como el panegírico, el comentario bíblico-exegético, el clásico sermón piadoso, la oración fúnebre. Y con más razón se distingue de una clase de catequesis o de teología (aunque la homilía pueda y aun deba aplicar ciertos principios empleados en la catequesis).

III

ORÍGENES E HISTORIA DE LA HOMILÍA

La homilía hunde sus raíces en el pueblo bíblico de Israel. Sabemos que mucho antes de Jesús y en tiempo de Jesús, terminada la lectura del texto bíblico en la sinagoga, se daba paso a la homilía que concluía con el *qaddis*, plegaria aramea de la que Jesús tomó, según parece, las dos primeras peticiones del padrenuestro. “Moisés –dice Santiago en Hechos 15,21– desde edades antiguas, tiene en cada ciudad sus predicadores y es leído cada sábado en las sinagogas”. Lo mismo atestigua el historiador judío Flavio Josefo.

El mismo evangelio nos ofrece un ejemplo elocuente por parte de Jesús de este comentario homilético de las Escrituras, en el pasaje de la sinagoga de Nazareth (Lc. 4, 16-30). Se trata en verdad de la primera homilía cristiana que se conserva en un resumen escrito y en la que Jesús mismo es el predicador y protagonista. Hay un claro comentario al texto de Isaías y una clara aplicación del texto al momento presente, así como a la situación concre-

ta de los que están reunidos en la sinagoga, incluido Jesús mismo (cf. vv. 23s). Más aún: el texto de Lucas deja entrever que Jesús tenía la costumbre de acudir a la sinagoga en sábado y de hacer la lectura (v. 16) y también de enseñar en las sinagogas con alabanza de los asistentes (v. 15).

También nos consta por Juan 6,59 que Jesús pronunció el discurso del pan de vida en la sinagoga de Cafarnaúm, probablemente en la fiesta de Pascua (cf. Jn. 6, 4), fiesta que aquel año Jesús pasó en Galilea ya que no podía andar por Judea (cf. Jn. 7, 1). También en dicho pasaje hay un largo comentario de diversos textos del Antiguo Testamento sobre la pascua y su aplicación al momento presente de los oyentes (la presencia de Jesús entre ellos y la fe en su palabra) y a la situación coyuntural (la celebración de la pascua judía que anticipa la pascua cristiana).

Tenemos otro ejemplo elocuente de otra homilía de Jesús, esta vez con dos de sus discípulos, en el pasaje de Emaús (Lc. 24, 13-35). Se trata de una homilía en el sentido más genuino de esta palabra: "conversación familiar". Jesús a lo largo de la ruta que conduce de Jerusalén a Emaús va interpretando el momento presente a la luz de los textos escriturísticos. Se trata de una verdadera *liturgia verbi* que prepara los corazones de los discípulos a la *liturgia sacramenti*, al calor de la celebración, a la profundidad del encuentro eucarístico con Jesús en la casita de Emaús. Las palabras de Jesús actualizan en verdad los textos bíblicos (cf. v. 27) y preparan los corazones a la celebración eucarística (cf. vv. 29 y 32).

La recitación, o mejor, la proclamación de la Biblia y su interpretación en las sinagogas, no pudo me-

nos de dejar honda huella en los judeo-cristianos asistentes a las reuniones sinagogaes. Téngase presente que los primeros cristianos, antes de su conversión e incluso después de ella, estuvieron en contacto con el templo, y los sábados con la sinagoga.

Recordemos también que algunos textos neotestamentarios parecen ser textos homiléticos (p. ej. algunos fragmentos de la primera carta de S. Pedro). Sabemos también que los apóstoles practicaban el comentario homilético (p. ej. la famosa "conversación" de Pablo en Tróada dentro de una reunión de claro signo litúrgico (Hch. 20, 7-12).

Entre los escritos cristianos postbíblicos, el primer testimonio que hace referencia clara a la homilía como parte de la liturgia de la Eucaristía lo encontramos en Justino. Dice así en su 1a. Apología (escrita hacia el año 153) al explicar la Misa:

"...Y el día llamado del sol se tiene una reunión en un mismo sitio de todos los que habitan en las ciudades o en los campos, y se leen los comentarios de los apóstoles o las escrituras de los profetas, mientras el tiempo lo permite. Luego, cuando el lector ha acabado, el que preside exhorta e incita de palabra a la imitación de estas cosas excelsas. Después nos levantamos todos a una y recitamos oraciones" (n. 67)¹.

Se trata de una homilía dominical (Justino habla del "día llamado del sol" y no del "día del Señor" para ser comprendido de los lectores gentiles, a

1 JESUS SOLANO, *Textos Eucarísticos Primitivos*, BAC, Madrid, 1952, t. I, p. 63.

quienes dirigía su Apología). La homilía de esta reunión dominical se sitúa después de las lecturas y antes de la oración universal que precede a la presentación de las ofrendas para la Eucaristía. Se trata pues de una homilía eucarística tal y como se practica en nuestras iglesias hoy día.

Son famosas las homilías de los Santos Padres (ss. II-VIII) que en buena parte nos han sido transmitidas, por escrito. Son el comentario viviente de la Biblia por parte de la Iglesia de los primeros siglos. Son también un testimonio de que la liturgia nos conserva la mejor vivencia de la fe bíblica y la mejor *summa theologia* de todos los tiempos.

En siglos posteriores, cuando en Occidente la acción litúrgica se vuelve arcana y clerical y deja de ser una acción inteligible para el pueblo, la homilía de corte patrístico y escriturístico desaparece, al menos de forma general, y ya no figura en los libros litúrgicos. Sintomáticamente el *Ordo Romanus I* que describe las rúbricas papales (compilado quizá hacia los últimos años del s. VII) y que en el s. VIII influirá a través de los sacramentarios en la liturgia de todo el Occidente cristiano, no dice nada sobre la homilía. Entramos así en una era de ausencia de comentarios homiléticos que serán de alguna manera reemplazados (pero no suplidos convenientemente) por la predicación extralitúrgica y (para el clero) por los comentarios homiléticos escritos de la liturgia de las horas, tomados por lo general de los Santos Padres.

Las *Rúbricas generales* del Misal de S. Pío V (1570) nos hablan de la homilía: de la proclamación del evangelio se pasa al credo. Con todo, el *Rito que se ha de guardar en la celebración de la Misa*, supone la

posibilidad de que haya predicación después del evangelio (cf. VI, 6).

Recordemos también que en la administración de la mayoría de los sacramentos, de los siglos que nos preceden, no está prescrita ni prevista la lectura de la Palabra de Dios ni, consecuentemente, su comentario homilético. Un resto de la homilía podemos verlo en la catequesis del Pontifical Romano que el Obispo dirige a los ordenados. Cuando los sacramentos, sobre todo el Matrimonio, se celebran dentro de la Misa, cosa frecuente en las últimas décadas que nos preceden, suelen comportar un comentario homilético.

En algunos países, todavía no muy lejos del Concilio Vaticano II, se dará la extraña superposición de una predicación a lo largo de la misa dominical, que se celebra en voz baja y en latín. Aunque chocante para nosotros, no lo es tanto en el ambiente de la época si consideramos que durante la misa se practicaba todo género de devociones. En el mejor de los casos esta predicación desarrollaba el tema del evangelio. He aquí lo que al respecto prescribieron las Rúbricas de 1960 promulgadas por Juan XXIII:

“Después del evangelio, sobre todo los domingos y los días de fiesta de precepto, se dirigirá al pueblo, según las circunstancias, una breve homilía. Pero esta homilía, en el caso de que sea hecha por un sacerdote distinto del celebrante, no debe superponerse a la celebración de la misa, impidiendo la participación de los fieles: también entonces la celebración ha de ser interrumpida y no debe volver a continuar hasta que la homilía haya terminado”².

2 (Nuevo Código de Rúbricas del Breviario y del Misal, n. 474).

El Concilio Vaticano II encuentra el terreno preparado para una rehabilitación de la homilía, gracias a la renovación litúrgica de las últimas décadas y concretamente, gracias al documento que acabo de citar. Insiste, sobre el hecho de que la homilía debe partir del texto sagrado proclamado y establece que la homilía es parte de la misma liturgia. Después de señalar la importancia de la Palabra de Dios (cf. S.C. nn. 24 y 51) dice en el n. 52 de *Sacrosanctum Concilium*.

“Se recomienda encarecidamente, como parte de la misma liturgia, la homilía, en la cual se exponen durante el ciclo del año litúrgico, a partir de los textos sagrados, los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana. Más aún, en las misas que se celebran los domingos y fiestas de precepto con asistencia del pueblo, nunca se omita si no es por causa grave”.

Por otro lado, la Constitución *Sacrosanctum Concilium* al introducir la Palabra de Dios en todos los sacramentos, al desear vivamente que los sacramentos de la fe preparen realmente a recibir fructuosamente la gracia, al colocar de ordinario algunos sacramentos dentro de la misa, ha conseguido que la homilía acompañe de ordinario a todas las celebraciones de los sacramentos. Más aún, la Constitución señala como orientación general para la reforma de la sagrada liturgia lo siguiente:

“Por ser el sermón parte de la acción litúrgica, se indicará también en las rúbricas el lugar más apto, en cuanto lo permite la naturaleza del rito; cúmplase con la mayor fidelidad y exactitud el ministerio de la predicación. Las fuentes principales de la predicación serán la Sagrada Escritura y la liturgia,

ya que es una proclamación de las maravillas obradas por Dios en la historia de la salvación o misterio de Cristo, que está siempre presente y obra en nosotros, particularmente en la celebración de la liturgia” (S.C. n. 35 y 2).

Estas consideraciones profundas y llenas de sentido pastoral del Concilio, se traducen en los nuevos libros litúrgicos promulgados después del Concilio. El Misal del Concilio Vaticano II prescribe la homilía para la misa dominical y festiva de precepto con asistencia del pueblo y la recomienda sobre todo en los días feriales de Adviento, Cuaresma y tiempo pascual; también en otras fiestas y ocasiones en que el pueblo acude numeroso a la Iglesia (cf. *Ordenación General del Misal Romano*, n. 42). Los rituales de los sacramentos la señalan para todos ellos en las celebraciones ordinarias y comunitarias.

Otros textos del Magisterio:

“Se predicará la homilía en todas las misas que se celebren los domingos y fiestas de precepto con asistencia del pueblo, sin exceptuar siquiera las misas conventuales, las misas con canto y las pontificales.

Se recomienda la homilía, además, en los días laborales, principalmente en algunas ferias de Adviento y de Cuaresma, y en otras ocasiones en que asiste a la iglesia un buen número de fieles.

Por homilía, inspirada en los textos sagrados, se entiende una explicación de algún aspecto de las lecturas bíblicas o de otro texto del Ordinario o del Propio de la misa del día, teniendo en cuenta el misterio que se celebra y las necesidades particulares de los oyentes.

Si se proponen esquemas de predicación para la misa en algunos períodos del año, deben guardar una íntima y armónica relación al menos con los principales tiempos del año litúrgico, es decir, con el misterio de la redención, porque la homilía es parte de la liturgia del día". (Instrucción Inter Oecumenici 53-53).

"En las distintas celebraciones y en las diversas asambleas de fieles que participan en dichas celebraciones, se expresan de modo admirable los múltiples tesoros de la única palabra de Dios, ya sea en el transcurso del año litúrgico, en el que se recuerda el misterio de Cristo en su desarrollo, ya en la celebración de los sacramentos y sacramentales de la Iglesia, o en la respuesta de cada fiel a la acción interna del Espíritu Santo, ya que entonces la misma celebración litúrgica, que se sostiene y se apoya principalmente en la palabra de Dios, se convierte en un acontecimiento nuevo y enriquece esta palabra con una nueva interpretación y una nueva eficacia. De este modo, en la liturgia, la Iglesia sigue fielmente el mismo sistema que usó Cristo en la lectura e interpretación de las Sagradas Escrituras, puesto que él exhorta a profundizar el conjunto de las Escrituras partiendo del "hoy" de su acontecimiento personal". (Introducción del Leccionario de la Misa, OLM, 3).

"Por voluntad del mismo Cristo, el nuevo pueblo de Dios se halla diversificado en una admirable variedad de miembros, por lo cual son también varios los oficios y funciones que corresponden a cada uno, en lo que atañe a la palabra de Dios; según esto, los fieles escuchan y meditan la palabra, y la explican únicamente aquellos a quienes, por la sagrada ordenación, corresponde la función del magisterio,

o aquellos a quienes se encomienda este ministerio.

Así, la Iglesia, en su doctrina, en su vida y en su culto, perpetúa y transmite, a todas las generaciones, todo lo que ella es, todo lo que cree, de modo que, en el decurso de los siglos, tiende constantemente a la plenitud de la verdad divina hasta que en ella tenga su plena realización la palabra de Dios” (OLM, 8).

“La homilía, en el cual, en el transcurso del año litúrgico, y partiendo del texto sagrado, se exponen los misterios de la fe y las normas de vida cristiana, como parte de la liturgia de la palabra, muchas veces, a partir de la Constitución sobre la sagrada liturgia del Concilio Vaticano II, ha sido recomendada con mucho interés, e incluso mandada en algunos casos. En la celebración de la misa, la homilía, que normalmente es hecha por el mismo que preside, tiene por objeto el que la palabra de Dios proclamada, junto con la liturgia eucarística, sea como ‘una proclamación de las maravillas obradas por Dios en la historia de la salvación o misterio de Cristo’. En efecto, el misterio pascual de Cristo, proclamado en las lecturas y en la homilía, se realiza por medio del sacrificio de la misa. Cristo está siempre presente y operante en la predicación de su Iglesia.

La homilía, por consiguiente, tanto si explica las palabras de la Sagrada Escritura que se acaban de leer como si explica otro texto litúrgico, debe llevar a la comunidad de los fieles a una activa participación en la Eucaristía, a fin de que ‘vivan siempre de acuerdo con la fe que profesaron’. Con esta explicación viva, la palabra de Dios que se ha leído y las

celebraciones que realiza la Iglesia pueden adquirir una mayor eficacia, a condición de que la homilía sea realmente fruto de la meditación, debidamente preparada, ni demasiado larga ni demasiado corta, y de que se tenga en cuenta a todos los que están presentes, incluso a los niños y a los menos formados.

En la concelebración, normalmente hace la homilía el celebrante principal o uno de los concelebrantes.

En los días que está mandado, a saber, en los domingos y fiestas de precepto, debe hacerse la homilía, la cual no puede omitirse sin causa grave, en todas las misas que se celebran con asistencia del pueblo, sin excluir las misas que se celebran en la tarde del día precedente.

También debe haber homilía en las misas con niños y con grupos particulares.

La homilía es muy recomendable en las ferias de Adviento, de Cuaresma y del tiempo pascual, para los fieles que habitualmente participan en la celebración de la misa, y también en otras fiestas y ocasiones en que el pueblo acude en mayor número a la iglesia.

El sacerdote celebrante pronuncia la homilía en la sede, de pie o sentado, o también en el ambón.

Hay que separar de la homilía las breves advertencias que, si se da el caso, tengan que hacerse al pueblo, ya que éstas tienen su lugar propio terminada la oración después de la comunión” (OLM, 24-27).

“El presidente ejerce también su función propia y el ministerio de la palabra cuando hace la homilía. Con

ella, en efecto, guía a sus hermanos hacia una sabrosa comprensión de la Sagrada Escritura, abre el corazón de los fieles a la acción de gracias por las maravillas de Dios, alimenta la fe de los presentes en la palabra que, en la celebración, por obra del Espíritu Santo, se convierte en sacramento, los prepara para una provechosa comunión y los invita a asumir las exigencias de la vida cristiana” (OLM, 41).

Este número 41 de OLM presenta muy bien los objetivos de la homilía:

- guiar a los hermanos a una comprensión *sabrosa*, que sepa, que se le tome gusto;
- abrir el corazón a la acción gracias... con frecuencia se puede tomar un prefacio y una plegaria eucarística en consonancia con las lecturas, por ejemplo en cuaresma las plegarias eucarísticas sobre la reconciliación, o el prefacio común VIII en domingo XV cuando se lee el buen samaritano o el lunes de la semana XXVII del tiempo ordinario;
- alimentar en la Palabra, el Pan de la Palabra...;
- prepara a la comunión... con la acción gracias corresponde a lo que llamamos “*elemento celebrativo*” o nexo entre Palabra y sacramento, bautismo, matrimonio, Eucaristía;
- invita a asumir las exigencias de la vida cristiana, es el nexo con la vida o *elemento vital* el “aterri-zaje” de la Palabra que debe ser simplemente moralizante.

Es importante destacar como toda la liturgia de la Palabra es llamada “*sacramento*” por obra del Espíritu Santo.

Para terminar este apartado de la historia de la homilía nada mejor que las palabras de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano reunido en Puebla (a. 1979). Ellas sintetizan en pocas palabras la importancia de la homilía:

“La homilía –dicen los Obispos– como parte de la liturgia, es ocasión privilegiada para exponer el misterio de Cristo en el aquí y ahora de la comunidad, partiendo de los textos sagrados, relacionándolos a la vida concreta. Su preparación debe ser esmerada y su duración proporcionada a las otras partes de la celebración” (Puebla, n. 930).

IV

ELEMENTOS DE QUE CONSTA UNA HOMILÍA

Aquí no nos referimos a las partes de que consta una homilía en cuanto pieza de oratoria, sino a los contenidos teológicos o temáticos que debe incluir. Por eso no hablo de partes, sino de elementos.

Dado que la homilía es una ACTUALIZACIÓN de la Palabra de Dios en el hoy y en el aquí de la VIDA y de la CELEBRACIÓN, podemos deducir que una homilía bien preparada debe contener tres elementos que nunca faltarán:

A. ELEMENTO EXEGÉTICO o interpretación del mensaje de la Sagrada Escritura proclamada en la liturgia de la palabra.

B. ELEMENTO VITAL o aplicación del mensaje a la vida de la comunidad y de cada uno de los que la integran.

C. ELEMENTO LITÚRGICO o aplicación del mensaje a la celebración litúrgica y a la asamblea que celebra.

Pasemos a desarrollar detenidamente cada uno de estos elementos.

A. ELEMENTO EXEGÉTICO

El género homilético no tiene por finalidad principal que los fieles lleguen a un conocimiento profundo y cuasi científico de los textos de la celebración, sino que celebren la Palabra de Dios y vivan a la luz de esta Palabra.

Aun así, los conocimientos exegéticos son bien necesarios, especialmente en el que predica la homilía y, en un sentido más amplio el conocimiento del mensaje, también para todos los que la escuchan.

En teología se entiende por exégesis el arte (y ciencia!) de encontrar y proponer el sentido verdadero de un texto escriturístico. El fin supremo de la exégesis es hacer brillar, a través de las palabras humanas, la plenitud de la luz y del pensamiento divino o plan histórico de salvación.

En la preparación de la homilía el empleo de la exégesis es absolutamente indispensable. Cuando se la desconoce, cuando el sacerdote se detiene en la pura historia relatada o en el puro texto escrito (caso de los primeros capítulos del Génesis), no puede desgajar el mensaje que el texto inspirado encierra para todos los tiempos y, por tanto, para nuestra circunstancia.

Por lo mismo, en la preparación de una homilía la primera cosa que uno debe hacer es preguntarse una vez leído el texto: *¿Qué quiere decir Dios a través de este texto?* No es siempre fácil responder a esta pregunta... Para ello hay que te-

ner presente una serie de normas y prestar atención a ellas:

1. Hay que entender bien el texto, las palabras y conceptos en él incluidos. Y para ello estudiarlo detenidamente en una buena traducción, si no ya en el original; jamás en una paráfrasis popular, aunque después se use en la lectura. La fidelidad de la traducción es indispensable. En este momento de la preparación la ayuda de vocabularios y diccionarios bíblicos es importante. Pongamos un ejemplo para ilustrar lo que decimos. El pasaje de la pecadora perdonada (Lc. 7, 36-50) no se entiende o se entiende de muy diferente manera si se traduce el v. 47 así: "... le son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho". El sentido exigido por el contexto es, por el contrario: "... si muestra mucho amor, es porque se le han perdonado sus muchos pecados". En el primer caso la causa del perdón es el gran amor de la mujer. En el segundo caso la causa del perdón es el amor gratuito de Dios (cf. v. 42). El amor de la mujer es un amor de agradecimiento. Una buena traducción de este texto no olvida que el hebreo, el arameo y el siríaco no tienen ningún vocablo para decir "dar gracias" y "agradecimiento" y que lo hacen indirectamente a través de otros vocablos. El contexto debe decidir. Y la traducción no puede olvidarlo.

2. Estudiar el contexto de la perícopa: texto circundante, circunstancias de un hecho, milagro, parábola; estudiar el estilo de un libro, los destinatarios y los textos paralelos, especialmente en los evangelios sinópticos. Este estudio es más necesario cuando el texto ofrece ciertas dificultades o ambigüedades. Un ejemplo gramatical lo tenemos en el ya mencionado y comentado pasaje de la pe-

cadora perdonada. Otro ejemplo referente a la importancia de las circunstancias de una parábola lo tenemos en el hijo pródigo (Lc. 15, 11-32). La intención de Jesús si nos atenemos solamente a la parábola podría ser hasta cierto punto múltiple. Pero si nos fijamos en el contexto en que fue pronunciada (cf. Lc. 15, 1-2) no cabe la menor duda: la intención principal es manifestar que Dios siente una gran alegría de reencontrar al pecador y que Jesús es la encarnación de esta alegría. Otro ejemplo, esta vez referente a un libro: La carta a los Hebreos se aclara cuando se conocen los destinatarios (convertidos del Judaísmo, sacerdotes hebreos?, exiliados, perseguidos, tentados de dar marcha atrás, que sienten nostalgia del culto levítico). Toda una serie de temas de la carta se aclaran entonces (apostasía, peregrinación, Patria celestial, Cristo guía, superior a Moisés, Cristo sacerdote, etc.).

3. Es preciso distinguir entre texto literario y mensaje que contiene. Hacer exégesis no es sólo ni principalmente traducir lo que está escrito. Esto puede derivar peligrosamente hacia una interpretación fundamentalista de la Escritura. Cuando el género literario no es corriente o actual (alegoría, mito, parábola), el trabajo es doble. Un ejemplo ya clásico: Para captar el mensaje revelado contenido en el relato de la creación y caída del hombre (Gn 2, 4b-3) es absolutamente indispensable distinguir entre relato mítico y lo que Dios ha querido revelarnos a través de él. Hay que conocer bien el texto literario y los relatos míticos de la época; pero al mismo tiempo hay que saber leer en clave para no tomar por revelación de Dios lo que es presentación externa y ropaje cultural vehiculante.

4. Hay que tener presente que Dios, por medio del autor inspirado, quiso decir algo entonces y quiere decirnos algo ahora a través de la palabra (hablada o escrita) o a través del hecho narrado. Aunque la circunstancia quizá ya pasó y quede muy alejada de nosotros, el mensaje o el acontecimiento siguen siendo actuales y ejemplares; el Señor me los dirige hoy a mí y a todos los hombres. De lo contrario, la Biblia sería una bella historia pasada, pero nada más. Todos los relatos históricos de Jesús dijeron algo en su tiempo y, aunque ya pasaron, pueden decir y dicen algo para nosotros, en pleno siglo XX. El nacimiento de Jesús, por ejemplo, tiene una gran resonancia cada año en la Navidad. Es equívoco, por no decir falso, decir que Jesús nace de nuevo. Jesús no nace de nuevo. El hecho histórico no se repite. Pero este nacimiento fue un acontecimiento histórico. Dijo algo entonces a los pastores (cf. Lc. 2, 10-12,14). Y dice algo hoy: resuena de nuevo un mensaje de alegría para el pueblo; hoy el nacimiento del Mesías nos ayuda a superar todos los falsos mesianismos de nuestro tiempo.

5. Es importante una vez descubierto un mensaje más allá de lo que está escrito o más allá del puro hecho fáctico, ver cómo se conecta con el Mensaje general de la Biblia y con el Acontecimiento de la Salvación obrada por Dios en Cristo. No para reducir a generalidades el texto y el sermón, sino para comprobar que el mensaje hallado es válido. Un mensaje no puede estar en desacuerdo con el Acontecimiento salvífico. Mensaje y acontecimiento deben sintonizar y concordar con alguna de las fibras generales de la Historia salvífica y ser sensibles a ella. Pongamos un caso: Si leyendo la carta de Santiago llego a la consecuencia de que lo

que justifica son las obras, he de comenzar a dudar de que haya entendido el mensaje de la carta, porque es evidente que la Biblia no pone la causa de la justificación en las obras. Y, al contrario, si leyendo a Pablo, llego a la consecuencia de que lo único que importa en la vida es la fe (sin que el cumplimiento de la ley influya en mi vida cristiana), puedo comenzar a sospechar que estoy entendiendo equivocadamente el mensaje. Aquí también hay desacuerdo con el Mensaje general de la Biblia.

6. En caso de dificultad y aun siempre, ver lo que a mí me dice el texto en la fe, en la oración y en la meditación de la Palabra. A pesar de la distancia, yo estoy en una onda de fe semejante y cercana a la del autor.

7. Hay que pensar también en el oyente ordinario de la Palabra (a quien yo debo dirigir la homilía) y prever qué puede obviamente decirle el texto o, por oposición, qué debería decirle el texto y no le dirá porque desconoce algo o interpreta mal algo (importante! este algo que quizá yo pueda aclararle; esta clave que yo puedo darle y que después veré si es oportuno darle o simplemente mencionarle). Tenemos el caso de las bodas de Caná. Aclarar el significado de la contraposición agua-vino es fundamental para comenzar a entender algo del milagro y de lo que Juan quiere decirnos. El oyente ordinario desconoce la variante simbología del agua en la Biblia; pero bastará una simple insinuación para que en cada caso pueda captar el significado.

8. Para relativizar mis puntos de vista, para enriquecerlos y sistematizarlos conviene recurrir siempre a un comentario exegético (en la práctica a un buen libro de preparación homilética) una vez

que yo he puesto mi parte, no antes. En exégesis y en homilética la originalidad y la creatividad son importantes y se adquieren a fuerza de ejercicio y de estudio personal.

9. También hay que distinguir en ciertos textos entre el mensaje principal y otros mensajes, submensajes o alusiones vitales insertos en la riqueza del texto y que pueden dar pie a distintas variantes homiléticas, pero que, al menos en principio, no van a constituir el centro de la homilía, pues no son el centro del mensaje. Por ejemplo, en el caso del hijo pródigo, la falsa libertad, la vida del pecador, los pasos de la conversión, el fariseísmo del hermano mayor, etc.

10. Por último hay que tener muy presente que, en definitiva, lo que interesa no es la letra sino el espíritu, no la erudición y el aparato exegetico sino el contenido de la exégesis, no la solución de tal o cual punto oscuro del texto (por más que no esté de más aclararlo) sino la interpretación del mensaje principal.

Inútilmente tratará el predicador de hacer una homilía correcta mientras no sepa lo que quiere decir el texto o (aun a fuerza de hacernos pesados) qué nos quiere decir el Espíritu Santo a través del texto. Una vez lo sepa o, al menos, una vez el mensaje sea más claro para el predicador, puede ver la manera de aplicarlo a la vida de los oyentes (B) y a la celebración (C).

B. ELEMENTO VITAL

Es otro el elemento que se debe considerar. Otro, no el segundo necesariamente, pues el orden de

los elementos (vida, liturgia) es secundario una vez conocido el elemento fundamental de la exégesis.

El Decreto sobre el ministerio de los presbíteros del Concilio Vaticano II dice así a propósito de la predicación en el n. 4:

"... La predicación sacerdotal, que en las circunstancias actuales del mundo resulta no raras veces difícilísima, para que mejor mueva las almas de los oyentes, no debe exponer la palabra de Dios sólo de modo general y abstracto, sino aplicar a las circunstancias concretas de la vida la verdad perenne del Evangelio". Ni más ni menos.

La Biblia es luz de la vida, pero no en la forma en que lo entienden algunos predicadores: no es un mensaje abstracto y en las nubes para un público que por obra de encanto es abstraído por unos minutos de su vida ordinaria para vivir su "vida espiritual"; la Sagrada Escritura no es tampoco un manual de recetas morales ni políticas; más que normas concretas y originales lo que presenta la Biblia es una actitud frente a la vida. La ética cristiana se distingue no tanto por sus normas originales (son menos que las que imaginamos si profundizamos en la historia de las religiones), cuanto por su motivación. La ética cristiana es una ética de respuesta, de agradecimiento, de acción de gracias y de libertad; es la ética de los hijos de Dios, liberados del pecado y de la ley y por ello mismo esclavos del Espíritu...

Todo esto debe hacer pensar al predicador antes de hacer aplicaciones prácticas. Sobre todo debe hacerle reflexionar para ver qué estilo emplea en sus aplicaciones morales (estilo moralizante, esti-

lo fundamentalista, estilo casuístico, estilo politizado o bien estilo profético, estilo iluminador, estilo interrogante y de búsqueda).

La Palabra, como espada de dos filos, sigue hoy interpelando, iluminando, juzgando, presentando actitudes evangélicas profundas (como el sermón de la montaña), diciéndonos lo que es ser hoy y aquí cristiano. Poco avanzamos presentando soluciones para todo, recetas para todo, puesto que el quid de la cuestión o del problema no es la solución o la receta, sino la luz y la fuerza necesaria para poner hoy en práctica el Evangelio. Poco avanzamos (y Dios quiera que no retrocedamos) si no logramos presentar el Evangelio como moral de hijos y no como pura ley, si no logramos entusiasmar al público con la figura del Padre manifestada en y por Cristo.

La Palabra debe resonar en las palabras del homileta con gozo y como juicio. Debe estar dirigida no sólo a la vida individual sino también a la vida social; no sólo a la vida social, sino también a la personal. Debe ser crítica no sólo frente a los males de la sociedad, sino también frente a los males de la Iglesia si no quiere predicar una conversión farisaica. Debe tener una dimensión política como la misma liturgia, pero sin hacer política y evitando siempre convertir el púlpito o el ambón en una palestra de demagogia. En definitiva debe relativizar todo hecho humano, del lado que sea, frente al proyecto de Dios que no es utopía ilusoria, sino promesa y esperanza que la liturgia ya nos permite celebrar y festejar.

La amargura, el pesimismo, el grito histórico, el ataque despiadado no sólo son frutos del desco-

nocimiento de la moral evangélica, sino que hunden a la asamblea que celebra la liberación definitiva en Cristo en un pesimismo ajeno a la liturgia que *siempre*, aun en las circunstancias políticas y sociales peores, celebra la liberación que viene de Dios.

Pero, ¿cómo se conecta la exégesis con la vida? He aquí algunas indicaciones que pueden ayudar:

1. El que predica debe procurar conocer al máximo al auditorio (asamblea, comunidad), su estilo de vida, sus dificultades en la fe, su vivencia cristiana, su mundo político y social, sus esperanzas o ideales y su nivel cultural. El predicador que sin dificultad predica ante cualquier público por extraño y heterogéneo que sea, es un predicador que difícilmente llega al corazón de la asamblea y al fondo de los problemas. Cuando por necesidad uno ha de predicar a unos fieles que no conoce, irremediablemente debe hablar en el terreno de lo general y aunque pueda impactar por la novedad, por la cercanía con que habla y por el aprecio con que se dirige a la asamblea, también ha de ser muy circunspecto en lo que dice y afirma.

2. El homileta debe tener como criterio central y podríamos decir único, la Palabra revelada, sin convertirla en una teoría y sin hacerle decir ni las ideas del predicador ni los gustos de la gente, aun cuando esto pudiera provocar la popularidad del orador. Así, una situación o solución política *concreta* no se debe deducir nunca de un pasaje bíblico. Es un abuso y un atropello a las legítimas divergencias dentro de la asamblea. Por ejemplo: Por más que el libro de los Hechos presente en los capítulos 2 y 4 una estructura eclesial fuertemente comunitaria y socializada, uno no puede aprove-

charse del pasaje para inculcar el socialismo político, sobre todo en sus formas concretas que, evidentemente, distan mucho del modelo eclesial y casi estilizado que el autor de los Hechos, Lucas, quiere presentar. Sí puede, en cambio, recomendar un espíritu más comunitario y socializado y menos individualista en los oyentes. Pero si el predicador no puede deducir del texto bíblico una *aplicación* política demasiado concreta, sí puede deducir del texto bíblico en muchas ocasiones una *crítica* concreta a un proyecto o situación política menos cristiana o antievangélica. La Biblia no ofrece modelos políticos, pero critica todo modelo político. De todo lo dicho no se debe deducir en manera alguna que el predicador no deba incursionar en el terreno político, y esto aun cuando comporte riesgos. El sermón apolítico, el silencio político del sermón hace de él un sermón político en el peor sentido de la palabra.

3. Hay que evitar el excesivo afán moralizante (ataque a las costumbres...) que nunca produjo grandes cambios, sobre todo si es detallista. A veces convendrá insistir más en las consecuencias que se derivan de la Escritura para la fe que en las consecuencias que se derivan para la moral. Así por ejemplo, tomar el martirio de Juan el Bautista (Mc. 6, 17-29) para hacer una crítica a los bailes de nuestros días, no suele producir grandes efectos (el predicador es por lo demás un mal experimentador y conocedor de los bailes actuales y pasados, por lo general...). Mejor haría en presentar la figura profética de Juan frente a la vanidad y espíritu antievangélico de los mundanos.
4. Hay que iluminar situaciones generales, urgentes o graves a la luz del Evangelio; también actitudes

concretas, pero suficientemente generales de la asamblea; sin bajar al caso demasiado concreto, sin señalar con el dedo a las personas, pero también sin diluir la predicación profética en vaguedades, componendas y compromisos. El predicador no puede, por ejemplo, olvidar que está hablando a un público con una circunstancia política concreta (p. ej., gobierno militarista, de fuerza, conculcador de los derechos humanos). Hay momentos (p. ej. en ocasiones de un golpe de Estado o de una lucha fratricida entre grupos de derecha y de izquierda o de ataques injustos a la Iglesia) en que hay que hablar. No será necesario decir nombres, no vendrá ironizar ni menos destilar hiel, pero hay que decir la palabra justa y sobre todo libre de ambigüedades.

5. Extraer deducciones para la vida de detalles insignificantes del texto escriturístico es un error. No se deben confundir los detalles de ciertas parábolas, el ambiente social de ciertos textos, etc., con los aspectos fundamentales del pasaje. Los detalles, aunque están dentro del texto inspirado, no tienen por qué ser parte del mensaje. Construir sobre minucias es construir sobre arena. Un predicador tomaba de la parábola del hijo pródigo el hecho de que el hijo pródigo no tenía madre; si hubiera tenido madre... y de allí pasaba a la importancia de las mamás y de la Virgen María. Es simplemente un abuso del texto y un salirse pura y simplemente del comentario homilético y escriturístico. Si un predicador quiere hablar de las mamás o de la Virgen María, que lo haga en buena hora, pero que elija los textos adecuados para tales casos. Lo que sucede es que queremos que el texto escriturístico que nos corresponde comentar (pocas veces se elige) diga lo que nosotros quere-

mos decir a la gente y no lo que Dios nos quiere decir.

6. Es completamente legítimo aprovechar el paralelismo entre las situaciones vitales que encontramos en la Biblia y las que nos ofrece la sociedad moderna y la Iglesia actual, por ejemplo, fariseísmo, culto vacío, actitud ante la pobreza y riqueza, peligrosidad del poder, desconexión de culto y vida, legalismo, etc. La legitimidad le viene por el hecho de que el hombre es siempre el mismo y porque el juicio de Dios es para todos los tiempos y no sólo para una determinada época. Un ejemplo: es un error de muchos predicadores hablar del fariseísmo quedándose en una actitud de unos señores de hace dos mil años. Sí, se dio entonces; pero sigue dándose hoy (y de qué manera) en la sociedad y en la Iglesia. Textos como la crítica de Jesús a los escribas y fariseos (las siete maldiciones de Mt. 23, 13-32) deberían ser comentados con aplicaciones al día de hoy y con una autocrítica sincera, respetuosa y sana. Porque estos textos, si han sido escritos, han sido escritos para nosotros.

C. ELEMENTO LITÚRGICO

A este tercer elemento (el orden de presentación es secundario) lo llamamos "litúrgico", pero también podríamos denominarlo "elemento celebracional". En efecto, la homilía está en un contexto de celebración o, mejor, en función y dentro de una celebración litúrgica. No se hace una homilía *a propósito* de una celebración o *aprovechando que tenemos a los fieles reunidos* para la liturgia (aunque sea la única oportunidad en que los tenemos!), sino en vistas a la celebración y para dar un mayor sentido a la celebración litúrgica.

Así pues, la homilía no está *por encima de*, sino *al servicio de* la liturgia. La homilía es una “*ancilla*” de la celebración. Aquí podríamos detenernos a reflexionar sobre un punto sintomático: El predicador (ya que no el buen homileta) considera consciente o subconscientemente que su parte (la que le permite mayor creatividad personal en la liturgia) es la más importante dentro de la liturgia, y así no le importa ni le preocupa demasiado prolongarse en excesos y despachar el resto (especialmente la liturgia eucarística) a toda velocidad y de forma mecánica o más o menos prosaica.

Otro punto: la única parte de la liturgia que el sacerdote suele preparar (si algo prepara) es la homilía; y por lo mismo al resto de la celebración no le da, en consecuencia, ningún realce, ninguna variedad, creatividad ni belleza (como podría ser la del santo apropiado, preparado y bien ejecutado). El sabe que los fieles tienen dificultad en penetrar en la liturgia de la palabra y en vivir con intensidad la acción sacramental; y soluciona el problema esquivándolo: relegando lo más importante de la liturgia a un segundo plano. Con ello sólo logra aumentar la dificultad y hacer que la misma homilía sea cada vez más inútil como homilía y que pase a ser un coloquio subjetivizado, racionalizado o cuando más una buena clase de catequesis alitúrgica.

De esta manera los fieles pierden la riqueza de la celebración, se alejan cada vez más de los misterios litúrgicos y frecuentemente también del sermón. Así, si la actual liturgia peca quizá de un cierto exceso de cerebralismo, de falta de sentimiento, de simbolismo y de acción, el predicador acaba de llevar todo esto a sus últimas consecuencias.

No, la homilía tiene una función *mistagónica*, es decir, debe conducir a los misterios de la fe (sacramentos, sacrificio eucarístico), desde la Palabra dada y acogida hasta la acción sacramental, signo y cumplimiento de dicha Palabra hoy y aquí en esta asamblea concreta.

A esta función *mistagónica* se la denomina, como ya hemos indicado, "*paso al rito*", es decir, paso de la palabra al rito, paso de lo profetizado a lo cumplido en el sacramento o, según los casos, paso de lo acontecido a lo celebrado sacramentalmente. Palabra y rito no son dos cosas totalmente distintas ni menos contrapuestas, como algunos superficialmente quisieran todavía hoy hacernos creer. Son dos momentos de un mismo acontecimiento salvífico. Lo que la palabra anuncia el rito lo realiza (además de que en un análisis profundo llegaríamos a la conclusión de que también el rito es palabra y anuncio, y la palabra es acción).

Pero ¿cómo hacer que la homilía sea *Gozne, Quicio, Entronque*? ¿Cómo lograr que cumpla dentro de la estructura litúrgica su función *conjuntiva*? He aquí algunas indicaciones:

1. El que prepara o pronuncia la homilía ha de tener presente que su homilía no puede limitarse a explicar el texto o los textos proclamados anteriormente ni siquiera a hacer un entronque con la vida, y ello porque la palabra se aplica a la celebración sacramental y esto como *cumplimiento*. Más aún, debe tener presente que la misma liturgia de la Palabra es ya celebración de la Alianza, mensaje actual y gozoso de Dios a su pueblo y respuesta de este pueblo a Dios por la fe, la aclamación y el canto (cf. Neh 8, 1-12). Pongamos un ejemplo sencillo.

Estamos leyendo en el Evangelio la parábola del banquete nupcial y de los invitados al banquete (Mt. 22, 1-14). Es aberrante comentar esta parábola olvidándose de conectarla con la celebración. Si exegéticamente hablando el banquete es figura de la felicidad mesiánica y los que son llamados de los caminos son los pecadores y los paganos (nosotros!), la reunión eucarística es a la vez cumplimiento y anticipo de esta felicidad y de este llamado. ¿Cómo no van a sonar con acento eucarístico frases como "Miren, mi banquete está preparado" o "Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de boda?". En otras palabras, Dios no sólo anuncia cosas, sino que las realiza y esta realización es ya realidad y promesa o prenda en el sacramento.

2. El que prepara la homilía debe tener presente que el texto es de por sí algunas veces (más de las que a primera vista parece) litúrgico-sacramental-alegorizante. Por ejemplo, muchos de los textos del Evangelio de San Juan tienen una estructura tríptica de profecía, acontecimiento y sacramento. En otras palabras, algunos acontecimientos, discursos y milagros han sido escritos también desde una reflexión sacramental (sin dejar por ello de ser históricos). Un ejemplo: El relato del discurso de los panes (Jn. 6, 22-71) se puede leer desde tres perspectivas: como anuncio de la eucaristía, como acontecimiento histórico de la presencia de Jesús pan de vida (recuérdese el relato de la multiplicación de los panes) y como reflexión sacramental hecha por Juan desde la Iglesia (tomando las palabras de Jesús). Lo mismo se diga de la curación del ciego de nacimiento, en donde hay una reflexión eclesial sobre el bautismo.

3. Los textos bíblicos pueden resonar de diversa manera según la celebración litúrgica, fiesta o tiempo del año litúrgico. El texto contiene en muchos casos distintas virtualidades ya que, aparte de su riqueza, no es sólo texto escrito sino Palabra viva, acontecimiento siempre nuevo. Así, un texto como el de las Bodas de Caná permite distintas aplicaciones litúrgicas según que se lo lea en un domingo ordinario, en Pascua, en un matrimonio o en una festividad de la Virgen María. Lo mismo se diga de la parábola del Hijo Pródigo según se lea y comente en una celebración eucarística o en una celebración de la penitencia. En cada caso el acento variará y las aplicaciones litúrgicas (y vitales) tendrán un colorido y matiz diferentes.

“En la celebración litúrgica, la palabra de Dios no se pronuncia de una sola manera, ni repercute siempre con la misma eficacia en los corazones de los que la escuchan, pero siempre Cristo está presente en su palabra y, realizando el misterio de salvación, santifica a los hombres y tributa al Padre el culto perfecto.

Más aún, la economía de la salvación, que la palabra de Dios no cesa de recordar y de prolongar, alcanza su más pleno significado en la acción litúrgica, de modo que la celebración litúrgica se convierte en una continua, plena y eficaz exposición de esta palabra de Dios.

Así, la palabra de Dios, expuesta continuamente en la liturgia, es siempre viva y eficaz por el poder del Espíritu Santo, y manifiesta el amor operante del Padre, amor indeficiente en su eficacia para con los hombres” (OLM, 7).

4. Conviene estar atentos a la posible conexión entre el texto leído y las actitudes, los gestos y las palabras de la misma celebración litúrgica (p. ej. esperanza y aclamación "Ven, Señor Jesús"; actitud de alabanza y prefacio eucarístico; reconciliación y abrazo de paz; generosidad y ofrenda eucarística, etc.). Esta conexión puede aplicarse especialmente cuando hay dificultad de encontrar una relación más propia; tiene la cualidad de dar novedad y sentido a elementos litúrgicos poco explicados, así como de librar a la asamblea litúrgica de un cierto mecanismo o rutina imposibles de decantar de una vez por todas. Cuando la homilía emplee este recurso, una monición en su lugar adecuado podrá recordar que dicho gesto u oración litúrgica está conectado con la Palabra de Dios.

Pongamos por caso que en Adviento se lee un texto referido a la escatología y, por lo que sea, al que prepara la homilía se le hace difícil encontrar la aplicación a la liturgia. Todavía es posible que detecte en la lectura una palabra o frase de esperanza (p. ej. "vigilen, que el Señor viene"). Una mirada atenta al ordinario de la misma le recordará que cada día decimos en la aclamación eucarística "Ven, señor Jesús"; que en la comunión viene Jesús; una mirada atenta le recordará que el presidente siempre saluda con un deseo: "El Señor esté con Uds.". Se podrá resaltar en esta homilía si esperamos al Señor; si al recibirlo suspiramos por contemplarlo en la gloria; si nos preocupa estar con el Señor o si creemos que lo poseemos, que lo controlamos, que lo podemos dominar... En dicha misa habrá que resaltar el texto o acción que hayamos escogido y comentado en la homilía.

5. Es relativamente fácil o al menos no tan difícil encontrar conexiones entre la Escritura proclamada y la celebración litúrgica en las homilías de sacramentos: Los textos escogidos en tales casos suelen tener una relación más o menos explícita y directa con el sacramento. Más difícil es, por lo general, encontrar estas conexiones en el caso de la Eucaristía: Los textos bíblicos del leccionario de la misma no pueden cada vez estar relacionados explícita y directamente con la Eucaristía en su sentido restringido (ni tienen por qué estarlo). Pero están relacionados con la historia de salvación de la que la Eucaristía es *el núcleo central y el centro sacramental*.

Para ello (para encontrar esta relación) es necesario ensanchar y refrescar nuestra comprensión bíblico-dogmática de la Eucaristía, a fin de encontrar la conexión. *La Eucaristía no tiene una sola dimensión*. Hace referencia, por ejemplo, al éxodo pascual, a la tierra prometida, a la liberación, a la alianza, a la patria, a la autodonación de Cristo, al sacrificio por el pecado, al perdón de los pecados, a la transformación del cosmos, a la acción del Espíritu Santo que une, transforma y santifica; la Eucaristía es alabanza perfecta, acción de gracias por las "mirabilia Dei", memorial de Cristo y de su pascua, comida sacramental, banquete de los pecadores redimidos, presencia del Resucitado en la comunidad eclesial, unidad del Cuerpo de Cristo, viático, prenda y anticipo del Banquete del Reino, confesión de fe en el Señor, anuncio y denuncia ante el mundo, etc.

¿Son los textos los que no tienen relación con la Eucaristía o somos nosotros los que no descubrimos la relación...?

6. Cuando a pesar de todo lo dicho nos parezca innecesaria esta conexión de los textos escritos con la celebración eucarística, hagámonos la siguiente reflexión: ¿Qué diríamos de un predicador que después de las lecturas propias de una celebración sacramental (p. ej., bautismo, confirmación, matrimonio) omitiera en la homilía toda referencia al sacramento que se va a celebrar? Sin duda lo veríamos mal y consideraríamos que hay un menosprecio de la acción sacramental. Pues lo mismo sucede en la Eucaristía, aunque seamos incapaces de percibir la omisión por la rutina.

V

CÓMO SE PREPARA LA HOMILÍA

Una buena homilía, y por tanto la predicación homilética de cada domingo, no se improvisa. Se podría lógicamente hablar de una preparación gradual: general, remota y próxima.

La preparación *general* no puede ser otra que el estudio y profundización de la Sagrada Escritura, de la Sagrada Liturgia, de los Santos Padres, de la teología, de los documentos de la Iglesia, de los problemas sociales, etc. El no estar al día es un obstáculo serio a la hora de predicar. Hay quien predica con un bagaje cultural y teológico que huele a rancio y los fieles, aun los de cultura sencilla, son los primeros que lo detectan.

La preparación *remota* se debería hacer unos días antes. El buen homileta no espera a última hora para preparar su homilía. La va rumiando. La consulta con la almohada. Esta preparación difusa, a lo largo de la semana, abarca varios puntos: la lectura del texto o de los textos escriturísticos, la me-

ditación de los mismos en los ratos de oración, el bosquejo general de los elementos exegeticos, litúrgicos y vitales, la consulta de ciertas dudas o dificultades en diccionarios bíblicos, como de paso y entre ocupación y ocupación. Esta preparación es más importante de lo que parece y tiene la ventaja de que apenas ocupa tiempo. Se puede hacer en los momentos libres.

La preparación *próxima* (tiempo dedicado a preparar la homilía) incluye varios puntos que, aunque varían de persona a persona, podrían resumirse así:

1. Concretar bien los puntos o ideas sobresalientes que han ido surgiendo en exégesis, liturgia y vida, independientemente de que se aprovechará de todo ello al final e independientemente de cómo se expondrá. Preocuparse primordialmente de cómo se propondrá una homilía, de la forma, etc., sin tener claras las ideas es un grave error, muy típico de principiantes. El que tiene algo que decir, lo dice. El que no tiene nada que comunicar, aburre por más que use bellas palabras. Ello no quiere decir que no se deba preparar la forma, como luego diremos.
2. Escoger una de las tres lecturas como núcleo referencial de la predicación. No querer comentar las tres (aunque se puede y conviene hacer alusión a las tres). Generalmente se deberá comentar el Evangelio o –por qué no– la lectura del Apóstol. Convendría tener un plan para varios domingos, sobre todo si se comenta la segunda lectura, la del Apóstol. Es de gran fruto, pero supone una asamblea relativamente estable y por supuesto un mismo predicador. El que escoge siempre lo más fácil (con la excusa de la falta de tiempo o de la simpli-

cidad de sus oyentes) es el que no dice nunca nada nuevo y aburre a sus oyentes. El pueblo es más capaz de lo que pensamos, con tal de que le preparemos bien el manjar, sin provocarle indigestiones.

3. De los varios mensajes, ideas o temas encontrados en la exégesis conviene escoger **UNO Y SOLO UNO**. No debe salirse uno de este punto escogido, pero debe desarrollarlo. El público no soporta más de un punto y además querer dar varios puntos complica la homilía y la prolonga indebidamente.

4. Una vez escogido y desarrollado un punto exegético, se busca UNA aplicación a la vida y UNA aplicación a la liturgia. El predicador ha de poder sintetizar esto en tres frases (p. ej., en las bodas de Caná comentadas para el sacramento del matrimonio los tres puntos podrían ser los siguientes: Cristo estuvo presente en una fiesta; ahora lo estará también aquí; y lo estará también aquí; y lo estará a lo largo de su vida. Con esto tenemos el esqueleto de la homilía; habrá que revestirlo de carne; pero el esqueleto es lo que da consistencia.

Yo conozco predicadores que en lugar de tener un esquema claro de lo que van a decir, van divagando de tal manera que más que una exposición, su homilía se asemeja a un ejercicio de asociación de ideas (de Jesús se pasa a María, de María al mes del rosario, y del mes de octubre al mes de noviembre en el que se inicia un plan de pastoral, del plan de pastoral se pasa a una crítica de los sacerdotes que no lo pondrán en práctica; se continúa hablando de la obediencia y de la obediencia se pasa a los teólogos desobedientes; esto último da pie para hablar de lo pequeña que es la inteligencia humana frente a la inmensidad del universo y la gran-

deza de las estrellas...). Es algo deplorable que condena una homilía y una celebración al tedio y al rechazo de los oyentes.

5. En principio es mejor que no sobresalga el esquema tripartita de exégesis, liturgia y vida; en todo caso el público no debe notarlo. Ya hemos visto que se trata de elementos y no de partes de la homilía. Seguir siempre este esquema quitaría originalidad y convertiría la homilía en una pieza oratoria excesivamente racional y fría. La homilía, no lo olvidemos, es mistagónica y es sencilla en cuanto a su construcción y exposición.

6. En cuanto a la forma de presentación lo más importante es encontrar un punto sugerente, estructurante y aglutinador que centre la exposición. Se lo puede encontrar en:

- *una palabra clave* (la “totalidad” en la ofrenda a Dios, en el evangelio de la limosna de la viuda: no lo mucho ni lo poco, sino el todo, frente a la parte, frente a lo que sobra, etc.);
- *una frase* (“no tienen vino”; “sólo entre los suyos es despreciado un profeta”; “queremos ver a Jesús”, etc.);
- *un ejemplo actual* (insensibilidad de muchos conductores y transeúntes ante una persona atropellada, en el caso del Buen Samaritano);
- *una pregunta hecha a los oyentes* (“¿qué pretendía Zaqueo al subir al árbol?”, especialmente en el caso de un grupo infantil);
- *una actitud de vida* (fe, desconfianza, agradecimiento, conversión);

- *un interrogante* (¿somos cristianos de nombre? ¿qué es ser cristiano hoy? ¿somos quizá enemigos de la cruz de Cristo? Nótese que este interrogante no tiene por qué ser respondido y que se puede repetir a modo de *leitmotiv* a lo largo de la homilía);
- *una preocupación del pastor* (real, pero sin caer en subjetivismo: “Muchas veces me he preguntado y nos podríamos preguntar...”).

Estos son algunos ejemplos. A lo largo de la homilía hay que ser coherente con este punto central, sin salirnos de él.

7. Perfilear los pasos temporales de la homilía viéndolo en qué momento, en qué orden y en qué forma se expondrá el contenido (exégesis, liturgia y vida). Por ejemplo: referencia a la actualidad –iluminación bíblica– aplicación a la vida y a la celebración.

8. Ayuda a algunos una ficha escrita con el esquema general de lo que se va a decir. Es una ayuda para la memoria. Debe ser simple y legible a primera mirada. Llevar un sermón escrito a largos párrafos si no se va a leer la homilía –cosa desaconsejable en la mayoría de los ambientes– no suele ser práctico ni eficaz en el terreno real. La experiencia indica que sólo lo escrito en forma esquemática y por uno mismo sirve realmente en el momento de la predicación.

VI

CÓMO SE EXPONE UNA HOMILÍA

Aunque la manera de predicar una homilía sólo se aprende en la práctica oratoria, algunas indicaciones pueden ayudar.

1. Por tratarse de una conversación familiar, espiritual, comentativa y exhortativa, deben primar la sencillez, la sinceridad, la claridad, la comunicación y una cierta unción. Hoy día difícilmente se acepta al predicador que dice cosas esotéricas a la masa o en un lenguaje rebuscado o en un tono grandilocuente. El predicador ha de buscar y encontrar un estilo más pastoral y funcional dentro de su manera de ser y de expresarse. Por lo mismo también debe colocarse cerca de la gente y procurar que el empleo del micro (o en su ausencia la elevación de la voz) no rompan el estilo sencillo y coloquial.

2. Hay que tratar de predicar no a un público, sino *a sí mismo dentro de un público*, o mejor, dentro de una asamblea de la que uno forma también parte.

Hay que hablar *con* la gente y *no frente* a la gente. No basta la "simpatía", sino que es necesaria la "empatía". El tono que se adopta es de gran importancia; debe ser moderado, íntimo. Nadie se dice a sí mismo las cosas chillando ni autoritariamente. Cuando por los motivos que sea hay que gritar, es difícil dar la sensación de empatía. El micro bien usado es de gran ayuda. Se debe evitar el tonillo clerical, doctoral y lograr un tono del discípulo (discípulo de la Palabra), de amigo, de hermano (aunque uno ocupe un alto rango eclesiástico o quizá porque lo ocupa).

3. Hablar con el público no significa necesariamente introducir un diálogo o intervenciones que en ciertos ambientes, especialmente grandes y masivos o de gente no habituada a ello, pueden incluso parecer forzados. Ciertamente, ha de haber comunicación, pero no necesariamente por palabras de ambos lados (aunque no se excluya del todo esta reciprocidad, como luego diremos). La comunicación se logra cuando no se da la impresión de hablar *ex cathedra*, sino coloquialmente con unos hermanos y amigos. En términos de comunicación se podrá expresar así: "hay que hablar *en* el público, *desde* el público y como *formando parte* del público y de su mundo".

4. No se debe renunciar, a pesar de lo dicho anteriormente, a ser original, nuevo, atrayente, impaciente, cuestionador e interrogativo. Estas cualidades oratorias pueden lograr que nuestras aburridas homilias comiencen a cobrar interés para la gente. Y por lo mismo el predicador debe cultivarlas, sin hacer de ellas el centro, pues lo central es lo que se comunica. No es fácil la originalidad y la novedad. Parecemos cansados al predicar y predicamos

un mensaje viejo, por más que prediquemos la Buena Noticia y la Novedad radical que es Cristo. Saber encontrar la novedad del fondo nos ayudará a encontrar la originalidad en la forma.

5. Hay que hacerse oír y entender (¿es necesario decirlo? Parece que sí). Un porcentaje elevado de predicadores no se dejan entender. Sus palabras se pierden en el ruido de una mala sonorización, por el mal uso del micro, por una mala vocalización, por la afluencia de niños de corta edad o por el ruido de la calle (las puertas no tienen por qué estar abiertas sino antes y después de la celebración litúrgica). Todo esto hay que tenerlo presente a la hora de predicar, no sea que prediquemos en vano. Por otro lado, el lugar de la predicación será aquél desde donde a uno se le ve y se le oye mejor. Pero hay que procurar que la sede de la palabra, el ambón, tenga estas características.

6. La homilía no debe ser larga. No debe cansar al auditorio y por lo mismo no debería nunca pasar de diez minutos aproximadamente, aunque si es más corta, mientras sea sustanciosa, los fieles lo agradecen incluso. Claro está que en esto la norma no puede ser tajante: mientras un predicador cansa al minuto de hablar, otro puede tener a la asamblea atenta durante un buen cuarto de hora. Pero aun así hay que recordar que la homilía es parte de un todo y que es mejor dejar tiempo abundante para la liturgia de la palabra y la liturgia eucarística (ambas exigen tiempo para los cantos, las moniciones, la oración y los silencios). En la práctica vemos que la introducción del principio de la misa (en donde se acumulan demasiados cantos) y la homilía se llevan una porción excesiva de

tiempo en desmedro de las dos partes principales de la celebración.

7. Una manera de comprobar la atención de los fieles es darse cuenta si durante las pausas de la predicación hay silencio en la Iglesia. Para ello hay que pasear también la vista por todo el auditorio y no predicar sólo a los que tengo en primera fila, a los de un lado o con la mirada en blanco. Si no hay silencio es probablemente señal de que el sermón no interesa... hay que corregir rápidamente el rumbo y no persistir en la forma comenzada. Si el sermón ha sido de interés para la asamblea, ésta es capaz de guardar unos minutos de silencio reflexivo después de la homilía. En nuestra liturgia de la palabra y en nuestra liturgia eucarística faltan momentos de silencio, no porque no estén indicados en las rúbricas, sino porque no se observan en la práctica.

8. Uno debe producir el sermón a medida que habla: lo modifica, lo construye, reflexiona con el auditorio, hace como si fuera uno de ellos, inquiere como pastor, comprende, amonesta, se pone en la piel del extraño (el de la calle, el no creyente), se cuestiona como un cristiano más. Evita hablar "*tamquam auctoritatem habens*" por más que la tenga... Todo esto exige una actitud especial, indecible, que sólo puede crear la presencia del auditorio y la compenetración con el mismo.

9. El estilo de la predicación debería ser de tal tipo que permitiera la intervención de un oyente (aunque sólo fuera hipotéticamente) como pregunta o como discrepancia. Es de gran impacto encajar bien la intervención inesperada (si es esperada es muy fácil) con serenidad, con una invitación a reformu-

lar la pregunta desde el micro o repitiéndola y explicitándola el mismo predicador para el resto del auditorio. Jamás debe uno sentirse herido, molesto, ponerse nervioso o ironizar, aunque se trate de una zancadilla. Repito que esto en ciertos ambientes no suele pasar, pero debería poder pasar si nuestras homilías fueran esto: homilías, conversaciones en familia. En la homilética de los Santos Padres los fieles a veces intervenían, y fundamentalmente conformaban el mismo tipo de asamblea que las de hoy. Hay muchas maneras de responder a la posible interpelación de un oyente: aceptar la corrección si se trata de una discrepancia y es justa, contestar con una explicación, invitar a una conversación privada en otro momento, permitir que el interpelante exponga su punto de vista, su experiencia, etc.

10. El principio y sobre todo el final de la homilía deben estar bien preparados. Hay que evitar los principios demasiado trillados (frases de arranque estereotipadas, el santiguarse cada vez: ¿por qué hay que santiguarse si se ha hecho al principio de la misa? ¿No da la impresión de que va a comenzar un sermón clásico misional de éstos que no tenían otro arranque por ser el principio de la reunión?). En cuanto al final, un aterrizaje seguro, sin andar divagando o, para seguir la metáfora, sin andar planeando durante minutos en busca de pista (cosa muy desagradable para todos) es de gran impacto. A veces un interrogante sin respuesta, una pregunta que invite a la reflexión es mejor que unas frases demasiado redondeadas.

VII

HOMILÍA Y LECCIONARIO

El que predica la homilía debe tener un buen conocimiento de los leccionarios. Esto vale especialmente para los leccionarios de la Misa; pero también para los leccionarios de los sacramentos. Un cierto conocimiento de cómo han sido compuestos y de cómo se desarrollan a lo largo del año o de los años y, en el caso de los sacramentos, dentro de cada sacramento y de cada celebración, es necesario para la predicación homilética.

No es mi función hacer aquí una presentación de los leccionarios. Nos baste recordar lo siguiente:

Hay un leccionario de los sacramentos y un leccionario del misal.

Para los sacramentos: Cada sacramento presenta una serie de lecturas, con sus aclamaciones y salmos, que pueden ser combinados por el que preside la celebración (en número de tres, dos o incluso una). Esta combinación y disposición queda, salvados

los grandes principios litúrgicos, a la discreción del que preside la celebración. Es evidente que no cualquier combinación es correcta y acertada. Habrá que procurar que aparezcan un mismo mensaje en diferentes formas, así como su anuncio en el Antiguo Testamento, su cumplimiento en Cristo y su realización en la Iglesia. Los cantos interleccionales tienen también su importancia para las lecturas y para la homilía.

Para el misal: El leccionario del misal comprende dos partes distintas, casi independientes: el leccionario de los domingos y fiestas y el leccionario ferial. El motivo de esta división es sobre todo pastoral. En efecto, la mayoría de los fieles participa en la Eucaristía únicamente los domingos y fiestas de precepto y por ello se ha procurado seleccionar lo mejor de la Biblia en el leccionario de domingos y días festivos.

Los domingos, fiestas del Señor y las solemnidades, comportan tres lecturas. Por regla general la primera es del Antiguo Testamento, la segunda del Apóstol –Epístolas, Hechos, Apocalipsis– y la tercera es siempre evangélica. Con este orden de lecturas aumenta la fuerza catequética de la Palabra de Dios, ya que así puede ponerse de relieve la unidad interna de los dos Testamentos y de la historia de salvación, cuyo centro es Cristo en su misterio pascual. En las fiestas y solemnidades y en los domingos de Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua las tres lecturas suelen tener una relación bastante estrecha. No así en los domingos ordinarios.

No basta, por otro lado, poner atención a las tres lecturas de un día. Hay que poner atención muy especialmente también a la continuidad de un au-

tor a través de los domingos. De hecho en los domingos del tiempo ordinario el evangelio y la segunda lectura (del Apóstol) en los tres ciclos son semicontinuos; la primera lectura está seleccionada o escogida en relación con el evangelio. Lo que quiere decir que no hay que buscar fáciles concordismos entre las tres lecturas. Dado que la segunda lectura (del Apóstol) es semicontinua y suele ir tomando los mejores pasajes de las cartas paulinas y otras, hay allí un cantera insospechada de profundización bíblica. Pero si se comenta la epístola, hágase en general durante un período de tiempo largo (no un solo domingo) e incluso durante todo un ciclo anual del tiempo ordinario. Esto puede tener razón de ser sobre todo en ambientes preparados, por ejemplo, en una comunidad religiosa. Supone una asamblea estable y, por supuesto, un mismo predicador (o varios, con tal de que se hayan puesto de acuerdo).

El ciclo ferial del leccionario es de dos años para la primera lectura (semicontinua). El evangelio es igual para los dos años. Esto quiere decir que la primera lectura (muy variada y completa a lo largo de los dos años), puede dar pie a una sencilla homilía o comentario homilético que vaya explicando a lo largo de los días los diversos libros de la Biblia a los fieles que asisten cada día a la misa. Tampoco en este caso habrá que buscar síntesis artificiosas entre la primera lectura y el evangelio. En los tiempos fuertes hay a veces una mayor unidad.

Podríamos sintetizar lo que se debe tener presente a propósito del leccionario, diciendo lo siguiente:

- Se debe escoger sólo una de las tres lecturas como núcleo referencial de la predicación homilética. No querer comentar las tres (aunque se puede y conviene hacer alusión a las tres).
- No se deben aceptar fáciles concordismos ni síntesis artificiosas entre las lecturas, sobre todo cuando el leccionario no ha pretendido una unidad estrecha. Esto vale sobre todo para los domingos ordinarios y para los días feriales del tiempo ordinario. Para las grandes fiestas y para los domingos principales del año litúrgico la unidad en muchos casos está pretendida y es más patente.
- Se debe conocer y examinar el leccionario no sólo “verticalmente” (las lecturas de un día), sino también “longitudinalmente” (el ciclo, la lectura semicontinua o incluso continua de un libro durante varios domingos o varias semanas).
- El salmo responsorial y los cantos interleccionales pueden en ocasiones servir de clave de interpretación y aun de comprensión de los textos de un día; incluso pueden ser tema nuclear de la predicación. Ciertas frases poéticas o profundamente humanas de los salmos pueden sintetizar la riqueza bíblica de toda una misa.
- La falta de atención a la estructura interna del leccionario, la falta de atención al evangelista que se lee en cada ciclo o a los autores y sus cartas, en una palabra, al texto bíblico, puede ser causa de que en lugar de interpretar correctamente los mensajes en su contexto bíblico (p. ej. la serie de parábolas del Reino del cap. 13 de Mateo) se interpreten en clave moralizante e individualista (al perder la perspectiva bíblica de que se trata de parábolas

del Reino, en el caso aludido). Con ello, el estilo de predicación de corte moralista que parecía superado, es recuperado de nuevo a pesar de la riqueza temática que ofrece el leccionario.

– Antes de comenzar la lectura de un autor durante una serie de días o domingos se podría presentar el autor (o el libro), por lo menos en ambientes estables y deseosos de progresar en el conocimiento de la Biblia.

VIII

OTRAS CONSIDERACIONES SOBRE LA HOMILÍA

Tal como hemos indicado más arriba, la homilía debe hacerse todos los domingos y fiestas de precepto; es una parte de la celebración eucarística que sólo por motivos graves puede ser omitida en tales días, desde el Concilio Vaticano II. Debe también figurar de ordinario en las celebraciones de los sacramentos. Es lógico que así sea por tres motivos: a) porque la Palabra de Dios si no es aplicada al hoy de nuestras vidas, se queda como a medio camino; b) porque la celebración (el rito) no cobra todas sus potencialidades si no es por medio de la palabra de la fe y de su interpretación homilética que dispone para el gesto sacramental; c) porque en los días festivos y en las celebraciones sacramentales está la comunidad eclesial reunida y con razón espera de sus jefes una palabra de orientación y de aliento.

Decir que los domingos y días de precepto debe haber homilía en la misa no es, por supuesto, decir que no ha de haberla en las otras celebraciones

eucarísticas. Muy al contrario. La Constitución sobre Sagrada Liturgia y la Ordenación General del Misal Romano la recomiendan para todos los días. Sin atenerse a todas las características de una homilía dominical, un breve comentario homilético, familiar, profundo y sencillo a la vez, gusta mucho a los fieles que asisten diariamente a misa, a los que acuden con motivo de un funeral (cuánto bien se puede hacer en tales momentos!), a los que ocasionalmente se acercan a nuestras iglesias, a los grupos de juventud, etc. Es una magnífica ocasión para instruir, para catequizar, para evangelizar, para llegar al corazón de los fieles. Unas sencillas palabras durante dos o tres minutos son suficientes en estos casos.

La homilía corresponde al sacerdote (excepcionalmente y en su ausencia al diácono) y más concretamente al que preside la celebración. Por esto no es aconsejable que la tenga un concelebrante u otro sacerdote distinto del que preside la celebración en una eucaristía ordinaria o en una administración de algún sacramento. Si leer el evangelio no es un oficio presidencial, la homilía, en cambio, es tarea presidencial. Y es lógico que así sea, porque resume toda la liturgia de la palabra y el mensaje de Dios a una asamblea, y porque ilumina con luz nueva la celebración del rito.

Este principio, que hay que respetar, admite acomodaciones. Así, en las misas para niños, sobre todo las que se celebran entre semana para ellos, está permitido según el directorio para este tipo de misas, que la homilía sea presentada a los niños por otra persona distinta del que preside si éste no se considera capaz de hablar a los niños de forma acomodada a ellos. Es evidente que se trata

de un caso más bien raro. Aun entonces, convendrá que el sacerdote que preside la eucaristía inicie y concluya la predicación.

Es también normal que en el caso de los niños haya un verdadero diálogo en el que intervengan ellos. Lo importante en todos estos casos es que los niños lleguen a entender y captar el significado de los textos bíblicos. Y sabemos que los niños son capaces de escuchar con tal de poder intervenir con preguntas y respuestas.

En ambientes sobre todo pequeños, de gente sencilla y poco preparada para escuchar una homilía, convendrá acomodarse a las circunstancias. Convendrá algunas veces hacer preguntas y escuchar las respuestas; será necesario ir creando un clima de calor humano y de intercomunicación familiar. Recuérdense lo que ya hemos dicho anteriormente: que los Santos Padres, maestros en el arte de predicar, permitían en sus homilías, de vez en cuando, intervenciones y preguntas de los fieles. Eso no es contrario al principio de que la homilía la ha de hacer el que preside o al menos un sacerdote. Sí es contrario a este principio dejar la homilía en manos de los fieles y, en consecuencia, no ser el autor y perder el control de la misma.

IX

CONCLUSIÓN

Antes de terminar esta exposición debe quedar claro que la homilía es parte de un todo y de un todo litúrgico. No es ni lo único ni lo principal en la celebración litúrgica. El culmen debe darse en la eucaristía o en el sacramento. La liturgia de la Palabra debe precederla, prepararla y celebrarse adecuadamente: con una introducción ágil, segura, dando importancia a las lecturas, en especial al Evangelio, y dando también importancia a las respuestas por parte de los fieles (silencios de meditación, cantos interleccionales, aclamaciones, etc.). En otras palabras, la celebración tiene un *ritmo* y la homilía no debe romperlo. En resumen, la primera parte de la celebración debe conducir a la homilía y ésta debe ser de tal tipo que provoque un *crescendo* en la intensidad de la celebración durante la acción eucarística o sacramental, que no debe decaer ni ser despachada atropellada o precipitadamente.

Hasta aquí he intentado presentar todo aquello que me parece necesario para preparar una homilía y

para presentarla convenientemente a los fieles. Faltaría la práctica. Echándose al agua se aprende a nadar. Preparando homilías, ensayándolas y predicándolas se aprende a ser un buen homileta.

Una última consideración: con razón se dice hoy que lo único del presbítero no es presidir la celebración de los ritos sagrados. Juntamente con ésta, una de sus principales funciones, es de predicar la Palabra de Dios. Dicha predicación lo asemeja a los profetas; mejor dicho, lo hace continuador y ministro de Cristo Profeta. Predicar la Buena Noticia, hablar a los hombres las palabras de Dios, iluminar las situaciones vitales a la luz de Cristo, es algo que ha dado sentido al profetismo de todos los tiempos y es algo que ha de dar sentido al presbítero en su misión profética.

BIBLIOGRAFÍA

He aquí algunos artículos de revistas y libros, en castellano, que pueden ayudar a profundizar el tema de la homilía:

- J. ALDAZÁBAL, *¿Funciona la "comunicación" en nuestras celebraciones?:* Phase 107 (1978) 459-478.
- J. ALDAZÁBAL, *La homilía resituada en la celebración litúrgica:* Phase 91 (1976) 7-27.
- LL. R. BAILEY, *Del texto al sermón:* Concilium 102 (1975) 240-252.
- J. BULCKENS, *¿Cómo? ¿Predicar hoy, la Biblia?:* Liturgia 16 (1973) 91-100.
- J. CAMPRODÓN, *El sacerdote ministro de la homilía:* Phase 18 (1963) 228-234.
- R. COLL-VINENT, *La comunicación en las homilías:* Phase 91 (1976) 55.59.
- Comisión Episcopal USA para la formación sacerdotal, *Pedagogía actual sobre homilética:* Phase 84 (1974) 494-496.
- A. GIMBERNAT, *Predicación y crítica social:* Phase 58 (1970) 385-392.
- J.A. GOENAGA, *La homilía: acto sacramental y de magisterio:* Phase 95 (1976) 339-358.
- J. GOMIS, *La homilía como problema:* Phase 85 (1975) 55-61.
- J. GOMIS, *Las homilías vistas por los predicadores:* Phase 61 (1971) 43-50.
- J. GOMIS, *Sobre la preparación de la homilía:* Phase 56 (1970) 205-207.
- R.J. KIEINER, *El contexto y el uso de la Escritura en la liturgia:* Concilium 102 (1975) 276-290.
- J. LLOPIS, *Bibliografía sobre homilética:* Phase 18 (1973) 245-248.

- J. LLOPIS, *El anuncio de la liberación en la liturgia*: Concilium 92 (1974) 227-236.
- J. LLOPIS, *Exégesis bíblica y homilía litúrgica*: Phase 66 (1971) 527-541.
- J. LLOPIS, *Homilías y política*: Phase 91 (1976) 60-63.
- T. MAERTENS Y FRISQUE, *Nueva guía de la asamblea cristiana*, 9 tomos, Monova, Madrid, 1969. Excelente también aunque un poco extenso y prólijo.
- J. MALDONADO, *El menester de la predicación*. Sígueme, Salamanca, 1972.
- L. MALDONADO, *La homilía, esa predicación siempre vieja y siempre nueva*: Phase 56 (1970) 183-202.
- A. NOCENT, *El año litúrgico celebrar a Jesucristo*, Sal Terrae, Santander, 1979, 7 tomos. Excelente ayuda para preparación de homilía.
- PERE TENA, *Guía homilética del leccionario dominical*, CPL, Barcelona, 1977.
- M. RAMOS, *El misterio de la predicación*: Phase 61 (1976) 41-53.
- M. REIXACH, *Homilías y celebraciones*: Phase 61 (1971) 27-41.
- PH. ROUILLARD, *Proclamación del evangelio y celebración de la eucaristía*: Concilium 102 (1975) 265-275.
- R. SALA, *La Homilía*: Phase 26 (1965) 54-56.
- J. URDEIX, *A propósito de las homilías dialogadas*: Phase 91 (1976) 64-68.
- VARIOS, *El arte de la Homilía*, Dossiers CPL N° 3, Barcelona.
- VARIOS, *La Homilía (Carrefour)*: Phase 28 (1965) 229-231.

INDICE

PRESENTACIÓN	5
LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA	7
• LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA COMO ACCIÓN DINÁMICA	9
I. LOS SIGNOS Y SU EXPRESIVIDAD	11
1. Gestos y actitudes corporales	11
2. La celebración como teatro	15
3. La Asamblea celebrante y sus ministros	17
• LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA EN CADA UNA DE SUS PARTES Y RITOS.....	25
II. LOS RITOS INICIALES DE LA CELEBRACIÓN.....	27
1. Finalidad y contenidos	27
2. Canto de entrada	30
3. Saludo al altar y al pueblo congregado.....	31
4. Rito penitencial	32
5. Aclamaciones laudativas	35
6. Oración colecta	36
III. LITURGIA DE LA PALABRA	39
1. Finalidad e importancia	40
2. Dios habla	41
A. Las lecturas	41
B. Los lectores	42
C. El leccionario	45
D. El ambón	46
3. El pueblo responde a Dios	47
A. La Homilía	49
B. Profesión de fe	55
C. Oración universal	56
IV. LITURGIA DE LA EUCARISTÍA	61
1. Estructura de la Liturgia Eucarística	61
2. Presentación de los dones	63

3.	La Plegaria Eucarística	68
A.	Estructura y sus partes	68
B.	Las Plegarias Eucarísticas del Misal	71
C.	Participación de la Asamblea en la Plegaria Eucarística	80
4.	Los Ritos de la Comunión	83
V.	RITOS DE LA CLAUSURA	93
1.	Avisos de la comunidad	93
2.	Saludo y bendición	94
3.	Despedida	94
VI.	LA CONCELEBRACIÓN EUCARÍSTICA	97
1.	Significado	97
2.	Ritos principales	98
A.	Rito Introdutorio y Liturgia de la Palabra	98
B.	Liturgia de la Eucaristía	99
C.	Ritos finales	102
	ANEXO	103
	Versión unificada del Ordinario de la Misa para todos los países de habla castellana	103
	LA HOMILÍA	115
I.	LA HOMILÍA: ¿QUÉ ES, CÓMO SE PREPARA, CÓMO SE PRESENTA?	117
II.	¿QUÉ ES UNA HOMILÍA?	121
III.	ORÍGENES E HISTORIA DE LA HOMILÍA	125
IV.	ELEMENTOS DE QUE CONSTA UNA HOMILÍA	137
A.	Elemento exegético	138
B.	Elemento vital	143
C.	Elemento litúrgico	149
V.	CÓMO SE PREPARA LA HOMILÍA	157
VI.	CÓMO SE EXPONE UNA HOMILÍA	163
VII.	HOMILÍA Y LECCIONARIO	169
VIII.	OTRAS CONSIDERACIONES SOBRE LA HOMILÍA	175
IX.	CONCLUSIÓN	179
	BIBLIOGRAFÍA	181